

ALFAGUARA

Jaime Mesa

La mujer inexistente

Narrativa Hispánica



ALFAGUARA

Jaime Mesa

La mujer inexistente

Narrativa Hispánica



Jaime Mesa
La mujer inexistente

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Alma Jacobo

Es cosa rara, en cualquier literatura, la aparición súbita del escritor desconocido.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

When I am dead, my dearest,
Sing no sad songs for me.

CHRISTINA ROSSETTI

Las últimas páginas del diario en cuatro tomos de Milena Betancur revelan una desesperación bochornosa, como la de quien es expulsado de la tribu por alguna deformación y pide inútilmente clemencia a la multitud antes de perderse para siempre en la selva. Las palabras de Milena me recordaron a las ancianas que piden limosna en las calles, arrebujadas con mantas, vasito de papel y ojos hundidos en la acera mientras murmuran: “por el amor de dios”. Encienden la caridad pero también un deseo brutal de vaciar la historia y hacer justicia, que dejas pasar porque aunque es tu problema como humanidad, no es tu problema como persona. A fin de cuentas, la caridad, el deseo de ayudar, se transforma en amargura porque no puedes hacer absolutamente nada para evitar que una anciana muera olvidada y sola, excepto que te la lleves a casa, la alimentes y, en lugar de darle una moneda, como finalmente haces, le salves la vida.

A sus sesenta años, Milena se sabía enferma y abandonada por el mundo. En esas páginas hay una conciencia clara de la muerte y se nota una ansiedad por vivir sólo en la escritura. Me consta que Milena le dio la espalda a los tratamientos médicos y llevó a cabo un lento suicidio ritual, como si pretendiera inmolarsse en secreto pero dejando constancia de lo que la gente le había arrebatado. No sé si quiso ser ejemplo de cómo alguien talentoso y brillante cae en la desgracia por el mismo medio que primero la ignoró y luego la tragó completa para luego escupirla. En la parte final del diario describió minuciosamente lo que la soledad le depara a los marginados.

La última anotación data de una semana antes de su muerte. Dos semanas antes de que la encontrara hinchada y podrida como los perros atropellados que, relata en algún cuento, recogía de niña para ganarse la vida. Los diarios, ¿la novela?, esas historias contenidas en cuatro tomos no relatan que fui yo quien la encontró, quien avisó al guardia de la caseta de vigilancia y quien la vio salir tendida en una camilla, envuelta en una sábana sucia. Aparezco mencionado varias veces en sus diarios y nuestra rara amistad está relatada con la calma de quien está seguro de que vivirá mucho tiempo. Ahí cuenta que estaba al tanto de que robé un ejemplar de su único, sorprendente y casi desconocido libro de cuentos; estaba orgullosa de mí como lector puro, uno de esos seres cuya vida se transforma a través de la lectura de una historia. Y es cierto. Antes de conocer a Milena yo leía, quizá, periódicos o revistas, y ella, en medio de nuestras cortas y sustanciosas conversaciones, fue mencionando libros y autores, me hizo comenzar a estar todo el tiempo hambriento de historias y, de manera indirecta, me puso frente a una pila de ejemplares de su único libro. *Perros del asfalto*.

Conocer a Milena fue mi verdadera escuela. A través de ella me fui interesando y poco a poco fui leyendo toda su biblioteca, ahora mía. Siempre he sido un buen escucha de las personas. Absorbo todo, sus dudas, sus ideas, sus tonos. No soy culto pero sé escuchar. “No voy a escribir literatura”, me dije cuando empecé esto. Me di cuenta de que no iba a escribir una novela (aunque la ficción es la madre de todas las verdades), pero terminé escribiendo por la educación sentimental que Milena me dio. Ella me hizo entrar en un mundo. “Deberías escribir un cuento”, me dijo una vez y yo reí porque pensé que se burlaba de mi ignorancia. Sin embargo, la técnica literaria, las lecturas, sus intuiciones, terminaron por servirme para escribir este libelo contra ella. Porque de eso se trata. Por eso esto es una reescritura de su conciencia y de sus ideas. La usé como su propio enemigo, y perdonen: mucho es paráfrasis de lo que alguna vez me dijo. Este texto es fruto de mi sorpresa y de mi decepción. Pensé que no existía la bondad en el mundo hasta que conocí a Milena. Pero, entonces, poco a poco la fui conociendo en realidad y me decepcioné. “Nadie necesita ser realmente un escritor cuando se puede ser un buen ser humano como ella lo fue”, me dije luego de conocer su vida, sus fracasos y sus sueños. Pero estaba equivocado.

Aprendí a hacer la síntesis de todo cuanto leí en los diarios y luego la fui cruzando con lo real y lo que me contó. Resumí esa Gran Guerra. Tengo ese don. Esto, pues, le pertenece a Milena Betancur, y cuando me atrevo a glosarla, debo advertirle a quien lea: todas las certezas son de ella y todas las dudas son mías; dentro de mi inocencia, intenté verificar o averiguar más sobre los dichos que a veces aparecen como comentarios personales fruto del enojo en los diarios. Encontré otro infierno en cientos de opiniones al margen de los comentarios públicos (en pies de página de revistas, suplementos en internet) sobre los tres protagonistas de esta historia. Son más oscuras, y paradójicamente luminosas, esas acotaciones de lectores desconocidos que sueltan información valiosa. Es terrible y cruel, pero siempre guarda sombras de verdad.

Mi vida cambió rotundamente después de leer un cuento, uno solo, de Milena Betancur, autora desconocida y protagonista de uno de los escándalos literarios más intensos de que se tenga noticia, quien murió apartada del mundo, sin familiares, amigos o amores a los que pudiéramos avisarles de su fallecimiento.

Es curioso conocer realmente a alguien después de muerto. Curioso y trágico. Aun ahora, cuando mis amigos me cuentan historias o me relatan cualquier cosa cotidiana,

busco dentro de su mirada un detalle que me revele que detrás de lo que cuentan hay algo más. Mi vana ilusión es que no sometan sus secretos a la hermética cueva de su intimidad. Temo hallar, en la gente que voy conociendo, a otra Milena, a otra mujer de sesenta años que, en apariencia, lleve una vida tranquila, alegre, normal, y al morir deje un legado de sucesos, casualidades que son su verdadera historia y no el discurso automático de todos los días. “Buenos días”, “Buenas tardes”, “buenas noches”, “¿cómo te sientes?”, “¿en qué piensas?”. Todas, piezas de una estructura que conforma esto en lo que vivimos. Tengo miedo, ahora, de que en alguna de esas miles de casas, cuartos de hotel, covachas, haya manuscritos abandonados que cuenten la historia verdadera, una historia verdadera, alejada de nosotros, los lectores, y que el tiempo, la humedad, las polillas vayan consumiéndolos. Cuando una historia se destruye, tenemos una posibilidad menos de hacer algo con nosotros mismos, de cambiar algo del mundo. Qué terrible pavor el de no poder salvar del olvido todos esos libros que permanecerán desconocidos hasta el final de los tiempos y que, buenos o malos, se quedarán atorados en el limbo como las almas de los perros reventados en las carreteras.

Por eso debo contar esta historia (y también porque ya quemé tres de los cuatro tomos). Resumir, de alguna forma, las memorias de Milena Betancur, que, extraídas antes de que la Cruz Verde llegara para levantar el cuerpo y ocultar del mundo, han gestado en mí el ansia terrible de revivirlo, contarlo y hacer que, de nuevo, la historia empiece desde el principio y alguien más la conozca. Las casualidades son el nombre de los sucesos atados entre sí por finísimos hilos de seda y no deberían espantar nunca a los buenos observadores porque son predecibles. Esta es la historia de varios libros que no debieron ser escritos.

Me perturban otras cosas, claro. Y supongo iré rescatándolas poco a poco. Lo que más me atormenta en este momento son dos ideas encontradas: una, la terrorífica certeza de que la vida completa de Milena Betancur cabe en cuatro libretas. ¿Es posible que cuatrocientas hojas escritas por los dos lados puedan contener a alguien desde su nacimiento, aquel primer llanto, el hallazgo del mundo a través de los sentidos, las separaciones, los cariños, las inseguridades, los encuentros, las revelaciones que el corazón, la mente y la conciencia de Milena experimentaron? Quizá. En todo caso, Milena no hace referencia a nada de eso en sus diarios. Quizá en sus cuentos haya más pistas, si suponemos que esas siete historias perfectas tienen que ver con ella directamente. Para mí, esa suposición parte de que al mes de conocernos me contó aquella historia de los perros atropellados y luego la hallé en uno de sus

cuentos. Pero es aventurado asumir que “De la infancia”, “A través”, “Árboles rotos”, “Espacios”, “El mapa luego del tocadiscos”, “Hasta aquí” y “Perros atropellados” relatan la infancia de Milena, la separación de sus padres, la llegada a vivir con su abuela materna, su estancia en la universidad, su primer amor, su decisión de ser escritora... No tengo más referentes que mi memoria para inferir qué tanto hay de la vida de Milena en esos textos. Quizá nada.

Sin embargo, del relato de los cuatro cuadernos debo extraer que a Milena no le importaba tanto ese pasado. Es decir, el proceso lento y doloroso para convertirse en una persona adulta. Le importó más su odio a Jaime Abril, paradójicamente, el lastre que la llevó al fondo del mar; el conocer y luego amar a Bert Boonstra (ya contaré quién es este señor), la sorpresa, el escándalo y, lo que está escrito con más acidez y transparencia, el destierro y la revelación de que su vida había fracasado e iba a morir sin que el odio, el amor o el escándalo pudieran interponerse. “Cuando uno reconoce que va a morir, sueña con ello o se levanta una mañana con esa impresión, el miedo se vuelve el único dios”, dice en alguna parte rumbo al final. Milena cuenta sólo eso. Ninguna mención a sus padres, a sus recuerdos más allá de esos planetas que, parecía, jalaban al resto hacia sus órbitas. Jaime Abril, su sorprendente contrincante eterno, y de la mano de ese odio las lecciones, que nunca dejó de dar, de literatura, y la admiración a escritores que habían muerto en la miseria. Para Milena eran un pasatiempo salvador las historias de suicidios memorables que traen de la mano el descubrimiento de una novela destinada a deslumbrar al mundo, o de repudios hacia un autor que lo recluyeron en sí mismo y dieron a la posteridad grandes páginas. Hay cientos de esas historias desperdigadas en los márgenes de las libretas. Hablaba de Bert con una especie de amargura, resentimiento y amor familiares. Como si al final hubiera perdonado a su esposo y hubiera asumido que la culpa fue siempre de ella. Es curiosa la intensidad en las partes que hablan de Bert; ahí encuentro material para desmentir las notas y chismes de que Milena siempre tuvo un plan oculto para con el famoso y viejo escritor, lo exprimió hasta el final y fue responsable incluso de su enfermedad. Sé, porque en la soledad de la escritura y la muerte solemos ser honestos, que Milena Betancur amaba a Bert y actuó sin saber qué pasaría, confiando en que la literatura puede sacar lo mejor de las personas. De alguna forma, al intentar salvar a Bert, Milena intentaba salvarse. Y por poco lo consigue. En sus diarios había pocas menciones al escándalo. Meras referencias frías y, a veces, resentidas. Pero sólo hace falta un manojo de detalles para captar el contexto y unir las piezas de las miles de notas y reportajes que aparecieron.

Cuando escribo esto me siento como el poseedor único de la verdad y de alguna forma me afirmo como un traidor que desangra a Milena con esta abusiva invasión de su intimidad. Me contento porque en realidad yo fui el traicionado. Siempre la conocí amable y bondadosa. Yo estaba solo y ella me dio muchas tardes de compañía y esperanza. Creí conocerla, pero con la lectura de los diarios descubrí que era un monstruo. Milena fue mi figura materna y quedé desvalido. Al principio me dominaba un afán de reivindicación: Milena no era tan buena escritora como ella creía, pero tampoco tan desastrosa como se decía. Tuvo una capacidad envidiable para seducir a sus alumnos, a Bert Boonstra, incluso a mí. De ahí partía su magia y su papel en el mundo. La seducción sutil de su charla, esa mirada de sabia sensual... Siempre pensé que ese poder la podía salvar, redimir. Fue una perdedora. Yo sentía la obligación de reivindicarla como la persona que me servía limonada y platicaba maravillosamente, pero terminé siendo un morbosos, y están leyendo el resultado de esa desviación. Mi intención final: compaginar su deslumbrante personalidad y bondad con el monstruo que, entre líneas, ella misma confesaba ser.

Milena Betancur vino al mundo a los 36 años, a los pocos meses de publicar su único libro, en una fiesta de fin de taller. Mientras los demás hablaban, un tanto ebrios, cerca de las doce de la noche, ella empezó a acariciar casi distraídamente a Jaime Abril, su alumno, de unos 17 años. Nadie se dio cuenta. Él era mucho más alto que ella, fuerte, de mandíbula alegre pero dura, con los rasgos de un hombre curtido, pero con una imposible mirada de niño perdido. Milena había empezado por ponerle una mano a media espalda, y mientras alguien contaba chismes literarios ella había comenzado a masajear como una madre revolviendo el cabello de su hijo luego de que metió un gol. Jaime Abril contuvo las ganas de revolcarse por el placer de comprobar que la maestra, la persona que lo elogiaba sesión a sesión, la escritora que le había enseñado libros y autores y se refería a sus cuentos inútiles y primitivos como “brillantes”, sentía la misma atracción que él hacia ella. Al calor de las risas de los demás, Milena fue bajando la mano, regordeta, blanca y con las uñas pintadas de rojo, hasta el inicio de las nalgas del joven. Esa fue la conquista de esa noche. Media hora de escarceos entre la espalda y el inicio de las nalgas, entre la playera mojada por el sudor de la borrachera y la tensión de los músculos juveniles. Cada detalle de esa escena, el origen de los tiempos para la vida de Milena, está descrito minuciosamente en los diarios. El rubor de sus mejillas, que no sabía por qué no la

delataba, la deliciosa humedad de su vagina, sus pezones duros. Milena habla de su excitación, de que ese juego representó uno de los momentos más altos de su vida sensual. Treinta minutos de estimulación que terminaron en una asombrosa cogida con su marido más tarde. “Cógeme como si fuera una niña”, le decía al oído, trasladando la inocencia de Jaime Abril a ella misma, “como si tu verga me estuviera traspasando por primera vez”. Frases que le hubiera dicho a Jaime toda la noche. En sus diarios sólo hay menciones sexuales explícitas relacionadas con Jaime Abril. De nadie más, ni siquiera de su esposo Bert. Ahí están narradas con exquisita complacencia las tardes de sexo en moteles y las sesiones de cinco horas, cuando decidía cancelar el taller de los sábados. Cada relación sexual, en lugar de saciarla, la involucraba más con el hambre de absorber a todas horas el cuerpo de su alumno. Las nalgas de Jaime: “blancas, llenas de vellos negros y flacas y duras cuando me penetraba”. Su miembro: “torcido como una zanahoria y rojo como una semilla de granada aplastada por un tenedor”. El incasable vaivén de su alumno la llenaba “inconmensurablemente” de semen. “Ahora le agradezco al destino haberme dado la sabiduría de nunca ponerle un condón a mi dulce hombre-niño”. Fue un año de sexo sin restricciones. Pero además, a pesar de la diferencia de edades, Milena Betancur había encontrado a un oyente, a alguien para trabajar un futuro que en su mente se construía con ilusión adolescente: una historia doméstica y romántica con un escritor, y la oportunidad de moldear ambas a su entero gusto.

Jaime Abril estudiaba en la universidad. Poco a poco iba robusteciéndose y adquiriendo el estilo ágil y desencajado que años después demostró en sus novelas. Tenía una novia, “un manojo de nervios cada vez que está conmigo, una niña tonta que no sabe la calidad del hombre que tiene”, decía Milena. Pero nunca hubo una conversación en busca de culpas, límites o para estudiar el futuro de aquella relación. Era sexo y charlas literarias, sexo y cigarros, sexo y lamerse todo el tiempo. Ese tiempo fue “el paraíso con el que la vida me compensó un matrimonio aburrido y la vida con un hombre enano de mente”. Sin embargo, en una declaración que luego se cumplió a medias, recae la maldición de Milena. Alguna vez, empujada por los celos, le dijo a Jaime Abril que siempre estaría solo, nunca encontraría una verdadera mujer con la que pudiera estar y pasar el resto de sus días. Jaime la escuchó incrédulo, pero era tanta la confianza que había depositado en su maestra, que aquella advertencia resonaba en su mente de vez en cuando, justo al término de alguna relación o en los periodos fértiles de escritura, pero también de una soledad dolorosa. “Serás un famoso y magnífico escritor, pero siempre estarás solo. Ese es el precio”. El subtexto,

como siempre, era: “Quédate toda la vida conmigo”, pero con el paso del tiempo, Milena fue entendiendo que esa posibilidad se desvanecía mientras ella envejecía y Jaime Abril maduraba. Dentro de poco, pensaba, el joven escritor encontraría a alguien mejor.

Del primer diario de Milena

Marzo

Nunca pudimos repetir esa primera vez, mi niño hombre, mi niño escritor. Es que hay un asunto triste con el cuerpo, mi amor, que cuando se junta con otro, cuando se deja penetrar por otro o es penetrado o, más bien, cuando van en una misma dirección, por más fricción que exista y por más besos y fuerza y ternura se disipa para siempre y por eso queremos más. El deseo es una perra hambrienta, mi niño hombre. Por eso nos desvanecemos cuando toqué tu espalda por primera vez y sentí tu nerviosismo tierno, la manera en que más que disfrutarlo volvías el cuerpo para que nadie viera, asustado, así como cuando presentabas tus primeros cuentos y yo los destrozaba para que crecieras y te volvieras hombre, mi niño. En tu espalda dura, como de potro, yo sentía las contracciones que deseaba dentro de mí. No sabes cómo luché para mover mi mano hasta tu verga y sacarte el jugo caliente que habías guardado durante años o meses, tu jugo medio virgen, porque siempre me contabas de tus perras, de esas zorras que te visitaban, a quienes veías en la escuela y con las que mantenías relaciones que no duraban. Ahora mismo siento cómo me mojo, cómo es tu saliva fingida por mi recuerdo la que cae por las paredes de mis muslos, lentamente, como un soplo de ángel. Esa noche estaba más mojada que el trópico, mi niño escritor. Y eras tú, el premio de todos esos años, el autor más maduro salvo por tus ideas aún torpes y tu estilo desbalagado que te compuse. Sí, te compuse, mi amor, y de cierta forma te hice. Fuiste mío cuando llegaste aquella mañana al taller, y no sabías ni cómo expresar que querías ser escritor. Fuiste mío cuando te exprimía y sufrías en las noches, antes de las sesiones, sin que lograras clarificar tus ideas y mucho menos reescribir tus cuentos con mis lecciones. Y fuiste mío, oh sí, amor, cuando una vez luego de muchos meses leíste por fin un cuento hermoso y en el que se vislumbraba lo que llegarías a ser. Los demás te miraron, siempre supieron que eras mi consentido, y no podían creerlo. Cuando la grandeza se presenta nadie lo cree, mi niño hombre. Y por esos años de dedicación, cuando sentí que también ya estabas listo para darme tu verga y tu deseo,

como un premio, te metí la mano para que supieras que yo también era tuya. Tú, lo sé, lo decían tus miradas cuando te criticaba o leía en voz alta algo de Cortázar, deseabas montarme como un animal. Nunca consideraste otras opciones porque eras muy joven, porque yo estaba casada, porque yo te llevaba muchos años, porque yo era tu maestra. Así que esa vez, mientras rasgaba lentamente tu espalda y sentía tu sudor, que me imaginé como semen, aunque paradójicamente empezamos a disiparnos, te tuve mucho más que todas las veces en esos cuartuchos baratos en los que estuvimos. En tu casa estaban tus papás, en la mía mi esposo. Ahora sé que con un poco más de dinero nuestra relación de amantes habría perdurado. Un fin de semana en la playa, otro en alguna ciudad cercana. Pero nos contentábamos, tú sobre todo, con esas camas inmundas de sábanas recién cambiadas, medio lavadas, en las que te montabas sobre mí como un hombre con mirada dulce y sin condón (¿recuerdas cómo te excitaba cuando te gruñía al oído que estabas limpio y libre dentro de mí?), embestías toda la tarde como si no quisieras venirte porque siempre que te venías acababa todo. Venía la culpa, el tiempo terminaba, me hablabas de tu novia en turno, que no se lo merecía, o me decías que todo aquello era un error, ingrato hijo. Lo recuerdo, no con odio, pero con una cierta pesadumbre. Desde la primera vez que me cogiste la culpa estuvo ahí y no podías soportarla. En eso se diferencian un niño como tú y un hombre. Y, si sentía que me humillabas, al dejarme ver que yo no era suficiente para que la puta culpa se te olvidara, por gorda, por vieja, por lo que siempre fui y no he dejado de ser, me la tragaba porque, esto nunca lo entendiste, yo me enamoré perdidamente de ti y no sólo con mi cuerpo. Jamás hubieras tenido los huevos para pedirme que me fuera contigo, lo sé. Eras un niño. Entonces me contentaba con tu parte de hombre, con tus movimientos, con verte mientras te venías como toro, como mi guerrero japonés, ¿recuerdas?, y durante el sexo sentía que éramos una pareja de escritores o que lo podríamos ser. Pero siempre acababas y nos íbamos pronto. Por eso siempre recuerdo esa primera vez cuando te toqué la espalda a hurtadillas, unos minutos, media hora, no sé, en que sólo te escuchaba tragar saliva y contestar apresuradamente lo que los demás te preguntaban, mientras llevabas el vasito de refresco a tus labios y yo sonreía a tu lado, como tu dama, como tu reina, como una madre orgullosa, mientras mi mano iba un poco más hacia tus nalgas y yo imaginaba tu verga, que luego conocí bien, que luego mamé tan bien, cómo se asfixiaba dentro de tus jeans. Mi niño escritor. El deseo es una perra hambrienta y luego cuando nos dejamos de ver me volví loca. Te escribí muchas cartas que nunca te di y que me dejaban desconsolada porque al final siempre me masturbaba para tratar de sentir algo más que esa nostalgia cerda. “Creo que me

enamoré”, me dijiste al final, bastardo, niño cobarde, y aunque sólo lo dijiste así yo sabía de quién y cuándo porque la mayor cualidad que tenemos los escritores es la observación. Te enamoraste de esa pendeja, remedo de cuentista, que te dejó a los dos meses y luego ni siquiera publicó un libro y se perdió. Pero vi tu cara de estúpido aquella mañana de taller cuando la niña entró y supiste que por fin podías tener a tu mujer escritora, la que tanto querías, la que tanto anhelabas para tus mañanas de escritura. Ahí supe otra verdad: además de la culpa por engañar a tu noviecita en turno, conmigo siempre tuviste culpa por mi edad, porque nos vieran como al gigoló preparatoriano con la señora gorda. ¿Qué te pesaba más? ¿Cuál de las dos culpas era la más cabrona de soportar, Jaime? Si hubieras sido un poco más valiente, te lo habría dado todo. Mis ojos, mi literatura, mis oídos, mi vagina caliente que tanto te gustaba, que tanto te hacía decirme esas guarradas cuando me mordías el cuello. ¿Recuerdas? ¿Alguien te ha hecho venirte así ahora que eres un escritor famoso? Sólo tengo tu espalda y mi mano frotándote con deseo. No había culpa ni futuro ni pasado en esas caricias subrepticias que, luego me enteré, tú le revelaste a los compañeros del taller. ¿Cómo pudiste arruinarlo? Ni siquiera tuviste los huevos para dejarme en la memoria ese avance en el que te hice mío. Luego, sí, el sexo hermoso que tuvimos después se lo llevó todo; y tus perras, y tu pretensión de futuro. Ahora pienso, ¿te avergonzaba la idea de seguir conmigo, de andar conmigo, y que luego en una fiesta como a las que vas de escritores famosos se burlaran de ti? No te perdono eso, mi estúpido niño escritor. Te perdono otras cosas pero no el haberte entregado a la culpa que te provocó mi deseo.

¿Cómo era Milena Betancur? Quizá mi descripción, mezclada con las dos o tres fotografías que he encontrado de ella en internet, no ayude en mucho. Mi imagen de ella, luego de conocerla por casi dos años era una; ahora, después de leerla, es otra. ¿Qué imagen podría contener ambas intuiciones? Milena Betancur fue guapa. Una de esas mujeres cortas de estatura, que dan la idea de estarle robando el cuerpo y la personalidad a alguien más. Una farsa, una suplantación. Se vestía mal: jeans, playeras y blusas de colores oscuros, blazers. A veces sucumbía al llamado de su idea de feminidad y se ponía faldas a la rodilla y blusas que la hacían ver como una calabaza expuesta al sol. Nunca fue delgada. Sus manos, el entresijo de los dedos, la carnosidad de la palma, daban la impresión de bolillos con mantequilla caliente. Todo en ella daba un reflejo alimenticio. Cuando yo la conocí no comía mucho, pero

su cuerpo era el de alguien atrofiado que pasaba muchas horas en un sillón. Sus mejillas y su cabello rizado, quizá su mayor atributo, eran como un camuflaje de lo femenino. Era atractiva y no. Sus dientes diminutos, como ratoncitos recién nacidos, contrastaban con su voz ronca y fuerte. Era capaz de derribar a cualquier con sus comentarios arriesgados y temblorosamente francos. Era, si nos ponemos honestos, como una niña gorda, sobredimensionada en la secundaria, con rasgos de señora que no llegó a crecer. Una señora-niña. Un bodoque sexy de labios finos, piernas regordetas y cortas, con un par de senos de modelo, que aunque subiera o bajara de peso mantenían ese porte erguido propio de quien cuida su salud.

En lo personal era reservada. Nunca empezaba las conversaciones. Siempre se manejaba con cautela, trayendo de la cocina un poco más de limonada, recordando de pronto un verso y yendo a la biblioteca por tal o cual libro, instruyendo a su interlocutor con una voz apagada al principio, que conforme tomaba confianza se volvía dueña de la estancia y enérgica y nerviosamente afianzaba su aplomo y conquistaba. No sé mucho más. Conversábamos al menos dos veces a la semana. A pesar de que le conté toda mi vida y ella me daba lecciones de literatura, siempre me trató con el respeto y distancia de una tía a quien no has visto en mucho tiempo pero con quien hablas con confianza porque es familia.

Recuerdo el día en que descubrí que Milena era escritora. Vivíamos en un complejo de trece casas cuyos patios traseros formaban un semicírculo alrededor de una alberca monumental que daba a la playa. Palmeras y un enorme jardín paradisiaco atendido fielmente por dos jardineros. Milena había llegado a vivir ahí a los 59 años, casi tres años después del escándalo. Al principio pensé que se trataba de una de las muchas personas dedicadas a la limpieza de esas casas de verano de clase media, pero luego la veía por las noches acomodada en una hamaca leyendo hasta la madrugada. Yo le hablé. Venía de regreso de la marina, donde había tomado un par de cervezas con amigos, cuando todo ese asunto de ser vecinos sin saberlo, de verla continuamente y su porte, una presencia como de emperatriz en retiro, me hicieron recorrer el camino de piedra hasta su patio. “Buenas noches”, le dije y ambos reímos. Mi balbuceo era notorio (en realidad no habían sido dos cervezas), y Milena vio en aquel saludo un acto de buena fe. Preguntó mi nombre y si la casa era mía. Le conté en cinco minutos de Patrice, la dueña, una mujer negra que trabajaba en alguna cuestión de educación en Chicago y venía solo en diciembre. “¿Eres el administrador?”,

preguntó sin dejar de lado el libro que leía ni ocuparse de señalar la página donde estaba el punto de lectura. Le respondí, sin saber por qué tan pronto ya estaba contando cuestiones íntimas de la dueña de la casa y de mí, que el esposo de Patrice había muerto de un infarto en esa casa donde habían vivido felices por veinte años y ahora, en lugar de venderla, la conservaba para sus hijos y para fomentar la nostalgia. “¿Y tú?”, pregunté para no seguir hablando mientras me tambaleaba y ansiaba otra cerveza o un vaso de agua. “La casa es de mi esposo muerto, soy viuda...”. Mi silencio fue suficiente para que por cortesía me invitara a sentarme, cosa que rechacé ante la incomodidad por mi estado y por su revelación. Dos esposos muertos no eran buen augurio. Me despedí cortésmente y me fui. Pero volví la noche siguiente. Milena leía *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*. Al preguntarle de qué trababa, se quedó seria un momento y dijo: “del difícil ejercicio de engañar, de hacer que las personas se queden aunque no quieran”. Me entusiasmó ese tema, quizá por mi reiterada soledad asumida y porque hubo algo en los labios de Milena o en su voz que prometió una doble lectura de sus palabras. Esa noche se levantó de la hamaca, me hizo sentarme en una poltrona frente a ella y me pidió que la esperara cinco minutos. Pasaron diez en los que analicé los adornos de su patio (entre ellos, el artilugio para alimentar colibríes que luego se volvería tan importante), la mesa redonda con cuatro sillas de mimbre que yacían como buques oxidados, llenas de telarañas, y muchos rastros de una soledad asumida como la mía: un vaso medio lleno de algún líquido de la noche anterior, un plato con un limón, un juego de sandalias, una toalla verde extendida sobre uno de los camastros. Cuando uno vive solo reconoce las porciones individuales, breves, y los objetos que llegan de a uno porque no hacen falta más. La simplificación de la existencia en ese juego de servilletas del que solo usas, cada noche, una. Milena abrió la puerta de vidrio con el pie sin perder el equilibrio. En las manos traía una bandeja con dos caballitos de tequila, un plato de cacahuates, un paquete de cigarros nuevo y una caja de cerillos. Sonreí con agrado y pasamos unas tres horas contando veladamente nuestras vidas: “Antes era ingeniero pero resulté muy bueno para dar masajes, ahora vivo de eso”, “Patrice puso un anuncio de que buscaba una persona que cuidara su casa once meses al año, y a la semana ya estaba instalado...”. Yo trataba de abundar en los detalles recientes de mi llegada, de esos meses que llevaba viviendo ahí para establecer un pacto y lograr de Milena algo más que monosílabos y asentimientos que contrastaban con su hospitalidad. “Mi historia es muy aburrida...”, “nunca quisimos hijos y luego él murió”. Esas frases me parecían evasivas, pero a fin de cuentas éramos un par de desconocidos extendiéndonos la

mano porque estábamos solos. Quizá el día siguiente volveríamos a nuestras rutinas y al pasar nos saludaríamos con un movimiento de mano o de cabeza. El tequila me hizo hablar, le conté que en mi casa nunca hubo realmente lectores, que había leído un par de libros en la preparatoria y en la universidad me contenté con ver películas basadas en libros. “¿Para qué leer?”, le pregunté envalentonado por mi ignorancia alegre. “Porque ahí estamos nosotros. Ahí está contado, incluso, este momento”, me respondió. Aunque no me llevaba más de treinta años, desde esa noche se estableció una dinámica niño-adulto. Ella escuchaba mis, a veces, largos y desaforados comentarios sobre el mundo, sobre mi desconocimiento del mundo, y al final daba dos o tres tijeretazos imponentes y sonreíamos. Fue un pacto de subordinado que adopté con ceremonioso ímpetu.

Milena estaba enferma. Algo en los riñones que no me supo, o más bien no quiso explicar. A veces se levantaba como si tuviera muchos tequilas encima y tambaleándose me decía que la disculpara unos minutos. Tras un mes de nuestras veladas me reveló su enfermedad, casi como si estuviera confesando una infidelidad. La oí con atención y reforcé mi subordinación ofreciéndole mi ayuda, que de vez en cuando aceptaba. Ir al supermercado por algún olvido de su lista, cambiar un foco, reparar alguna cosa de la casa. Desde la segunda noche empecé a cambiar, cada semana más o menos, el garrafón de agua por uno nuevo, que solía guardar en la cochera.

Al contar todo esto no me alejo de mi intención principal: revelar cómo me di cuenta de que Milena era escritora. Si Milena no hubiera estado enferma, si no me hubiera ofrecido a hacer pequeños encargos domésticos, si no estuviera entre ellos cambiar un garrafón de agua, si el garrafón no se ubicara en la cochera, etcétera, no habría ocurrido la revelación que detonó todo. Imagino la historia, descubriendo la noticia de la muerte de Milena sin saber que era escritora, y entonces todo cambia. La habría extrañado, habría pensado que era una vieja más que se moría, y ya. Pero saberla escritora me hizo indagar. Quizá sea un problema de quienes no somos escritores: pensamos que los que pueden contar historias guardan secretos, vidas alternas, capítulos que no cuentan, y eso vuelve misteriosa su vida. Pensamos que son seres excepcionales.

Durante toda nuestra relación, acepté sus palabras como los comentarios de un familiar. No preguntaba de más y me contentaba con sus respuestas parcas o con sus historias extendidas, que siempre eran una esfera, llenas de giros dramáticos y personajes duros y entrañables. De entre todas, recuerdo con especial fascinación a su

abuela. Según Milena, era una persona dura, mitad quebequense, que la acomodó en su casa luego de la etapa en que había recogido perros muertos para sobrevivir. Sin embargo, esa hospitalidad llevaba grilletes. El autoritarismo de la abuela, sus regaños a todas horas, reglas estafalarias como no hablar durante la comida y dormir puntualmente a las siete de la noche. Milena aceptó que en esos días de dictadura familiar aprendió a no decir groserías frente a personas mayores, a hablar poco y a temer que, hiciera lo que hiciera, merecía un castigo porque se había equivocado. Todas las historias de Milena venían acompañadas de una destreza narrativa sorprendente. Aunque fuera un asunto minúsculo, lo dotaba de matices que podrían volverlo épico. Nunca imaginé que la mayoría de las cosas que contaba eran mentira. Sobre todo lo referente a su esposo muerto, a sus actividades antes de la llegada a esa casa, la gente que había conocido o sus enfermedades. De alguna forma vivía en la mentira de las historias que nunca pudo escribir, o escribió y no leyó nadie, que es lo mismo. Y, además, me sobrecoge recordar los continuos espacios en blanco que dejaba y la parca mención a etapas importantes de su vida, como cuando fue maestra de Jaime Abril.

Lo más sorprendente en ese momento, y que luego opacó mis demás descubrimientos, fue que ella nunca aceptó ante mí ser escritora. He reflexionado mucho sobre este punto. ¿Por qué me lo ocultó? Quizá porque los lectores somos seres voraces que no se contentan con los libros del autor y, atenazados por las emociones que nos despiertan, hurgamos en sus vidas para obtener más, y esa investigación me habría hecho descubrir la verdad que ahora conozco. Supongo que Milena estaba contenta con la impresión que había creado para mis ojos.

Una tarde, mientras el tequila dejaba evolucionar nuestra charla, me pidió que no se me olvidara cambiar el garrafón. Decidí hacerlo en ese momento porque aún había luz, y como el contacto de la cochera estaba mal reventaba continuamente los focos, que yo cambiaba cada tercer día. Mientras ella servía otra ronda, me levanté y, atravesando la cocina, llegué al espacio extenso que en lugar de auto guardaba decenas de cajas e instrumentos, suponía, de un dueño anterior: cañas de pescar, martillos y desarmadores de todos tamaños, y dos tablas de surf. Con parsimonia me dispuse a quitar el plástico y la tapa al garrafón y, como el movimiento ya estaba mecanizado en mí, le di un vistazo al montón de basura. Una de las cajas estaba abierta. Dejé el garrafón, morbosamente impulsado por la curiosidad, pues aunque ya para entonces creía conocer muy bien a Milena, presentía todo un iceberg oculto. Dentro de la caja había libros, unos treinta o cuarenta ejemplares de tapas rojas de un

solo título. La extrañeza de todos esos cadáveres con las hojas torcidas por la humedad pero iguales en cuanto a su decrepitud me hicieron levantar uno. El libro estaba firmado por una mujer, Beatriz Mella, cuyo nombre no reconocí. El índice consignaba siete cuentos. “Perros atropellados”, leí como título de uno de ellos y me intrigué. Esa extraña coincidencia era un tema reiterado en Milena: los perros atropellados de su adolescencia me hicieron desafiar la confianza que había depositado en mí y encajarme un ejemplar entre las bermudas y la espalda. Hice un par de movimientos para asegurarme de que no se movería tanto, dejé la caja como la había encontrado y cambié el garrafón. Durante la hora adicional que duró nuestro encuentro, mi frágil atención hizo que más de una vez Milena me preguntara si me pasaba algo o si, por fin, estaba enamorado. “De alguna rara forma pienso que falta mucho para que encuentres a la mujer de tus sueños pero cuando lo hagas, serás muy feliz”, me decía. Yo me disculpaba y le daba un sorbo más a la bebida. Tiempo después, luego de leer sus diarios, entendí que muchos diálogos respecto al amor, a las relaciones románticas, a la vida, no eran recientes, los había practicado con Jaime Abril. Eso, debo aceptarlo, me decepcionó. En algún momento mi vanidad me había hecho pensar que yo era uno de los protagonistas de la vida de aquella mujer. Entendí que no era cierto. Fui el testigo, la persona necesaria para que los verdaderos protagonistas no ardieran en las brasas del olvido. Y, de nueva cuenta, la desilusión es el estigma de esta historia. ¿Esto, entonces, no es más que la larga carta de un hijo putativo despedido? ¿Habría sido Milena, con sus mentiras fantasiosas, sus verdades cautelosas y tantos secretos, el verdadero trozo de mi familia? ¿Qué acaso no todas las familias felices guardan secretos y de ahí su comfortable uniformidad?

El cambio, ante la sospecha de que ese libro firmado con otro nombre era en realidad de Milena, se llevó a cabo en varios niveles. Me despedí con nuestro acostumbrado abrazo, nervioso ante la posibilidad de que descubriera el robo, y la retuve más de la cuenta. Como si atrayendo el peligro, acentuando más ese contacto, mis brazos que la apretaban, mi boca cerca de su cuello, alejaran la presencia del libro. Milena me atrajo, también. Cuando sentí que exploraba mi espalda con sus manos regordetas me separé, la sujeté tiernamente de los brazos, la miré, quizá no la miraba sino que contemplaba mi miedo... y nos besamos. El beso fue breve. Luego di la vuelta y me fui. Aunque me sentía borracho, al llegar a casa y encerrarme serví más bebida. En mi cuarto, sin recordar ni siquiera poner el aire acondicionado con el sudor inundando mi playera, empecé a revisar el ejemplar. Era tanta mi emoción por ese enigma que ni siquiera reparé en ese beso furtivo de madre nostálgica. Había una

ficha que daba cuenta de la edad de Beatriz Mella, un lugar de nacimiento y nada más. Era su primer libro, publicado en una editorial universitaria. Se habían impreso quinientas copias. El índice no me dijo nada más. Empecé a leer. A la mitad del cuento de los perros solté el libro, bebí más, caminé en círculos por mi habitación y, ahora sí, recordé el beso con Milena. Sentí una erección creciente y sin dudarlo sobé mi pene como quien talla un encendedor. Mi excitación no provenía de reconocer en mis labios el breve sabor de Milena, la quietud de su boca fina y precisa, sino de la revelación de que el tono del cuento era el de mi vecina, ahora misteriosa. No sólo era el tono. Ahí estaba el relato de su infancia madura recogiendo animales destripados para subsistir. La misma tristeza nostálgica con la que Milena acometía su relato estaba ahí. Lloré. Empecé a masajear con más fuerza mi pene y estuve a punto de ir a su casa y terminar aquel beso, que ahora me encendía el deseo de reanudar esa ruptura: matar a la madre putativa y descubrir, por fin, a la mujer. Recordé los pechos de Milena y cada paralelismo hallado recientemente hacía que me excitara más. “Beatriz Mella”, repetía murmurando y entonces un raptó de espanto me llegó. Pensé en una suplantación de identidades, de que todas aquellas tardes había estado escuchando a una farsante relatar los cuentos de una persona más. Temí por la identidad de Milena, recluida en esa casa, sin hablar con nadie, huyendo de quién sabe qué. ¿Había matado a alguien? ¿Hecho algún fraude? ¿Era una prófuga? Luego pensé en otra posibilidad que me dio más miedo: ¿Milena era la autora de ese libro? Y, entonces, yo había conocido a una tal Beatriz Mella, escritora, a la que le gustaba transformar la realidad en ficción y, quizá como un juego, me contaba historias cada noche. ¿Qué era cierto? Terminé de leer “Perros atropellados” con un escalofrío después de cada frase. Continué hasta el amanecer leyendo los demás cuentos y pensé que toda la vida de Milena Betancur, no de Beatriz Mella, estaba contenida en ellos. Cada vez que nos veíamos, la persona de casi sesenta años con la que hablaba, que había besado y ya sentía que era una presencia de toda la vida, merodeaba en círculos por esos siete temas, siete secciones de un pasado que se negaba a darle su verdadero nombre. Me quedé dormido por la borrachera y el cansancio. Al otro día se establecería una nueva relación con mi vecina. Yo sería un personaje, el que se entera de cuanto está vedado y no descansa hasta buscar en todos los rincones de la otra persona para conocer la verdad.

Todo se trataba de la lectura de un triste y crudo cuento sobre una infancia desaparecida. Milena resumió su vida en los cuatro tomos de su diario, pero Beatriz Mella lo había hecho en sólo siete cuentos: no más de ciento cincuenta páginas.

Repasé mucho tiempo los diarios tratando de comparar lo que me decía con lo que escribía. Poco a poco entendí que si bien los tres primeros diarios resumen la vida de Milena, su infancia, su juventud y su vida adulta, con protagonistas como Jaime Abril, la abuela, los perros canadienses, su fracaso como escritora, su miedo a la vejez, el cuarto diario es el demonio. Es el único tomo que literariamente vale la pena y por ello no lo eché al fuego. Saber el pasado de alguien es conocerlo, pero saber su futuro es liquidarlo. El pasado de Milena se concentra en tres diarios. El futuro, en el último. Quizá por eso, al cabo de quizá un año de leer los tres primeros, de seguir en las mismas, decidí quemarlos. Me parecía tan común su historia... Una de tantas, pero asumida como importante por espíritus débiles como el mío. Nuestra vida no es importante si nadie nos quiso bien, si nadie nos quiso profundamente. Al ver la confesión del fracaso de Milena, la reiterada obsesión con las pocas oportunidades que tuvo, con esos enfrentamientos con la nada, y por ajusticiar a todos por no interesarse ni en ella ni en su obra y ver, en cambio, a otras personas “menores”, y contrastar esa pequeñez con lo que Milena me había demostrado en nuestras charlas, decidí destruir para siempre ese complejo de provinciana rancia. Maté a Milena y conservé su parte final, la de heroína, donde luchó y estuvo a punto de triunfar. También por eso decidí nunca decirle que yo sabía quién era. Mantuve el teatro a manera de conservar esa diminuta civilización, quizá debo decir familia, en la que nos acompañábamos. Quizá esa última parte, sus cuatro años finales (sin contar sus dos últimos del destierro que precedieron su muerte a los sesenta) la salvarán. Es ese melodrama trágico, esa epopeya del fracaso, lo que debe permanecer y, quizá, ser publicado. Me encomiendo a ese cuarto tomo para que Milena sea vista como yo la vi, tan débil y fuerte como una autora de verdad que luchó contra el destino y, aunque perdió, nunca bajó la guardia. Admiro a la Milena noqueada. Esas líneas, esa parte de su vida, son las que mejor reescriben su primer libro de cuentos, el único que podría rescatarla y llevarla a la posteridad. Si Milena es leída dentro de cien años, depende de su lucha encarnizada contra el olvido, esa lucha que emprendió al lado de Bert Boonstra, uno de los escritores más importantes de la historia, que sin embargo no ha resistido bien el paso del tiempo y luce avejentado en un rincón de la literatura. Personalmente, me gusta más como autora Milena que Boonstra, a pesar de que él recibió en su etapa de madurez el premio Cervantes. La enfermedad acabó con Boonstra y con su literatura. Cuando ya no pudo plantarse en las ferias del libro ni conceder entrevistas porque su mente saltaba de un tema a otro y olvidaba incluso su propia obra, el medio literario lo desechó. Las revistas culturales no soportan que sus

mejores escritores tengan la gracia de una pesada puerta de palo. Los lectores actuales exigen que sus grandes escritores sean también grandes oradores y relaten oralmente el mundo, sintetizen las crisis y las noticias actuales, tengan humor, elaboren aforismos... Si el escritor no llena cabalmente estos signos de “grandeza” es relegado al establo y suplido por un autor que pueda convertir la presentación de un libro en un carnaval. Bert Boonstra, por la enfermedad con la que la vejez lo premi6, fue olvidado y convertido en un monigote al que invitaban regularmente a fiestas y eventos porque no todos los días se tiene a un Cervantes sentado a la mesa, pero que era menospreciado cuando la noche maduraba y, casi siempre, era víctima de bromas y ataques de borrachos envalentonados, de autores jóvenes o críticos de medio pelo que no atinaban a entender que, a veces, los grandes autores son también idiotas.

En sus diarios, Milena rescata un punto importante al que, sin embargo, no le pone demasiado énfasis, como si lo minimizara, no sé si amorosamente o hasta con rencor. Al parecer, antes de su enfermedad, Bert Boonstra era un tipo absolutamente seguro de sus capacidades y hasta un poco soberbio, quien dejaba por aquí y por allá declaraciones realizadas con delicada perversidad. Se afanaba en probar que la “turba literaria”, ese conglomerado de autores luchando por un lugar, merecían poca atención si los rasgos predominantes de su literatura no habían aparecido en sus primeros libros. Una gran literatura, decía, siempre se encuentra en las minas, y sólo una inteligencia educada y crítica podía alcanzarlas. Así, Bert era conocido por prodigar sentencias infames entre las primeras obras de los más jóvenes: “en cuarenta años estará recogiendo platos sucios en un restaurante en donde sus contemporáneos celebraran sus victorias”, “sus temas campiranos servirán para adoctrinar a las vacas”. Sin embargo, luego de su enfermedad, cambi6 y se hizo dueño de una timidez que no tenía pocos exabruptos o desplantes cuando se sentía arrinconado. Quienes lo conocían sabían que podías humillarlo hasta un cierto límite, pero después el gran oso Boonstra explotaría y su fuerza descomunal se haría presente.

Beatriz Mella / Milena Betancur conoció a Bert Boonstra en un coctel al que fue invitada por un viejo amigo que se apiadó de ella. “Tengo cinco meses sin trabajo. El padre de mis hijos, con quien sigo viviendo pero ya no soporto, me reclama que sólo él aporta; y el tipo con el que andaba y me daba trabajos de traducción y corrección me dejó”, le dijo. Entonces lo llamó a su oficina, conversaron sobre un par de posibilidades (entre ellas darle dos libros para dictaminar), la llevó a comer y, como

Milena no parecía despedirse, la invitó a una fiesta que la editorial daba esa noche.

Milena vio a Bert en una esquina, solo, bebiendo, y tuvo la impresión de estar en un bosque frente a un alce viejo que busca con serenidad el lugar menos frío para morir. De entre todos los libros de Boonstra recordaba dos, la novela *El último en acabar* y los relatos de *El pastor muerto*, ambos publicados hacía casi cuarenta años. Quizá esos dos, de entre los ocho que publicó, eran los que seguían leyéndose en alguna universidad de provincia, o citándose para ejemplificar “la influencia de lo europeo y el puntillismo de la percepción erudita de alguien que desafió a la academia en las letras nacionales”. Palabrería que no llegaba al gran público y ahora se encontraba en un par de librerías de viejo o en bibliotecas de universidades norteamericanas empolvándose. Pero Milena lo había leído. Incluso había usado la novela de Boonstra para enseñar en sus talleres la paradoja de que una historia grande pudiera tener un inicio y un final perfectos; cosa rara de encontrar, sobre todo en novela. Además, *El último en acabar*, y en esto coincidían varios, hacía uso de “la zona muerta” (llamada por Breton “moments nuls”), aquellas páginas, habitualmente en la parte media, que matan la tensión, arrugan la forma atlética de un arco dramático y someten al lector a un tú a tú con el autor, para que el primero vea la palidez de ese dios de papel, el novelista, y el segundo muestre sin pudor sus principales defectos. Boonstra hacía un contrapunto con “la magia de la historia”, esa realidad casi viva, donde lector y autor se encontraban de frente, solos, abandonados por el mundo. Sostenía que ese era el verdadero espacio de la novela, el único no afectado por el necesario artificio de la ficción, que pretende jalar hacia el centro al lector y le miente. La verdad de cualquier novela, el verdadero temperamento del novelista, decía Boonstra en sus mejores años, se encontraba ahí, en la zona muerta.

Hacía mucho tiempo que Milena no se emocionaba al encontrar en la calle o en librerías a autores famosos. Le hartaba pasar de “autora” a fanática y solicitar tardíamente un autógrafo. Prefería verlos a distancia, quizá estudiarlos en una suerte de laboratorio desechable para ver si lograba extraer de una mirada, un gesto, el secreto que revelaba por qué escribían tan bien. Ese secreto, pensaba Milena, debía hallarse en la vida del autor, no en sus libros. Ningún novelista que pretendiera seguir en un buen nivel, como los magos, podría revelarse por completo sin perder eso que lo hacía único. De ahí, la torpeza de los críticos literarios, perros negros persiguiendo migajas que, como a Hansel y Gretel, los llevaban por un camino equivocado. Estudiar a un autor nunca era conocerlo. Hablar con él, vivir con él, ser su amigo, ofrecía mejores resultados. Un novelista que por sus páginas pareciera un gigante, era

muy otro al verlo con un tazón de sopa o caminando pesadamente hacia una cita a la que llegará tarde. Milena creía que en la vida cotidiana de los autores se hallaba el secreto de su éxito. Por eso, cuando hablaba en público, ya fuera en sus talleres o en la presentación de un libro (aunque hacía mucho que no la invitaban a una), solía acentuar esas características que algunos lectores cercanos y amigos señalaban en sus libros: “una mirada como de bisturí para desentrañar los detalles”, “un apasionamiento intelectual, como si el cerebro fuera su corazón”, “una dureza fiera, tan categórica como un cono de hielo de dos toneladas”. En público era dura, filosa, reveladoramente cerebral. Parecía que llevaba varios minutos pensando sus frases o comentarios. Nunca nadie pudo notar el miedo absoluto que la contaminaba, la inseguridad de saber que su discurso no estaba sostenido ni por una obra importante, ni por el halago de la academia, de los lectores ni de la crítica. Ella siempre les exigió a sus interlocutores obra, trayectoria, algo que fundamentara sus palabras. Aunque siempre se afanaba en soltar datos medianamente verdaderos: “soy de las pocas autoras traducidas en Canadá” (por un cuento que había aparecido en una revista universitaria de Quebec gracias a un amante de su abuela), el engaño nunca le llegó a los huesos.

El coctel de la editorial era para anunciar los lanzamientos del año. Luego de diez minutos con su amigo, éste le pidió a Milena que la dejara saludar a un autor. Se quedó sola. Repasó a la multitud, se sintió náufraga y dejó que la marea la llevara a la esquina de los canapés, refugio último donde uno podía ser considerado un hambriento más que un extranjero en aquel lugar. Desde ahí contempló a los periodistas culturales deambulando en grupos o situándose en el centro para platicar a carcajadas. Vio a dos autores que había leído y le parecían malos y a una cuentista que admiraba pero era veinte años más joven. Milena ya había pasado los años donde añoraba el llamado de un editor o algún vuelco del destino donde, por recomendación o por azar, un director editorial se fijara en ella y la publicara. Había mandado una novela, que luego destruyó, a cinco editoriales. “Aunque su obra demuestra dotes excepcionales, fruto de una ardua labor técnica, lamentamos comentarle que no se ajusta a los criterios de esta casa editorial”, una y otra vez, hasta que decidió que una partida de dictaminadores ciegos no iba a decidir su futuro. Una vez comió con un editor de un sello importante. Un periodista los había presentado, y cuando el editor preguntó de qué iba la historia, Milena balbuceó un argumento sin chiste que propició un “me gustaría leerlo cuando lo acabes”. Ahora estaba ahí, en medio de todo eso que de alguna forma despreciaba, mundos literarios colapsando, hombres y mujeres llenos

de alcohol que contaban sus fortunas. A Milena le parecía que todos ellos lo habían logrado, eran felices, habían sido invitados porque eran “alguien”. Comió dos bocadillos de salmón para paliar su autocompasión rutinaria. Le molestaba. De alguna forma ella había decidido alejarse de ese mundo y seguir escribiendo para encontrarse de una forma honorable con los lectores. Ella sabía que si escribía algo transparente, que revelara algo de la condición humana, el “boca a boca” la salvaría. La incomodaba sentirse así, como niña desvalida, aun sabiendo cómo era el mecanismo de todo aquello: dedazos, publicaciones por amistad, por interés, por todo excepto por lo que importaba. Comió un bocadillo más para cambiar el chip de autocompasión porque “no me ha leído nadie” a “¿cómo voy a bajar este sobrepeso?”.

Entonces lo vio. Igual que ella, aunque no era igual que ella. Mimetizado en un rincón, engullendo como un sapo viejo un trozo de flan bamboleante. Además de leerlo, recordaba artículos y reportajes que se habían puesto muy de moda sobre él. Su enfermedad se había vuelto más importante que sus libros. Hacía más de diez años, Bert Boonstra había empezado a olvidar. Los reporteros culturales calificaban aquello como un “Alzheimer poético” o una “falso recuerdo”, es decir, con similitudes a la enfermedad de la desmemoria, pero matizadas con un pie en la realidad. Los enfermos olvidan episodios de su vida e información específica, como si un láser hubiera quemado la zona del cerebro donde se almacenaban. Un atleta podía olvidar leer pero no correr, o al revés; un director de orquesta olvidaba conducir a sus músicos, pero no tocar el violín... Bert Boonstra recordaba toda su vida familiar (una esposa muerta, un hijo que vivía en Italia), parte de sus estudios y hasta manejar o dónde había vivido, pero había olvidado todo lo que había escrito. Aunque podía recordar una cierta forma, costumbres y rutinas de la escritura (siempre escribía veinte cuartillas al día luego de beber café endulzado), no tenía claros ni la trama ni haber escrito ninguno de sus libros ni correos electrónicos ni notas del supermercado. Su disociación con la escritura era total. Podía leer diez páginas de una novela y al cabo de unos minutos olvidarlas. Se volvió inútil para sus propios libros; es decir, las universidades o ferias que lo invitaban para hablar de su obra dejaron de hacerlo cuando supieron que Boonstra era quien menos sabía de sus propias páginas. Algún entrevistador lo había invitado en una feria del libro a una entrevista en vivo y vio tristemente cuando Bert, que había aceptado porque creía que podía, se quedaba en blanco y luego de un “perdona, no recuerdo haber escrito eso” se levantó y se fue arrancándose el micrófono. Desde entonces, Bert Boonstra era dos: el autor de grandes obras, premiado, conocido en todo el mundo (un tanto soberbio y

autoritario); y ese anciano cobarde pero con desplantes que sólo podía hablar de su pequeña casa de dos plantas o de que le faltaba dinero para llegar a fin de mes. Sus preocupaciones económicas suplieron a las literarias. Quienes lo conocían a fondo sabían que también eso era una parte de la desmemoria. Bert era dueño de una pequeña casa de dos plantas donde vivía, pero también de una más grande, que rentaba, ubicada en la playa, en un complejo destinado para retirados. A veces Bert pasaba unas semanas sin dinero, comiendo lo que podía, por invitación o en cocteles o presentaciones de libros, sin recordar que su cuenta bancaria crecía, si bien no de manera brutal, sí para mantener un nivel de vida mesurado.

Milena se arrepintió de hablarle al escritor. Imaginó en segundos el fracaso que, a pesar de su admiración, ocurriría cuando el viejo trastabillara e iniciara un diálogo sin conexión con la realidad que lo volvería patético. “Nunca conozcas en persona a un autor que admiras”, les decía Milena a sus alumnos. Sin embargo, Bert tomó cor buen ánimo ese acercamiento, y luego de limpiarse las manos con una servilleta, se acercó a la mujer y le extendió la mano. “Buenas noches, soy Bert”, le dijo mirándola a los ojos, desmintiendo la desubicación que Milena pensaba encontrar. “La verdad es que esta fiesta me está sofocando... sobre todo porque no he parado de comer flan. Está exquisito”, y ambos empezaron a reír. ¿Cómo describir a Bert Boonstra? Lo que más llamaba su atención era su altura, y aunque era de huesos anchos y dedos de corcho, lucía una esbeltez elegante, difamada por una panza dura e inflada. Caminaba como si estuviera a punto de doblarse contra el suelo y volverse un diplodoco cruzando un pantano. La espalda encorvada, propia de la timidez de las personas altas, la exageraban los dos brazos colgando a los costados. Su pelo blanco y leve, como rastros de algodón levantándose en espiral sobre el desierto, y su piel rosada sin vello contrastaba con los cachetes gruesos como si fuera un bebé de meses. Milena vio los dientes amarillos, aunque Boonstra había dejado de fumar hacía veinte años, y cómo se llevaba las manos a la barriga como si fuera un Santa Claus a punto de vestirse de rojo. Hablaron durante quince minutos a pesar de la música y las interrupciones (“¿me permite tomar un tenedor?”) de los otros invitados. La familiaridad del trato no permitió silencios ni incomodidades. Bert hizo la crónica completa de un coctel al que recientemente había asistido, donde sólo había galletas y vino caliente, e hizo una observación capital: “cada fiesta o coctel se reconoce por la dinámica y movimiento de sus baños”. Reía mucho, y entonces Milena se sintió acompañada y ya no volvió a mirar hacia todos lados para buscar tierra en medio del océano. “¿Cuándo leeremos algo nuevo, otra novela, Bert?”, retumbó detrás de

ambos. Un crítico, evidentemente muy ebrio, había soltado la pregunta mientras trituraba un puñado de nueces. Milena notó que al lado del crítico había dos jovencitas y un señor atestiguando con risitas torpes aquella escena. “Cada vez tenemos más novelas al vapor. ¿Cuánto decías en las entrevistas que te habías tardado con tu primera novela? ¿Quince años? ¿O lo has olvidado?” Un estruendo de risas destruyó la tranquilidad facial del autor. Como un armadillo, trató de amurallarse en su cuerpo. Se evadió. Sin sonreír, dijo “mucho”. Y el ataque continuó: “¿te refieres a la novela del elefante o la de aquella tribu de apaches que conquistaba Inglaterra?”, dijo el otro hombre de una manera seria para acentuar la burla. “Aunque tú tardaras quince años, espero que haya sido menos, en escribir esa primera novela, fue una lástima que la crítica nacional te despedazara en menos de una semana, ¿no es cierto?”, le dijo Milena al crítico literario con una voz contundente que pareció detener incluso la música. Era una bomba. Bert Boonstra se asombró ante el aplomc de la mujer, enderezó el torso, y dijo con voz poderosa: “Los críticos deberían cortarse las manos antes de intentar hacer novela”. Más que sus palabras, su presencia recobrada mató el ambiente de burla de aquellos cuatro. Las jovencitas se asustaron ante el embate del maestro y de aquella mujer que lo acompañaba, y el otro tipo, quizá con pecados semejantes, se hizo para atrás como un toro malherido. Un par de invitados que estaban cerca comenzaron a interesarse en aquel duelo tan poco usual. Y ante esa atención y bajo el riesgo de perder por el ataque sorpresa, el grupo retomó su rumbo y se marchó. Milena Betancur, dueña de la situación, partió un pedazo generoso de flan y se lo ofreció a Bert en un plato desechable. “¿Por qué no vamos a la terraza a fumar?”, le dijo.

La gente comentó durante días (lo descubrí en notas de chisme en internet) aquel chispazo de Boonstra que dio cuenta de que su inteligencia no estaba completamente muerta. Acostumbrados a los desplantes a veces físicamente violentos de Bert, o a sus pequeñas venganzas (un día había fingido una torpe inocencia para decir frente a una pareja de escritores casados hacía mucho que el joven asistente, presente también, era el candente amante del marido), la nota avivó de manera divertida el rumor literario. “El viejito no ha dejado de ser un cabrón perverso”, escribió alguien en los comentarios de un blog.

¿Defender a un autor como Bert Boonstra en el coctel de una editorial? De alguna forma, esa acción había rejuvenecido el ánimo de ambos. Se sentaron frente a frente, casi tocándose las rodillas, en un par de bancos bajos. Desde ahí veían toda la ciudad, enorme, y sentían las ráfagas de viento, que a esa altura del edificio parecían

manotazos de un gigante anoréxico. Ahora Milena estaba nerviosa. Comenzó a tartamudear cuando iniciaba una pregunta, y el mismo Bert, tan humanizado por la agresión, recobró una actitud de autómeta. Se sentían bien, el bamboleo del pensamiento representaba un bote en mar tranquilo, pero su expresión daba cuenta de la inminencia de un terremoto, cuando sólo los animales lo presienten y hay una serenidad falsa. “¿Tú escribes? Aquí todos escriben”, dijo Boonstra y enseguida se arrepintió. Le pareció que estaba en el mismo tono que los ataques de hacía un momento. “Sí”, dijo Milena, tratando de recuperar la festividad de su defensa. Pero decidió no continuar por ese rumbo. Tampoco tenía interés en preguntarle algo a él porque, lo sabía, acabarían hablando de la enfermedad. La incomodidad volvió. La mujer sentía que una buena parte de la vida de Boonstra era demasiado pública y demarcaba el terreno para los temas. Ni sobre la familia, la literatura, la salud, la edad, aquella fiesta... Nada. Pensó en un par de temas triviales mientras Boonstra hablaba del frío de aquella noche. Milena se concentró en observarlo, en asesinar la familiaridad para que, de nuevo, naciera el misterio y saboreara el asombro de estar, no era poco, hablando con uno de los escritores más importantes de su tiempo. Pero no podía. Dos cosas ya no estaban relacionadas en su mente con ese señor: la edad y la fama literaria. Porque la actitud de Bert era casi juvenil, relajada. Como si extrañamente tuviera un par de meses en el mundo y todo le resultara una sorpresa. Eso le gustó a Milena, quien empezó a verlo a través de ese canal y a disfrutar el calor que esa actitud y presencia la hacían sentir. “No me voy a enamorar de él”, se dijo cuando se encontró sonriéndole para provocar más plática.

Hay algo esperanzador en los inicios. Son como una droga. Alguien puede saltar de inicio en inicio y conformar una ilusión de que todo está bien. La noche en que se conocieron Bert Boonstra y Milena Betancurlas cosas funcionaron. Platicaron toda la noche, ella reivindicó la defensa de él que había ejecutado y él se mostró leal e inesperadamente receptivo. Milena aceptó la invitación a quedarse en el departamento del escritor y recibió enternecida la sábana y el cobertor doblados, y una almohada que, una vez que estuvo sola en la estancia principal, acomodó sobre un sofá-cama. Durmió cuatro horas y se despertó cuando Bert ya preparaba café. Todo aquel inicio, las diez o doce horas juntos, se establecieron en ellos como un pacto. En la mañana, ninguno se refirió a la noche anterior ni hizo comentarios para abundar en sus vidas actuales. Milena, con un sentido de la seguridad más desarrollado, buscó indicios sobre el estado actual de Bert. Su diagnóstico fue que hacía bastante tiempo nadie lo visitaba, y mucho menos una mujer. Mientras Bert traía el azúcar, acomodaba el

envase de crema en el refrigerador y buscaba un par de tazas, Milena tuvo tiempo de atisbarlo en todo su esplendor. No había duda, era un viejo, y aquel inicio interesante se volvía en una suerte de cátedra hacia la nada. Ahí, entre ellos, no había otra posibilidad que un intercambio amistoso entre dos personas, una amistad fraterna y un sentido de la compañía maduro. Bert ya no era un hombre, ni siquiera Milena sentía esa presencia renovada, rejuvenecida que le había notado la noche anterior. La mujer tomó el café con lentitud, recibió con agrado dos libros de Bert en primera edición, dedicados con sendas bromas sobre el estado putrefacto de su memoria: “Alguien me ha dicho que yo escribí esta novela. No estoy seguro, tu amigo Boonstra”. “Al menos el hombre sabe que fue importante, que es importante”, pensó Milena. Al salir del departamento, decidió besar a Bert en la mejilla y extenderle su correo electrónico. La ropa arrugada, el pelo un poco tieso y sin forma y la sensación de que había perdido el tiempo, asistieron a Milena mientras el vagón del metro la acercaba a la estación de autobuses. Compró un boleto, “¿redondo?”, había preguntado la señorita de la taquilla, “no”, había respondido ella, y durmió durante el camino de vuelta. Abrió los ojos dos minutos antes de que el vehículo se detuviera. Vio los créditos finales de la película, le dio un sorbo a la botella con agua tibia y bajó. No traía dinero para un taxi y Lucas, su esposo, no iría por ella. Seguramente estaría enfadado por su viaje y esa noche que pasó fuera sin avisar. Milena caminó decidida hacia la parada de los camiones urbanos, y mientras subía tuvo la firme impresión de que, a pesar de su desilusión por Boonstra, de que llegaría a su hogar con dos hijos que al verla se pondrían a llorar, y un esposo que ya casi no era su esposo y probablemente le gritaría, “ya no insistas, no eres escritora y nunca pasará nada contigo”, su vida, había dado un giro hacia la clase de mundo que siempre había soñado. Mientras el camión avanzaba, cerró los ojos, cruzó los brazos y movió en silencio los labios: “Bert Boonstra es un premio Cervantes y pasé la noche en su casa y estoy segura de que se enamoró de mí”. Milena sonrió mientras el timbre que marca los grandes inicios vibraba alocadamente en su cerebro.

Lucas era diseñador gráfico, le llevaba diez años a Milena y trabajaba en una empresa de publicidad. Era muy flaco y tenía el cuerpo lleno de vello y el rostro barbado y tenso. Tan pronto escuchó la puerta fue al encuentro de la mujer. La miró y esperó con impaciencia la nueva historia. De unos meses a la fecha ambos sabían que la relación no iba bien. Luego de tantos años de casados (¿once, trece?) y rumbo a la

adolescencia de los hijos, la ausencia de sexo por más de tres años, la rabia en las peleas o el frío en el interés común los habían rasgado por completo. La primera frase de Milena, que llegó a casa dueña de la situación, extrañamente calmada, fue: “Me parece que debemos separarnos”. Parecía que estaba negociando una deuda impagable y, por lo mismo, la imposibilidad la volvía dócil y cínica.

En los diarios de Milena Betancur había cincuenta páginas dedicadas a ese matrimonio y treinta a sus hijos. “Una tormenta, un ahogamiento, una ventisca de arena que se metió en mi boca desde el primer año”, escribió. Cuando alguien va saltando de tabla de salvación a tabla de salvación, una década parece cien años. Los cambios, los pasajes vitales pueden desconcertar, en primer lugar, a los amigos cercanos. Quedas de verte con alguien para tomar un café y te cuenta que ya se ha casado. Pasa un tiempo, se encuentran en un centro comercial y ya tiene un hijo, está separado y no vive donde vivía. Dos o tres años después, existe otro hijo, se mudó de país pero regresó y, aunque a veces hay noticias de que volvió con su pareja inicial, habitualmente existe ya una segunda o tercera pareja. “Estoy feliz”, te dice en cada encuentro. Era curioso notar los cambios que desde el principio revolucionaron la vida de Milena con Lucas. Se conocieron en Canadá, en la temporada final de Milena en aquel país, cuando, aterrorizada por la dictadura amorosa de su abuela, a la que le agradecía por haberle ofrecido un techo y pagar sus estudios, pero a la que odiaba por la atmósfera de asfixia dentro de la cual la obligaba a vivir. Si a los 16 o 17 años Milena aceptaba la imposición en el código de vestimenta, “sólo las putas visten de jeans”, las cachetadas cuando su comportamiento no era el adecuado, “me vas a decir que con un manotazo no se cambian destinos, pequeña zorra”, y la prohibición de salir, “aquel te va a violar, ese es un drogadicto y aquella no es una huérfana como tú”, cuando estaba por terminar la universidad, más de una vez Milena prefirió aquella vida levantando perros muertos que la tortura sistemática de su abuela. Milena Betancur ya era lectora y trataba de entender el alma de su abuela a través de las grandes novelas que había en su biblioteca. A veces, frustrada, Milena cerraba un libro sin entender que en quinientas páginas sobre la vida de una usurera que golpeaba a sus nietos y les quitaba el dinero, el autor no hubiera sido capaz de revelar un código o una verdad que le sirviera para soportar su vida actual. Los primeros relatos de Milena, amasijos de rabia y sentimiento, contaban una a una las escenas de las constantes humillaciones y fracasos. Milena se enojaba por el tono confesional y del “yo” que todos esos textos supuraban. Ni siquiera con la trampa de usar un narrador en tercera persona lo consiguió. Siempre era ella, era ella contando la historia con su

abuela. Y lo detestaba. “Si la ficción no puede hablar de otra cosa que no sea tu vida, no me interesa”, le dijo a sus alumnos en los talleres literarios tiempo después. Milena se escapaba en las noches con sus amigos a los bares del centro de la ciudad. A veces caminaba en el frío varios kilómetros hasta el cruce donde pasarían por ella y de ahí, al menos por unas horas, todo era libertad y llenarse los pulmones de aquella sensación que, cuando amanecía, parecía una vieja leyenda que inmersos en las labores diarias se olvida. Jacques y Terrence la apreciaban a pesar de ese aire de amargura que ni bailando ni bebiendo podía dejar. Se divertían, sobre todo, con constantes comentarios ácidos respecto a todo. Para Milena, nada parecía tener un verdadero sentido, todo se trataba de otra cosa, de un embuste o de una postergación de lo que no estaba a la vista. Ella los quería, a ese par de borrachos mujeriegos, porque la dejaban hacer cualquier cosa que se le ocurriera. Podía beber hasta caerse, o conquistar desconocidos para meterse con ellos al baño, podía besar mujeres feas o escupirle a la cara al cantinero y, sobre todo, Terrence siempre estaba ahí para defenderla o esperarla. Alguna vez se habían acostado los tres pero no había funcionado y estaban tan borrachos que decidieron pactar un silencio cómodo y que les permitiera continuar con la funcionalidad de esa “familia”. La abuela, Malika se llamaba, nunca la descubrió.

Fue hasta mucho tiempo después, quizá una Navidad (siempre hablaban en Navidad), cuando Malika llamó y estuvo media hora conversando con Lucas, luego con los niños y otra vez con Lucas. La angustia por terminar con ese ritual siempre ponía nerviosa a Milena, y cuando Lucas, antes de pasarle el teléfono, tapó el micrófono y le dijo: “insiste en mandarle dinero a los niños porque en una foto los vio con la ropa deshilachada”, la rabia se apoderó de ella. Por varios minutos le gritó a Malika su dolor, la acusó de haberle asesinado el espíritu, de ser una rata canadiense y de que jamás se dio cuenta de que cuando había vivido con ella hubo un lado alterno y libre del que gozó y eso le permitió no suicidarse. “Siempre supe que eras una puta y así terminarías. Dios bendiga a Lucas y a los niños”, dijo Malika y colgó para siempre. A los seis meses se enteraron de la muerte de la abuela, por complicaciones respiratorias y porque ya estaba muy vieja, y Milena Betancur odió no haber estado en los momentos finales para seguir despotricando contra la “maldita anciana”. Lucas y Malika siempre se habían llevado bien y quizá eso también contribuyó a que no existiera una complicidad total, necesaria para los matrimonios de años.

(Cuando Lucas estaba muy excitado le pedía a Milena que le orinara la cara, o le gustaba sentirse un niño cuando cogían y, sobre todo, cada cumpleaños pedía incluir a

una conocida de ella o de él en la cama, “sólo por esa vez”, y si bien eso nunca le molestó a Milena, sí lo separaba del hombre simple, tierno y correcto que Lucas parecía cuando lo conoció.)

He pensado que fue una noche cuando Jacques, Terrence y Milena estaban en un bar con un ánimo suave, quizá con resaca, y que fue Milena quien vio a aquel hombre barbón tomando cerveza con la cena, y se acercó. No sé qué se dijeron ni existe un relato de ese primer encuentro. Demasiado importante o demasiado nimio para ella. “Conocí a Lucas en un momento muy aburrido de mi vida. Yo tomé la iniciativa, como siempre”, escribió Milena. Supongo que, acostumbrada a abordar hombres (ella misma lo dice en sus diarios), se acercó un poco bebida, se sentó sin ser invitada y procedió a presentarse usando ese gesto animoso y certero que era una de sus mejores virtudes. Lucas, un estudiante de intercambio, que se sentía solo y hablaba un francés tan malo como tosco, hijo de una familia de clase media de una ciudad de provincia que por azar compartía gustos musicales con Milena, se sintió complacido con aquel abordaje y de ahí se estableció una breve relación que fue creciendo y fructificó cuando decidió llevarlo a cenar a casa de la abuela. Como un guerrero leal, el hombre había aguantado todos los ataques de la vieja y se la ganó cuando relató que era mitad español, fruto de un matrimonio amoroso que concibió seis hijos y se había exiliado en México. Todo aquello le sonó a la vieja como una historia de nobles y reyes y se abrieron las aguas para permitirle la entrada a ese tipo, la tabla de salvación “para mi nieta, que nació descarriada”. Así, cada semana Lucas era invitado a cenar a la casa familiar. Eso ocurría los viernes; los sábados, la vieja les daba permiso para ir al centro, “al cine”, y volver a la una de la mañana. Milena se contentó con esas salidas a medias pero con permiso y sin riesgo, y trataba de no dejar de beber todo el camino, seguir bebiendo en el cine, luego pasarse a un bar para luego entrar casi arrastrándose a un cuartucho de hotel y pasar una hora en la cama con su novio. Esa bendición de la abuela fue un arma letal: la arrimó a beber como animal sediento del charco de la libertad y maldijo aquella unión en cuanto a alguna posibilidad de armonía si abandonaban a la vieja. Lucas poco a poco comenzó a alinearse a Malika. La defendía cuando estaba con Milena, y un par de veces la apoyó en una discusión respecto a la educación de Milena o hasta en cuestiones filosóficas. Milena lo perdonaba porque era el boleto de salida de aquella prisión. Con el tiempo, Lucas logró el permiso para irse un fin de semana, algo insólito, a alguna cabaña o, incluso, convenció a la anciana para que Milena fuera a un curso de una semana a Chicago, a donde, por supuesto, él también fue. “Sólo porque sé que ustedes dos van a casarse pronto”, le dijo a Lucas

mientras le daba, sorprendentemente, dinero para ayudarlos.

Milena se divertía con Lucas. Él, dentro de su seriedad ambigua, su rostro casi sin expresión, su voz fuerte pero candorosa, era una buena compañía. Con él podía estar platicando por horas y, como si fuera un sacerdote escuchando una confesión, recibía monosílabos por respuesta y ningún regaño. Incluso, antes de que Milena entendiera que Lucas no era todo lo que ella buscaba en la vida, comenzaron a incorporar distintos juegos que le permitieron ver a Lucas como si fuera alguien más. Primero, sucedía en cada cumpleaños. Siempre había una alumna, compañera de trabajo, conocida, que aceptaba ir a cenar con ellos y se dejaba seducir por los dos. En eso eran los mejores. Teniendo como contrincante a la anciana, el juego que establecían para ser cómplices y convencer a un tercero de sus ideas era cosa fácil. “Éramos como dos cisnes hermosos revoloteando alrededor de una muchachita que apenas había descubierto su clítoris. Llevarla a la cama y enseñarle que era la decisión correcta era lo más simple del mundo.” Eso quizá los anestesió un tiempo. Además, fue Lucas quien al final la salvó de Canadá y de la anciana. Esa escena no puedo imaginarla. Quizá, con lo poco que conozco a Lucas por los diarios, se lo propuso en un parque o, lo más probable, fue en una de esas cenas de los viernes en complicidad de la anciana. Supongo que le dio un anillo y una fecha para casarse y Malika lloró. Cuando Lucas se graduó, y aunque a Milena le faltaban algunos trámites, viajaron a su país, quizá eso no le gustó tanto a la anciana, y se casaron en alguna ceremonia sin brillo pero que simbolizaba la felicidad para Milena. El alejamiento de esa vida, de aquellos recuerdos que odiaba aunque la acompañarían por siempre porque la habían formado. Tuvieron hijos como hace la gente normal y decidieron que serían dos. Malika los despidió con una buena dote monetaria, “para el futuro de los niños que tendrán”, y Milena, eso sí lo escribió, recuerda el aterrador último abrazo, donde sintió los dedos de la vieja como punzones en su espalda y los mocos y lágrimas en su cuello que le dieron ganas de vomitar. “Hasta pronto, abuela”, le dijo y se fueron.

Cuando llegaron a su ciudad, Lucas encontró trabajo en una armadora de autos, diseñando los promocionales, los dossiers para los vendedores, y no ganaba mal. Milena se quedó en la casa a cuidar a los hijos que tuvieron uno detrás de otro. La pelea por los nombres fue la primera pelea real y fuerte. Ella quería llamarlos Jacques y Terrence, y su esposo tan pronto escuchó la propuesta comenzó a gritar y a romper cosas creyendo que así manera evitaría mencionar los celos y ese terrible recuerdo. Al final, de común acuerdo y para calmar el ambiente, decidieron que el primero se llamaría Patricio y el segundo Bernardo. Lo decidieron cuando Milena

Betancur estaba embarazada del primero y tenía apenas seis meses. Cuando los niños tuvieron edad para entrar a la guardería en paquete, un año Patricio y dos meses Bernardo, Milena comenzó a dar talleres literarios. Ella recuerda la primera sesión como si se hiciera a la mar luego de un lento aprendizaje de años. Aquellos primeros alumnos eran un espejo donde sentía que se educaba y reafirmaba a sí misma. Desde el principio tuvo predilección por los jóvenes escritores porque, decía, “las escritoras sufren mucho y nadie puede asegurar que vayan a terminar un proyecto. Primero piensan en su carrera, luego en el amor, luego en sus esposos y al final en los hijos. Cuando terminan todo eso, habitualmente están muy cansadas. Si van a ser escritoras, lo serán muy tardíamente”. Así que cuando identificaba a una joven con talento se ensañaba, la presionaba al máximo como una manera de fortalecerla para que cuando llegaran los desafíos femeninos pudiera ser capaz de seguir escribiendo. “Odio trabajar dos años con una escritora y que al final me venga con la noticia de que se va a casar. Es una pérdida de tiempo.”

Antes de Jaime Abril tuvo otro amante. Y de él nunca supo Lucas. Se trataba del director de la escuela de escritores, un poeta de más de cincuenta años, conocido en todo el país por ganar un par de premios importantes y que se había refugiado en provincia por la nula competencia y el ascenso fácil. De coordinador de talleres pasó, en menos de un año, a director y luego a director de cultura. Era un norteño recio y alegre cuyo aspecto encorvado y piel morena le dieron fácilmente el sobrenombre de “Cuervo”. Se llamaba Félix Martínez, y desde que vio a Milena le gustó. Aquel cuerpo regordete de una autora desconocida y maleable le parecía un paraíso. Le dio el mejor horario para su taller de novela (los sábados de once a dos), le pagaba mejor que a los demás y, cuando lo tuvo listo, le publicó ese libro de cuentos con tiro de quinientos ejemplares que yo robé y por el que me encuentro relatando esta historia. “La mejor escritora de su generación”, “Un viento fresco en las letras mexicanas”, “Nadie escribe como Beatriz Mella” (hay que recordar que Milena sólo fue Milena después del escándalo) y varias frases más que aparecieron en una sola reseña escrita por el Cuervo para un periódico de circulación nacional. Milena cuenta todo ese periodo de su primer libro con una amargura sucia. Al principio, creyendo en su literatura, se imaginaba un estruendoso “boca a boca” que poco a poco coparía todos los suplementos y secciones culturales con reseñas y comentarios. Se imaginaba ganando un premio a la “revelación del año” y las invitaciones a ferias del libro donde sería asediada por lectores de todas las edades. Más que ser una figura literaria, pretendía ganar libertad y una posición desde donde pudiera seguir

escribiendo a sus anchas: dinero para contratar a una niñera, tiempo para empezar una novela. En sus diarios, confiesa que entre más silencio había, más ganas de figurar tenía. Siempre había creído que lo único que se necesitaba para triunfar era escribir un libro honesto, el mejor que pudieras, uno que lograra mostrar la condición humana. A veces, en las noches, tomaba un ejemplar, lo hojeaba y, tratando de ser objetiva, estaba segura de haberlo conseguido. Comparaba su libro con otros más mediáticos (publicados en editoriales de “grandes ligas”, como las llamaba para burlarse) y el duelo salía a su favor. Ella tenía lenguaje, forma, fondo. Tenía historias que contar. Ella había dado el primer paso, ese que siempre cuentan los escritores consagrados, dar la vida en un libro, y sólo esperaba que los lectores la recogieran del suelo. A veces he pensado que todo ese espacio dedicado en sus diarios a la ilusión de un lugar en la cartografía literaria negaba a ese ser recatado e indiferente ante la fama que conocí. Quizá fue la edad temprana de sus sueños. Aquellos gritos que anunciaban ese nacimiento literario no tuvieron eco. Convocó un par de notas en periódicos locales, y de las treinta personas que llegaron a la presentación de su libro, sólo tres se acercaron a pedir una dedicatoria. Las primeras ilusiones se pudrieron en soledad y sus cadáveres rancios eran usados por Félix Martínez como esculturas de oro para demostrarle a Milena que “el medio literario está podrido y no acepta nuevos invitados”. Mientras hacían el amor en la oficina de él, a veces minutos antes de que ella tuviera su sesión sabatina, el Cuervo le iba diciendo al oído pequeñas joyas de la mercadotecnia de pueblo, advertencias sobre su altísimo talento, que complementaban a la perfección “esas nalgas deliciosas y esta vagina que me come completo”. Cómo podía ser tan buena escritora y, además, coger tan bien. A ella le encantaban todos esos elogios que provenían de un poeta reconocido. Le provocaba una excitación que le encapsulaba el cerebro como cuatro rayas de cocaína seguidas. Nunca hablaron de algo que no fuera ese sexo casual y ese complemento literario. Porque poco a poco, luego de ser publicada y de los escasos elogios públicos, al darse cuenta de que el Cuervo necesitaba un impulso en su carrera, Milena le pidió que escribiera una novela. “No, muñequita, esas cosas son para obreros, gente acostumbrada a trabajar con las manos. Yo escribo poesía”, le contestaba Félix. Pero un día lo convenció. Se llevó el glande a la boca, chupó, y al sacarlo dijo “puedo ayudarte a escribir la novela, es lo que más vende y más se lee”, luego siguió en su tarea, y mientras la succión cumplía su cometido, casi cuando estaba a punto de soltar un chorro caliente, Félix, un guiñapo orgásmico, gritó un sí tan alto que la secretaria, quien se imaginaba lo que hacían aquellos dos a solas, soltó un “ay” inesperado y luego una risilla jovial.

“A ver, chamaca, pues muéstrame una idea y vamos viendo”, dijo Félix mientras se limpiaba la verga con un clínex. Milena tardó un mes en desarrollar un argumento y en escribir una escaleta. Cuando se los mostró al Cuervo, lo que más lo sobresaltó era la copia imperiosa de su estilo poético en el traslado a una trama. Ahí estaba todo él, sus gritos idiomáticos, su ritmo norteño y elegante, su humor simplón pero efectivo y, sobre todo, las largas diatribas contra los sistemas establecidos. “Caray, chamaca, es como si lo hubiera pensado yo”, le dijo y le propuso escribieran juntos. Milena Betancur, aliviada de la tensión materna que antes le consumía la vida, con pretextos reales para salir de su casa a todas horas, “es que este semestre me pusieron una clase de seis a ocho de la noche”, y envalentonada por la publicación de su primer libro y a la par de los elogios de su maestro-amante, la adoración que despertaba en sus alumnos (que siempre cultivó y hasta el final fue su brazo fuerte), lo presionó y tuvieron un borrador en seis meses. Por sus ocupaciones, él escribía y le iba pasando los capítulos para que ella los revisara y completara. No vio la última versión sino hasta el final. La tarde en la que le llevó la novela de ciento cincuenta cuartillas al Cuervo en un manojito de hojas sin engargolar sucumbió, como no lo hacía desde tiempos de su abuela, al miedo. Ni siquiera la expectativa de su primer libro, ni aquellas críticas en internet en la que la describían como una “ejecutante perfecta de la técnica pero sin corazón ni demonio interno; una bailarina de ballet”, le habían hecho sentir tanto terror. Cuando Félix cerró la puerta y le ofreció un café, y luego lo vio sentarse frente a ella con el manuscrito en las piernas, pensó que iba a desmayarse. Cada diez páginas, Félix alzaba la cabeza y la miraba con asombro. A las cincuenta páginas ya no podía estarse quieto en su asiento y continuamente se levantaba, daba vueltas, leía un párrafo en voz alta y volvía a sentarse para levantar otro puñado de páginas. Como a las diez de la noche terminó de leer. “Voy a ganar el premio nacional con esta novela”, dijo con una sonrisa campechana. “A celebrar, cabrona”, dijo y se cogió a Milena salvajemente, por última vez. Le dejó moretones en la espalda, la mordió, y a pesar de que Milena le pidió que se viniera afuera, Félix la apretó más y se desbocó en aquella vagina estrecha. Milena estaba feliz. Lo que más le importaba era que había superado todo aquel miedo con el que solía cargar el rifle y dispararle a sus alumnas: “si tienen esposo e hijos, probablemente nunca harán algo de valor”. Lo había hecho. Había ideado una trama y, como una sombra, había hecho que un escritor profesional terminara el trabajo, claro, ayudado por ella. Enseguida, el nuevo miedo de Milena es que no conseguiría reunir las piezas de aquel mecanismo de creación para sí misma. Una noche antes, como prueba máxima de

amor y agradecimiento, había quemado todos sus apuntes, escaleta incluida, y dos libretas llenas con el desarrollo de los personajes y la trama. Y fue la primera vez que lo pensó: ¿la novela eran todos esos apuntes, ese diseño de la arquitectura, o la escritura del poeta? Sin historia no había escritura, se dijo, ¿y entonces? Pero quemar las naves, el estudio para la novela, la liberó y decidió que, aun encendiendo la mecha, el verdadero creador era él.

La novela fue un éxito. Se publicó a los pocos meses, gracias a las conexiones del Cuervo y a que realmente era muy buena. Yo, debo aceptarlo, la leí hace un tiempo, ya sabiendo esta historia, y sobre todo para encontrar algo de Milena ahí. Esa historia de malosos tirándose balazos, de la frontera, de un robo, era al mismo tiempo una radiografía pulcra de la zona norte del país. Era una prosa de mazo contra la cabeza, de puro músculo, hilvanada con el estilo de Félix Martínez. El alejamiento de su maestro había empezado antes, “esta noche no puedo verte, chiquilla”, pero se representó en todo su esplendor cuando la novela fue publicada. Félix ni siquiera la invitó a su presentación, y cuando se la encontraba en los pasillos de la escuela la saludaba efusivamente pero ponía una barrera, como hacía con los demás maestros. Nunca hablaron de los resultados de la escritura de Milena. Ni siquiera cuando, tiempo después, la novela ganó aquel premio nacional que Félix había presagiado y el autor se volvió otra vez y renovada referencia en las letras mexicanas. Aquel empujón le sirvió al Cuervo para volverse director de cultura de aquella provincia y, luego de un rato, irse a su tierra natal a postularse como diputado y luego senador. Esa carrera política no le molestaba a Milena. Lo único que la enfermaba era leer a Félix en entrevistas y asistir a todo un aparato de imaginación para explicar esa novela, cuando contaba que se le había ocurrido recordando su infancia y, quizá lo más canalla, cuando Milena halló al principio del ejemplar que una tarde fue a comprar una dedicatoria maldita: “A mi amada esposa, para que sepa que el amor es eterno”. Pero aunque había enojo en toda esa situación, y la traición habría producido locura en cualquier otra persona, Milena tenía un consuelo amplio y vigoroso: ella, la muchachita que recogía perros muertos, la joven humillada por una abuela terrible, la ama de casa madre de dos niños, la autora local con un libro publicado del que nadie habló, era capaz de concebir algo en grande, como todos esos nombres que vemos coronar los salones de las ferias del libro, o que con sus apellidos forjan la tradición literaria nacional. El germen estaba en ella. Y si lo había hecho, aunque fuera para contribuir a la vulgarización de una carrera literaria en declive, podría hacerlo de nuevo. Era cosa de buscarse otro motivo, otro detonante, otra empresa imposible para

recrear esa atmósfera de opresión y dureza de la que les hablaba a las escritoras en sus talleres. Entonces conoció a Jaime Abril y escribió otra novela.

¿Por qué Milena odiaba tanto a Jaime Abril? Todo lo que sé de él, luego de la separación maestra-alumno que inició con la publicación de la primera novela de Abril a los 27 años, cuando ella tenía 40, es por notas de internet. Antes, la observación de su crecimiento, desde sus “escribe *mounstro*, acentúa no y ha leído solamente a García Márquez”, dice Milena, hasta el “cuando aprenda a dominar ese endemoniado mundo interior será un gigante”, que es la última mención, lo supe por los diarios. Me identifico mucho con el Jaime Abril de la primera etapa: un joven adoptado por una mujer madura. ¿Qué habría pasado si los acostones que tenían hubieran evolucionado en algo más? Milena le llevaba 20 años a Abril, pero he conocido a parejas que sobrellevan ese abismo cronológico. Quizá Jaime habría aceptado la tutela de Milena en cada novela y ahora sería un prodigio conocido en todo el mundo. Quizá Milena se habría comido a ese espíritu, a ese talento mayor que ella, y hubiera terminado las novelas que dejó inconclusas. No lo sé. ¿Fue amor? ¿Demasiado amor? Un amor que se volvió odio cuando Abril decidió que Milena ya no podía enseñarle más, se puso a escribir en silencio por años y cosechó todo lo aprendido en la escritura y publicación de una novela que lo catapultó como la revelación del país y le dio energía para seguir publicando y buscar un lugar sin necesitar más el consejo de la maestra. Coinciden las notas de internet en que luego de esa primera novela que vendió diez mil ejemplares y le dio renombre antes de los treinta años, Jaime Abril siguió una línea similar y en las tres novelas siguientes no hizo sino subir al Olimpo literario. Premios nacionales, menciones en revistas especializadas, críticas abrumadoramente buenas de reseñistas habitualmente duros y un premio internacional que lo consolidó parecían ser el lado oscuro (o brillante) de la carrera literaria de Milena. Mientras su alumno, su producto (como lo nombró alguna vez en sus diarios), ascendía, Milena se hundió. Un par de libros más editados en casas pequeñas, por convenios de amistad más que de refrendo literario, hicieron que su designación pasara de “joven promesa” a “maestra de escritores”. Todos sabían que había educado literariamente a Abril y a un puñado más y que sus alumnos la habían superado. “Ellos están muy verdes, aunque publiquen en esas editoriales repiten los mismos errores que yo les corregía. Escribir es algo más, es un proceso de maduración del que ellos adolecen”, se lee en alguna entrevista para un diario local

que, según el contador de la página de internet, sólo 17 personas leímos. Pero quizá la relativa fama de los demás no era el demonio de Milena. Por más que releí los diarios, no atiné a saber de dónde surgió tanto odio. Amor mezclado con envidia. Milena leyó cada novela de Abril y se perdió la gran novela (publicada hace unos meses) donde cuenta sus orígenes y amoríos con su maestra, una escritora desconocida. Pero eso no importa. Importa que cada una de las cuatro o cinco novelas que le leyó están reseñadas (diez o quince páginas de sus diarios) pulcramente y deshilachadas desde la raíz. Si las hubiera publicado, quizá, habría desentrañado para el mundo el verdadero espíritu de Abril, y habría desmentido (de alguna forma) todos esos elogios que lo nombraban como “un gran conocedor de la condición humana a través de sí mismo”. No digo que la fama de Abril habría cedido un poco. Más bien que las lecturas de sus novelas, aderezadas por las entrevistas donde define su literatura como autorreferencial, donde usaba su propia vida para contar el mundo, se habrían caído. Milena sostenía que Jaime Abril no era y probablemente no llegaría a ser un gran autor, ni leído en la posteridad, porque relegaba sus verdaderos temas al artificio de renegar de sí mismo para contar historias buenas pero que no tenían sustancia. “El temple de Abril debe buscarse en otra parte. Jaime Abril nos engaña y no logra densidad porque su trabajo literario tiene que ver con negarse, con negar su naturaleza. Pretende hablar de él, de su vida, de su amplio conocimiento de sí mismo. Sin embargo, a mí me parece un niño temeroso que no acierta a revelar su verdadero nombre.”

Para mi historia realmente no tiene mucha importancia comprobar la real valía de Jaime Abril. Que sea o no un buen escritor, o que en cien años lo sigamos leyendo, me tiene sin cuidado. A mí me gusta (le he leído tres novelas) y ya. Su literatura no cambió mi vida pero sí me entretuvo. Sin embargo, lo traigo a cuenta porque sigue siendo un misterio para mí la obsesión de Milena por un tipo que, si es real todo lo que argumentaba ella, en cinco años será olvidado. No entiendo por qué alguien pelea contra un monstruo de papel. No entiendo la importancia que Milena le otorgaba si, ahí está en sus diarios, Abril era un estafador consolidado y su literatura era tan ligera como unos hotcakes de restaurante. Lo importante para esta historia es que el golpe final, quizá lo que mató a Milena, o al menos apresuró su muerte, lo propició la fama de Jaime Abril, es decir, el hecho de que muchas personas lo leyeron y muchas personas lo conocían y se fiaban de él.

Fueron amantes unos meses. Desde aquella primera fiesta hasta los atracones en moteles cercanos a la casa de Milena. En aquel tiempo, luego del “asunto Félix”,

Milena se sentía una autora poderosa y total. Con esa seguridad sedujo a Jaime Abril, segura de que su instrucción le serviría a aquel joven para asentarse. Milena fue tan fuerte que toda esa fama suplementaria y falsa que consiguió Félix Martínez con su novela no le importó. Qué bueno que lo disfrutara y aprovechara aquel libro para conseguir lo que de otra forma parecía imposible. Milena Betancur recordaba aquella primera vez con Jaime en la fiesta de fin de cursos como algo sublime: la mujer madura tejiendo la red para el alumno sin experiencia. Las sesiones de taller siguientes fueron un suplicio para el joven, entender si era o no verdad que su maestra, la gran escritora, lo había seducido; y ella gozando con las migajas que había tirado y alguien más recogía con la lengua. La segunda vez, Milena lo invitó a su casa (Lucas y los niños se habían ido de fin de semana a Veracruz) y luego de una cena con pasta, pan gourmet y lectura de un par de libros de poesía, Jaime Abril había sucumbido al amor en la sala de muebles viejos y desgastados. “¿Prometes que serás mi mujer para siempre, aun compartiéndote?”, le dijo Abril entusiasmado con esa simple penetración sin condón a la que Milena había accedido. Mientras la penetraba y creía rasgar sus últimas defensas, “una mujer casada con dos hijos que sucumbe es una mujer segura”, Jaime Abril se comprometió de la forma que Milena deseaba. Los sábados siguientes fueron un juego festivo donde Milena ponía obstáculos, “mi esposo está hoy en casa”, que Jaime trataba de resolver precariamente, “¿y si vamos al motel hoy?”, que fructificaban a veces con una rápida mamada en el auto y dejaban al joven autor entusiasmado como si hubiera desvirgado a la más joven de la clase.

Lucas se enteró un fin de semana. Milena le había dicho que iría a la Ciudad de México todo el fin porque la escuela de escritores quería ofrecer una ponencia. Lucas la dejó en la terminal y al cabo de quince minutos regresó sin saber por qué y, mientras entraba al estacionamiento, vio a su esposa subirse a un auto. Los siguió. Bastaron cinco calles para que Lucas descubriera que su mujer lo engañaba. El motel turbio al que aquella nueva pareja entró no hizo más que conformar a Lucas como un nuevo hombre dueño de la situación. Cuando los supo ahí, dio marcha atrás al deseo de entrar y matarlos y se fue a su casa. Esa noche, cuando Milena le habló, “mi amor, ya llegué, estoy en el hotel y no creo salir a cenar porque mañana tenemos lecturas muy temprano”, organizó mentalmente la separación matrimonial y supo que de cualquier forma iba a ganar. Los dos días siguientes ni siquiera se comunicó con su mujer y cuando al tercero llegó y empezó a referirle la carga abismal de trabajo, él la detuvo en seco y le mostró la pistola que recién había lubricado y le informó sin aspavientos que en unos minutos saldría a cazar y matar a Jaime Abril. Lo dijo así, sin

ceremonia, y como si aquel alumno y amante joven fuera un chanchito que hubiera alcanzado su mejor momento para destazarlo. Milena enmudeció pero alcanzó a aferrarse a su esposo, cubrirlo con sus brazos y pedirle por el amor de dios que no cometiera una tontería. Le explicó que Jaime Abril no era importante y aquello era un experimento literario. La intención de Milena era borrarle aquella escena y terminar de una vez por todas con Jaime Abril. El joven escritor nunca supo hasta qué punto estuvo en peligro. Muchos años después, al encontrarlo en un evento, Milena le contó el altercado: “Mi esposo tomó la pistola y estuvo a punto de ir por ti”. Jaime Abril, ocultando el miedo, respondió: “En ese momento estaba preparado para todo”.

A Milena, Jaime Abril le había parecido un escritor brillante desde el principio. A pesar de que sus primeros cuentos estaban llenos de un desorden dramático constante y una malformación lingüística recurrente, la manera de hilar las historias y, sobre todo, de crear personajes, “el único pecado de la literatura mexicana es que ha abolido a los personajes”, le había dado a Milena Betancur la confianza de nombrarlo el mejor de sus alumnos. Le maravillaba el poder de Abril de saltarse todas las reglas narrativas para envolver al lector en una suerte de carnaval donde siempre el suspenso acaba ganando. “Prefiero a un autor sucio y que parezca no saber lo que quiere, a uno aburrido que, aunque sepa su tema, lo cuente de la manera más tediosa posible”, le había dicho. Cuando Milena decidió tomarlo bajo su tutela, Jaime Abril era tan diestro en armar personajes con dos párrafos y organizar las prioridades de tal manera que la emocionaban. Lo difícil fue conformar un plan de trabajo que incluyera hacer reiteradamente el amor con Jaime Abril mientras el plan doméstico funcionaba. Unas por otras.

Sé que llegó a amar a Jaime Abril, a perdonarle los desórdenes del ego con los que desvarió cuando ganó un par de becas y la inclusión en un par de listas de “los mejores algo del año”.

Con todo lo aprendido, Jaime Abril sólo tenía en mente publicar su primer libro en una editorial importante. Si era tan bueno como Milena decía, podría empezar a colocarse, y con el tiempo escalar. Esa manera de pensar destrozó a Milena, quien siguió cuestionando sus decisiones. Terminaron porque Jaime quiso. En algún momento, conoció a una periodista joven que estaba en busca de su primera nota de portada. La vejez precoz de Milena sucumbió ante el cuerpo delgado y la desfachatez de la periodista para declarar varias veces en contra de la forma en que Milena educaba a sus hijos. Poco a poco Milena se quedó sola y ciega mientras la joven sacaba todo el provecho del que era capaz. ¿El odio provino del desamor? Tampoco

me lo creo.

El desorden casero hizo estallar la guerra en un par de ocasiones, otras el ambiguo interés que Milena Betancur mostraba hacia sus hijos. Lucas decidió que no se divorciarían. En cambio, le ofreció a Milena que podría seguir viviendo en la casa al lado de sus hijos y en cuartos separados. Lucas se sentía un poco viejo quizá, y de entre todas las batallas posibles, la de convertirse en una pareja de conocidos compartiendo un espacio en común le pareció la menos mala. No hubo advertencias ni amenazas y ni siquiera reglas. Ambos comenzaron sus vidas por separado; de vez en cuando se rozaban para compartir un triunfo escolar de sus hijos y, muy rara vez, para compartir una pareja sexual cuando, a falta de dinero para un hotel, alguno invitaba a su conquista a casa. Esas noches volvían al carnaval organizando de antes y, como si tuvieran bien estudiados sus papeles, en poco tiempo, la tercera persona aceptaba la propuesta. Ya no fue como antes. Lucas se venía y, en lugar de quedarse a contemplar los cuerpos aún revolcándose, salía del cuarto y se iba a dormir.

Milena comenzó a sentir una angustia constante, que al principio creyó producto de la culpa, pero era un designio más terrible y feroz: la soledad. Lloraba cuando acompañaba a sus hijos a ver la televisión o cuando Lucas anunciaba que pedirían pizza para cenar. Aun cuando daba un par de talleres, muchos menos que antes, y corregía algún libro, el dinero era escaso porque Lucas decidió no darle más. Dos veces se salió de su casa, en medio de arranques de colegiala, azotando puertas y espantando a sus hijos. Se refugiaba un par de noches con alguna amistad o un amante, pero luego volvía ataviada con una especie de pureza rancia. Ese exilio en miniatura ponía en perspectiva su situación: mientras no tuviera algo más grande que esa pequeña ciudad de cuatro personas, dolorosa y a veces cruel, no podría irse. Y en ese tiempo, ni su literatura, ni su vida como maestra le daban un pedazo de terreno en ninguna parte. Era una amazona solitaria sin lanza ni escudo. Liberada de las redes donde había sido capturada pero atendida a unas cadenas invisibles, pesadas: la inseguridad y un completo sentido de desazón. Milena Betancur, con todos sus esfuerzos y peleas aisladas, con todo su empeño, terminó aceptando que no era más que un ama de casa (¿cuántas veces terminó aceptando esto?) y que, si la Providencia no daba el vuelco de timón, terminaría sus días en esa prisión provinciana de muros de tierra. Comenzó a ir cada semana a la Ciudad de México, pidiendo favores para tener más trabajo, o rescatando del olvido amores contrariados de otros tiempos que,

a cambio de un poco de sexo distraído, le daban la estabilidad suficiente para que, al menos durante un fin de semana, lograra obtener esa vida que deseaba. Independencia, libertad, solidez y cercanía con el medio literario: librerías, cocteles de editoriales, el desayuno con el amigo de un amigo que era director de un suplemento editorial, la cena con un conocido o con el director de una casa del escritor que, a lo mejor, si volvía a tener el control de su temperamento o su capacidad para sintetizar el mundo en unas frases, le daría uno o dos cursos para ir llevándola. Por eso mucha gente acusó a Milena Betancur de aprovechar la situación de Bert Boonstra y conseguir, por fin, y por única vez en la vida, un estatus real y decoroso. “La mujer que vive con Boonstra”, “la esposa del escritor” y, por qué no, la persona que había devuelto de la muerte la escritura y la obra de ese autor tan conocido, víctima ahora de burlas porque no hay nada más paradójico que un autor que no recuerda absolutamente nada de su obra ni de su carrera literaria. Un nombre vacío. Un rey sin cabeza, ahora custodiado por una dama fiera y que tenía un as bajo la manga: era maestra de escritores, y si había hecho escribir a decenas de alumnos que habían iniciado mediocrementemente y ahora lo hacían bien, podría, y esto lo confiesa en algún momento, hacer que Boonstra recuperara la sustancia que lo había hecho escribir aquellas cimas altísimas de la literatura y, con suerte, lo volviera a hacer. De eso se trató la última gran empresa de Milena Betancur.

Del segundo diario de Milena

Octubre

Nunca soporté a la abuela, y aunque debo aceptar que la calefacción de su casa me salvó muchas veces la vida en Canadá, mis mejores recuerdos se gestaron cuando me escapaba. La primera vez me pescó pronto, yo estaba como una niña perdida en las escaleras de una iglesia temblando. La vieja pasó en su auto, se estacionó enfrente y tocó tantas veces el claxon que llegó una patrulla. Un policía se acercó a ella, la vieja le dijo algo y enseguida ese oficial alto y negro fue por mí. Me cargó porque yo estaba petrificada por el frío y me metió al asiento trasero. Perra vieja, no me consoló y su odio se volvió más certero. Pero después conocí a Terrence, en un parque, en una cafetería, no recuerdo. Y por él me escapé la segunda vez porque me habló de un trabajo en el que pagaban bien y al día y me ofreció su cuartucho para pasar la noche.

Teníamos que levantarnos a las tres de la mañana. De ahí caminábamos varios

kilómetros para encontrar una estación del ayuntamiento en donde nos daban guantes, palas, unas bolsas enormes, más gruesas que mi chamarra, y unas hojas guía que nos indicaban los tramos asignados. Yo estaba como sedada, además de la droga que aún sentía dentro de mí, por el frío y por el escenario infernal: una larga autopista medio congelada de cuatro carriles con tres bultos reventados por aquí y por allá. “No pasa siempre, pero en invierno hay lobos, lince, glotones. Los alces y los caribús no son nuestro trabajo. Cuando alguien atropella a alguno, vienen tractores y grúas para llevarse al auto, que habitualmente queda destrozado, y los kilos de carne muerta. Pero ahora hay muchos perros. Dicen que el nuevo basurero de la universidad los atrae. Para mí son perros que sueltan de los laboratorios que quedan al norte”, me dijo Terrence en medio de un diagnóstico que incluía la historia pero también la manera en que debía tomar la pala o extender la bolsa para hacerlo bien y no terminar chorreada de vísceras y sangre que, aunque congeladas, con el movimiento solían manchar.

Cada perro que levanté era como el cadáver de mi abuela. Al menos eso pensaba para quitarme el asco las primeras veces y luego lo seguí haciendo como costumbre.

Levantar perros muertos, cadáveres medio aplastados, a veces como estropajos que de tan duros parecen piedra, tiene su lado didáctico. Te enseña tu lugar, te quita el miedo a la muerte, todos vamos a terminar así, y temple las emociones que, después, te sirven para escribir. Hasta que levanté perros aplastados yo me quejaba de mi vida aburrida. Nadie se había muerto en mis brazos y a pesar de mis desgracias familiares, yo no tenía una historia de un padre prensado entre los fierros de un auto que me diera un arranque fenomenal de novela.

Uno de mis primeros cuentos, malogrados, fue el de una joven que encuentra a su abuela atropellada en una carretera desierta. La vieja había intentado cruzar para ir al lago a llevar una canasta para un picnic (no tenía bien pensado con quién) y un tráiler la había aplastado. Esa era la palabra: aplastado. La nieta mira aquel vómito enorme y para que su madre, que estaba enferma, no viera el espectáculo, la levanta pedazo a pedazo usando unas bolsas de plástico como guantes. El texto nunca funcionó. No era creíble por muchas razones. Entonces sólo cambié el narrador, y conté mi historia: una larga y tediosa historia de una joven sin hogar que trabaja levantando perros atropellados.

De aquella temporada, aunque si me concentro puedo recordar el hedor congelado que sólo se activaba cuando movías los pedazos, lo que atesoro eran las caminatas a media mañana, con los bolsillos llenos de dinero, y la casa desvencijada en la que

nos metíamos para comprar drogas.

Ahora escribo esto porque sé que las cosas que nos destruyen son tan sutiles que las hacemos o las pensamos porque, en un principio, parecen inofensivas y controlables. Con cada perro muerto, además de adquirir una invulnerabilidad hacia la muerte y una densidad en mi escritura, ahondaba en un sentimiento de orfandad absoluto que nunca me ha dejado. Estoy sola y ni mi abuela, mi familia, fue capaz de darme algo para no tener que salir y conseguirme esos empleos miserables. Siempre he sido como una niña abandonada. Y ese frío, ese abrigo que casi no me protegía, mis manos sobre los cadáveres de la puta vida silvestre de Canadá o sobre los perros que estaban tan solos como yo, se me iba metiendo sin que yo me diera cuenta. Mi satisfacción temporal de salir con mis amigos, tener dinero, olvidarme de todo con las drogas aparecía en forma de arcadas al otro día cuando debía recoger más cuerpos aplastados. De eso va toda mi literatura, ahora lo puedo decir: de la orfandad, de una vieja miserable y amargada que era mi abuela y cuyo modelo seguí y que ahora represento día a día. Soy mi perra abuela. Soy como esos cadáveres de perros aplastados. Y lo tuve enfrente tanto tiempo que no me di cuenta. Pero ahora que ya me voy a morir, que dejé de cuidarme la enfermedad, que me aburro, que sólo tengo esta soledad apaciguada por pequeñas tonterías, lo veo más claro que nunca.

Milena Betancur sabía que leerían sus diarios. ¿Qué escritor escribe un diario pensando en las sombras o el silencio? Había una especie de locura, la que propicia la soledad, donde comentaba que a varios hechos y personajes les había cambiado el orden y el nombre para que nadie la acusara de nada. Tenía miedo de ser vista pero quería ser vista. Aquí he contado más o menos lo apegado a la realidad porque lo fui cotejando con notas y crónicas periodísticas, además de algunas columnas de varios protectores inútiles del medio literario. La mayoría de las anécdotas e impresiones las he parafraseado de ella. Sé que mi conocimiento de la literatura no da para dilucidar esta historia sin ayuda de las percepciones y sabiduría intuitiva de Milena.

¿A quién estaban destinados los diarios? ¿A Jaime Abril, Bert Boonstra, la posteridad? Por eso la saña en contar detalles que no hacían quedar demasiado bien a sus protagonistas.

A veces he dudado si ciertos perfiles íntimos están apegados a la realidad. Digo, entiendo que lo referente a Lucas es más o menos cierto (y si no lo fuera, a nadie le importaría) por la manera parca y sencilla, sin alardes, con que está contado; entiendo

que la parte de Jaime Abril puede tener exageraciones propias de la pasión con que está relatada, y si Abril es el tipo sin corazón, mecánico, sucio, que señala Milena, es cosa que debe importarle a la gente cercana a ese autor. Tampoco creo que una revelación de ese tipo (no he encontrado comentarios respecto a ese temperamento de Abril en ningún lado) vaya a mover algo más que un chisme de temporada más, bien ramplón.

El perfil de Milena, su propia escritura, lo que revela su estilo, es claro: desesperación, lo digo al principio de este escrito, frustración, soledad y tristeza. Hay rabia, sí, pero la mayoría de las veces está motivada por la impotencia y, entonces, entenece o provoca lástima.

Sin embargo, la parte de Bert Boonstra es la que más deseo explorar. Cuando entendí que Boonstra era un autor enorme (¿lo fue?), mundialmente reconocido, hice mi parte del trabajo y revisé el “Grandes autores de la literatura contemporánea” de Diiert para lograr encajar la importancia, primero, de la incorporación de Boonstra en la vida de Milena, y luego, la magnitud del quiebre que el Escándalo (como hay tantos escándalos en el medio literario, lo aprendí luego, he decidido poner en mayúscula éste) provocó en la historia de la literatura. Refiere Diiert que, aunque es común que grandes escritores desaparezcan al paso de los años y se vuelvan materia de estudio para un par de iniciados, y obras que en su momento fueron comentadas y elogiadas hasta el cansancio sean olvidadas al cabo de un lustro o una década, el caso de Boonstra era excepcional. Diiert lo cuenta de una forma sintética y definitiva: “La gran tragedia de Bert Boonstra no fue su inicio lento y anónimo, escenificado en tres libros donde parecía confeccionar una suerte de cartografía como preludio para su gran novela, la cuarta; tampoco parece encontrarse en ese salto descomunal a los casi sesenta años, cuando su cuarta novela se tradujo a quince lenguas y vendió tantos ejemplares que en la pequeña editorial que la publicó los directivos tuvieron que aprender algo que nunca les había sido necesario: cuantificar la distribución y los tiempos para los sucesivos lanzamientos de las reimpresiones; tampoco se halla en la concesión del Premio Cervantes al año siguiente, porque enseguida vino ese ejemplo de exotismo europeo que es el libro de cuentos con el que se consagró. Ni siquiera es parte de la tragedia el libro de crónicas publicado luego de su llegada a México que tuvo pésimas críticas y fue tachado de ‘noción perdida y fugaz sobre el alma latinoamericana’. La verdadera tragedia de Boonstra es que, quizá desde poco antes de la publicación de su novela, o quizá poco después, comenzara a perder la conciencia de lo que había escrito, palabra a palabra. Algunos estudiosos especularon

que Boonstra escribió su excepcional libro de cuentos afectado ya por la enfermedad de la desmemoria selectiva, pero no hay evidencia de eso. Quizá eran cuentos escritos antes, o quizá la enfermedad aún no se presentaba como el lastre asfixiante que luego mató al autor y sacó a la luz al hombre. La tragedia de Bert Boonstra fue que justo cuando la Obra que había construido se expandía por el mundo a una velocidad insospechada, el autor iba desapareciendo. Como un rasgo de equilibrio: luz contra oscuridad. Como si la fama literaria absorbiera ese nombre, se lo comiera a grandes bocados y dejara en los huesos un espíritu simple, desplumado y que desvariaba en su simple humanidad. Cuando Boonstra, en sus años finales como autor, daba entrevistas, la gente se topaba con alguien desinteresado de lo que había escrito y de sí mismo. Primero lo tomaron como un acto de soberbia, pero al final alguien notó, y lo hizo constar en un reportaje, que Bert Boonstra se había escindido de sí y era imposible clínicamente rescatar algo de él. Lo clausuraron como autor y lo mataron”.

Ya lo he dicho antes, todo esto no lo revisa Milena Betancur en sus diarios. Parece darlo por hecho o saltarlo por compasión. Se concentra en desentrañar las relaciones que establece una persona cuya identidad y logros más altos desaparecen (junto con sus angustias, miedos y tensión habituales) y dan paso a una serenidad gratuita. Cuando Milena conoció a Boonstra (y sólo por eso fue posible su relación), el autor o exautor había logrado dominar el deseo de fingir que nada había pasado y rescatar la identidad perdida o, al menos, aprender un par de cosas para lograr una conexión con el pasado. En algún momento, Boonstra se había leído a sí mismo completo. Se gustó, aunque no todo. La novela que todos señalaban como lo mejor a él le aburría. Le gustaba, mucho, su libro de cuentos. Pero lo más incómodo es que no se entendía. Le costaba entrar en ese mundo extraño y comprender que alguna vez le había pertenecido. Todo eso, decían, era él. Pero se sentía como una serpiente que, al mudar de piel, observa en esa expiación natural el pasado muerto que, si no fuera porque casualmente está a su paso, habría sido de una serpiente más. Aunque esa lucha habría durado un tiempo, cuando se conocieron Boonstra ya estaba sano de esa duplicidad en que por meses creyó suspenderse y morir de confusión. Bert Boonstra ya era Bert Boonstra, un tipo común y corriente, al que le divertía esa atención rara que la gente le ponía. Incluso, lejos de molestarle, le encantaba la nueva fase en la que estaba: el loco de la fiesta, el viejo retraído y sin identidad. Si bien la idea de haber sido un gran autor le daba una responsabilidad incómoda, ser el loco lo liberaba. De esa forma podía generar conductas que le conferían una silenciosa omnipresencia.

Milena Betancur y Bert Boonstra tuvieron tres citas y luego decidieron vivir

juntos. El tránsito de convivencia de una pareja madura siempre es o rápido o nulo. Es o no, sin esos largos trámites sentimentales o dudas de las parejas jóvenes. Hubo una caminata por un parque, todo lo larga que permitió el cuerpo anciano de Boonstra, durante la cual Milena recapituló la breve pero intensa (íntimamente intensa) derivación de aquel encuentro inicial en el coctel, hasta la atracción que generaban en ambos esas pláticas tan en confianza, tan naturales sobre los temas primigenios de la vida: la muerte, el matrimonio, el amor y la definitiva esperanza un momento tardía en que la serenidad es dueña del espíritu. En el primer tema, coincidían: no era importante ahora, le temían, pero, aunque no estaban preparados, ya resolverían ese dolor cuando llegara. Respecto al matrimonio, ambos estaban de acuerdo en que era frustrante y ahogaba a ambos miembros, además de innecesario. Del amor, pensaban que era esa hilacha portentosa que en la pira de la pasión era lo último en consumirse. Creían en él y lo extrañaban. Entonces, mientras alguno recordaba el ansia hermosa de los primeros años de querer estar con alguien, otro (quizá Milena) preguntó al aire: ¿Y si lo intentamos? No era una propuesta en firme y mucho menos una invitación a compartir más que la intuición que aquella tarde cálida y tranquila les daba. Otro dijo: “sí”, con un dejo de “si lo hemos intentado todo, por qué esto no” que cerró el pacto y luego apuró un beso sin saliva, más una bendición que un acto de cercanía corporal. Pero les gustó. A ella, ese contacto fuerte y varonil, como acercarse a un roble milenario; y a él, la sensualidad de ese cuerpo femenino, mucho más joven que él y, proporcionalmente más fresco. Al terminar la tarde, rumbo a la noche, se besaron una vez más para buscar esa intuición inicial y ahí fue cuando decidieron tomárselo en serio. Milena Betancur ya había preparado a Lucas para ese cambio, que se venía venir. Durante media hora habló con sus hijos, trató de resumir el infierno en el que desde hace tiempo vivían como familia y explicó que ella era todavía una mujer y le gustaría intentarlo de nuevo. No dejó que los niños, ya adolescentes, se explicaran ni refutaran sus deseos y se marchó con una sola maleta. A primera hora arribó a la Ciudad de México, tomó un taxi y cuando llegó a la casa de Bert Boonstra ya era una mujer nueva. Había cerrado los ojos, se había explicado que era cierto ese discurso que les había hecho creer a sus hijos, y que la lejanía de la muerte y de la vejez para ella, le daban una segunda (o tercera) oportunidad. Tocó a la puerta de Boonstra y se asustó ante aquel oso cansado que con trabajos la escoltó hacia su cuarto, por el momento, el de invitados. “Hoy es un mal día, la espalda, las piernas me duelen mucho”, se disculpó, quizá, cuando vio el nerviosismo de Milena. “Al principio pensé que había llegado como la enfermera que asistirá a un paciente en su etapa final”,

escribe Milena. “Cuando se ponía así, recuperaba esa mirada perversa; de tipo pendenciero que se siente mal pero quiere herir”. Así pasaron su luna de miel, sus primeros dos días. Bert en cama y Milena masajéandole el cuerpo o llevándole sus medicamentos, además de preparar los alimentos de ambos y lavar ropa. Milena lloraba en las noches, un poco por la separación forzada de sus hijos y otro poco porque el sueño parecía destartalado incluso antes de despertar a la realidad. Se contentaba recorriendo la casa, amplia, con jardín y una biblioteca maravillosamente completa. El lugar que más le gustó fue el estudio polvoso e inútil de Boonstra. Su ubicación era la mejor, cercana al jardín y adornada con un amplio ventanal que modulaba el calor del sol. Había tres libreros con ediciones rarísimas de otros países, casi ninguna en español, inglés o francés, sino en lenguas eslavas y orientales. Los lomos de aquellos ejemplares prometían sorpresas inusitadas que, pensaba Milena, algún día se le revelarían de voz de Bert Boonstra. Ahí estaba, colgado en un rincón, el diploma por el Premio Cervantes y su medalla. También, a un lado, la constancia del premio nacional. Esas ofrendas a lo que Milena creía vanidad la desconcertaron. Hubiera pensado que Boonstra era de los autores que le daban la espalda a todo ese espectáculo y lo habría amado más si hubiera encontrado los diplomas arrumbados en el cuarto de los trebejos. Eso le dio pie para observar de nueva cuenta el espacio: en un librero estaban todas las ediciones de los libros de Boonstra en sus distintas traducciones, y colocadas casi estratégicamente, fotografías con editores o escritores importantes. Cuando miró más de cerca, Milena halló recortes de prensa del *New York Times* y sobre todo de *Le Monde*, donde lo mencionaban. Sobre el amplio y bello escritorio de madera, limpio de accesorios que no tuvieran que ver con la escritura, porque sí había cuatro plumas fuente, hojas de buen papel apiladas y cartas sin abrir, se encontraba una fotografía de Boonstra, todo juventud y entereza, rodeando con las manos un ejemplar de su mítica novela. Boonstra miraba y sonreía a la cámara con una espectacular armonía y majestuosidad: parecía saberse dueño del mundo y no tener miedo en sostener esa impresión. Todo aquello era un templo a tiempos pasados edificado con una urgencia paradójicamente serena y ahora el futuro lo había arrasado con su hambre seca y voraz. La impresión de maravilla de Milena se resquebrajó al entender que aquel era el estudio de otra persona, de alguien que quizá hubiera añorado conocer hace mucho pero que hoy despreciaría. Odiaba esa petulancia. Incluso se sintió idiota por admirar, aunque era por sus libros, a Boonstra sin darse cuenta de que él también había sucumbido a la vanidad de los escritores. Después de ese día, Milena entró pocas veces al estudio.

Prefirió evadir esa circunstancia y supo que si la relación se fortalecía en un tiempo podía hacer desaparecer ese monumento a la pretendida eternidad de un autor que había muerto. Le hubiera gustado preguntarle a Boonstra, primero, sobre esa migración temprana a México, y luego sobre su decisión (tampoco debía ser un misterio) de escribir en español toda su obra (incluso la reescritura de sus dos primeros libros que estaban en su lengua madre) y cambiarse de nacionalidad. Pero siempre se contuvo por temor de liberar demonios olvidados.

Al tercer día todo cambió. Boonstra salió de su reclusión y la fuerza había regresado a sus músculos. Preparó el desayuno, agradeció los cuidados y procedió a darle a Milena el recorrido pospuesto y a contarle anécdotas de la casa y de su juventud. Ella volvió a confundirse. Le costaba poner todas aquellas contradicciones en orden: la memoria para la juventud, la desmemoria para lo literario. La perversidad discreta en el clímax de la recaída y el candor alegre de la recuperación. Bert Boonstra era un hombre normal siendo este Bert Boonstra. Milena, en secreto empezó a referirse a ese pasado de escritor como “lo otro” o “el otro”. En su mente iba catalogando los sucesivos detalles de una u otra vida. Fue una tarea fácil porque salvo el estudio, que estaba minado por “el otro”, el resto de la casa le pertenecía a un hombre dueño de sí. Pasaban el día juntos, viendo series de televisión o recorriendo los cafés del rumbo. Con el paso de las jornadas, otro suceso salió a relucir. Bert Boonstra solía poner poco cuidado en las cosas, el suéter que decidía vestir, el restaurante que elegía, hasta que recordaba que no tenía dinero. Entonces empezaba a preocuparse, a buscar en los libros de su biblioteca billetes que nunca encontraba, “es que yo guardaba aquí dinero para tiempos difíciles”, y a buscar soluciones imposibles para obtenerlo. Hacía llamadas desafortunadas a amigos, y un par de veces a editores, hasta que, primero alarmada, no por la ausencia de dinero, porque estaba acostumbrada, sino por el estado de ansiedad en el que caía, Milena empezó a atar cabos para verificar la relación entre esa pobreza y la realidad. El primer día, al llegar, había visto un montón de basura en el jardín que daba a la calle, lleno de sobres cerrados y hojas del otoño anterior. También había visto sobres en el estudio. Entonces, en un arrebato salió a buscarlos y encontró varios estados de cuenta con montos considerables: una cantidad por regalías, otra por regalías de traducciones, otro por, suponía, algún premio, una cantidad fija, y uno más por depósitos crecientes de, aparentemente, el pago por concepto de renta de una casa propiedad de Bert. A Milena le costó trabajo unir los puntos, pero encontró tarjetas de débito y hasta dinero en efectivo en un pequeño morralito que guardaba Bert en su

cuarto. Boonstra no era rico pero podía darse una vida mesurada con lo que Milena tenía ante sus ojos. Entonces tomó el control, digamos, administrativo, y cuando la desesperación parecía explotar en Bert, Milena salía a controlar la situación diciendo que ella tenía efectivo o recordándole, casi nunca funcionaba, que podrían usar tal o cual dinero. Al poco tiempo, Boonstra pareció olvidar esa precariedad artificial y cesaron sus desplantes.

Dos meses habían pasado. Era muy fácil acostumbrarse a la cotidianidad con Bert Boonstra luego de haber vivido con Lucas y con dos niños. Milena tenía tiempo de sobra, leía mucho y se embarcaba en largas pláticas con su nuevo compañero, donde entendía y renovaba ese conato de amor, que ahora era real. Mientras no escarbara en cosas que para ese momento no importaban, y como se contentaba con el presente, pronto establecieron una familiaridad de conocidos de toda la vida. Milena regañaba tiernamente a Bert y éste, con una sonrisa, se dejaba modificar hábitos no del todo saludables. Iban juntos al doctor y, haciendo cuentas monetarias, Milena le propuso que en unos meses viajaran fuera del país por primera vez como pareja. De alguna forma, extraña para Milena, parecía que mientras tuvieran a la literatura fuera de sus vidas, las cosas podrían ir bien. A veces, Milena encontraba una mención a Jaime Abril en el periódico y se halló, incluso, desinteresada de seguir con ese odio. La manera de Milena para lidiar con Abril en esta nueva etapa fue enfrentarlo, indirectamente, con Boonstra. A veces, como desinteresadamente, si salía a cuenta algún autor o, cosa que rara vez pasaba, iban a una librería, Milena le preguntaba por Jaime Abril, por sus libros. “Alguna vez leí algo suyo, un artículo pero no me interesa mucho. ¿Es novelista?” En el pasado Milena había escrito un par de diatribas en forma de reseña contra Abril y las había publicado en periódicos locales, esperando que la cercanía con el internet le llevara esas noticias a Jaime. Esperaba algún enfrentamiento, una contestación, una defensa, y entonces elaborar un discurso para derribarlo. Pero eso nunca ocurrió. Milena jamás supo si su alumno había leído los textos, los ignoraba o simplemente no habían tenido la fuerza para llegar hasta él. De cierta forma, la relación con Boonstra, ese periodo sereno, sirvió para indicarle a Milena que esas batallas de su soledad, iracundos desplantes, eran inútiles.

Lo que, en cambio, comenzó a obsesionarla fue la búsqueda de menciones de Bert. A veces, en internet o en un suplemento de un diario europeo, veía su nombre, casi en un resquicio, citado o comentado por algún académico o por un autor que quería certificar su sapiencia con nombres raros e inescrutables. Cuando salían, Milena se acercaba a alguna librería de viejo, y si encontraba por casualidad un libro de Bert, lo

compraba en secreto y llegando a casa lo guardaba en el estudio. Nunca entendió por qué hacía eso, si para esconder la realidad o para realzarla. Pero eran felices, dueños de una serenidad, esa codiciada serenidad, que como fantasía inalcanzable los había unido.

Milena tuvo una idea. La cuestión era simple pero, considerándola bien, profunda. Con todos sus años de maestra a cuestas, se había percatado de las diferencias entre los escritores. Los muy malos que siempre serían malos. Los mediocres. Los brillantes que nunca terminaban un proyecto. Los que sí, aunque eran torpes; los débiles de espíritu pero fuertes en cuanto a constitución física. Etcétera. Sin embargo, la constante era que, salvo raras excepciones, no había un cambio de timón de último momento. Esas cosas se notaban, casi, desde el principio. Aunque era raro, uno de vez en cuando se encontraba con gente que estaba destinada. Lo que más abundaba eran los alumnos con talento y más con mucho talento. Había toneladas de ellos, y con el tiempo, Milena entendió que, para conquistar una cima literaria, el talento era lo de menos. Había otras virtudes que, cuando se encontraban juntas, probablemente desembocarían, al menos, en una obra interesante. Y otra cosa más. Cuando alguien rozaba o alcanzaba una zona interesante, cuando alguien con talento, brillante y fuerte dejaba ver una conclusión certera de su trabajo, era seguro que había más de esa sustancia dentro o debajo. Como los mineros, que al hallar una milésima de lo que buscan saben que escarbando más profundo seguro habrá más, así Milena había visto a los escritores. Entonces, si aquellos escritores en ciernes, si aquellas novelas medio maduras podían confirmar su idea, la sustancia que en Bert Boonstra había generado todos esos libros magníficos, eso quería decir que dentro de Boonstra, uno de los mejores escritores de medio siglo para acá, quedaba algo; sus libros no eran tantos como para inferir que “se había gastado” y, además, su carrera literaria se había partido por un hecho anómalo y no por un ciclo natural del escritor. Algo quedaría, un dejo, una centésima de esa sustancia hermosa con la que se construyen los libros verdaderos. Y, si era así, ella, Milena Betancur, que había rastreado piedras preciosas en lo más hondo de los pantanos, podría extraer un poco más. Sólo un poco. Y debido a que, en estos tiempos tan escasos de literatura, esa proporción de poco podía lucir muy bien bajo el lente de aumento de lo nimio, pensó que estaría bien intentarlo de alguna forma. Y si no había trabajos empezados de Boonstra, había ejemplos en la historia de la literatura, y más aún si Boonstra había muerto y éste era otro, uno nuevo y más humano y menos soberbio y vanidoso. Los inicios de escritura tardíos pueden convertirse, claro, con trabajo, y ahora siempre de la mano de Milena,

en portentos narrativos. Milena podía apostar que rascándole bien, apostando todo a la última carta, dentro de Bert Boonstra había, al menos, una novela corta final. Milena no pretendía un regreso brutal, tampoco era ingenua, pero sí quizá un ajuste de cuentas con el encuentro violento entre todo ese pasado literario, la amnesia y esta nueva realidad feliz en la que Bert Boonstra vivía. Si era cierto que Boonstra era, a sus casi setenta años (¿casi?) un hombre feliz, aunque tuviera esos dolores que con masajes y medicamento no duraban ni dos días, el autor, el Otro, combinado con el nuevo, podrían escribir algo decente y hasta importante de nuevo.

Entonces la idea completa llegó a Milena Betancur. Y supo que había conocido a Boonstra para eso.

El pastor muerto, la novela que lanzó a la fama a Bert Boonstra, trataba de Alekséi Gurdjieff, un escritor de una provincia rusa, alcohólico, que se empeñó tanto en escribir buena literatura que nunca salió del país, tuvo dos esposas y cuatro hijas que abandonó, y terminó muerto y desconocido. A Milena, años y años antes de conocer al autor en persona, le gustaba mucho esa novela, le hacía creer que la literatura podía seguir pura. De alguna forma, también, exploraba un viejo tema: la delgada línea entre el empuje megalómano para la genialidad y la gran torpeza de la soberbia simple. Tener mucho talento para escribir pero poco para vivir. Milena Betancur hablaba mucho de esa novela en sus talleres. Le apasionaba un detalle extraliterario que componía la sustancia y le daba grandeza a esa historia. El personaje, Gurdjieff, sólo tenía de ficción que era ruso, que había vivido en el siglo XIX y ya. La prensa cultural, no Boonstra, había sacado a la luz que estaba basado en un amigo del autor: Macedonio Meneses, un autor menor que había tenido la desgracia de vivir una vida única y exclusivamente para terminar siendo el abono de una novela que se había vuelto referencia para la literatura. “Los escritores deben estar preparados para robar, mutilar, suplantar identidades, robarle la vida hasta a sus seres más cercanos. El arte les da derecho a arrancar el alma inútil de la gente y volverla literatura”, decía Milena. Y *El pastor muerto* ejemplificaba todo aquello. Milena solía pasar por alto los problemas y demandas que había enfrentado Boonstra, sobre todo de las viudas de Macedonio (se había casado y divorciado dos veces). Se habían unido en una campaña de reconquista de su hombre, primero, para tratar de rescatar su obra de la oscuridad y luego, para recibir dinero por daño moral. Una de ellas, cuando vio que no iba a fructificar ninguna de las demandas que interpusieron

durante dos o tres años, cambió el rumbo y, como peregrina, tomó los cuatro libros que, según testamento, estaban bajo su resguardo (la otra viuda tenía tres, pero uno de ellos era una novela gorda) y se dedicó a recorrer todo el país organizando homenajes, atrayendo a viejos amigos para que publicaran al autor muerto en institutos de cultura de todas partes y tratando de que los alumnos de escuelas de todo el territorio conocieran a ese “fabulador de atmósferas y terruños nacionales, tan local como universal”, como lo había nombrado un crítico amigo. El fervor de posicionamiento le alcanzó a la viuda para comprarse un auto, dar el enganche, modesto, para un pequeño departamento y para recompensarla con cantidades medidas de dinero cada cierto tiempo. Los libros de Macedonio, “el gran muerto vivo”, como el medio literario empezó a nombrarlo con burla, circularon por todos lados, como nunca había ocurrido, pero no eran leídos. En muchos estados del país se hacían ediciones de quinientos o mil ejemplares que eran regalados en las ferias del libro locales o repartidos dentro de las despensas navideñas que los ayuntamientos entregaban a sus trabajadores. Haciendo cuentas, en un buen momento, había unos diez mil o quince mil ejemplares circulando. A la viuda, casi siempre, le pagaban en especie (cien, a veces ciento cincuenta libros) que iba vendiendo a conocidos o en presentaciones. Cuando la viuda murió, sin que Bert Boonstra se enterara de todo ese festival de la reivindicación, se llevó en su corazón el sentimiento de que había rescatado del olvido a su hombre compartido. Si los escritores tienen el derecho de arrancarles a sus conocidos el alma para suplantarlos con personajes literarios, o arrebatárles sus acciones para situaciones ficcionales, los familiares de los escritores muertos tienen derecho a destazarlos y venderlos en pedazos como cachivaches usados.

Si Bert Boonstra escribía, no sería una segunda *El pastor muerto*; usando esos años de desolación y destierro por la enfermedad (que poco a poco se desvanecía en la conciencia de Milena y le parecía más bien una pose de autor hartado) podría construir, robándose la realidad, un nuevo mundo de ficción fresco y que repartiera a cabalidad las culpas.

Pero aún faltaba mucho para aquello y Milena lo sabía. Como el lanzador de pelota que ha estado fuera de circulación, Bert debía calentar el brazo y, sobre todo, ganar confianza y recuperar la seguridad en sí mismo. Si de algo estaba segura Milena es de que un escritor seguro y confiado de sí mismo es un escritor vivo. De otra forma, será presa fácil de sus miedos y tendrá la peor de las muertes: el silencio y la frustración. “Por eso hay un índice tan elevado de suicidios entre novelistas”, solía

repetir Milena.

Una mañana, mientras desayunaban, recompensados con jugo y café por una noche que le había destruido la espalda a Bert, según él porque la cama se había ablandado, Milena le propuso una dinámica para divertirse y pasar las tardes. Le dijo que ese pasatiempo, a diferencia de lo rutinario de las parejas que deciden armar rompecabezas juntos, le ayudaría a Milena a alimentar una de sus pasiones que, dado todo el empeño puesto en la relación, había descuidado. “¿Y si hacemos un taller literario entre los dos, si nos ponemos a escribir y nos leemos y comentamos nosotros solos?” Lo había soltado de la manera más natural posible. Hizo una pausa para esperar la reacción y comió un bocado más de fruta. La casa nunca había permanecido tanto tiempo en silencio. Bert, primero, endureció la quijada, luego empezó a bufar y entonces explotó. “¿Te estás burlando de mí?”, gritó mientras se levantaba. Sin perder el control, y presintiendo que las cosas se pondrían peor si desandaba los pasos, Milena insistió, esta vez enérgica. “Nunca, ni una sola vez, te he preguntado nada del pasado. Nunca, jamás, he tocado toda esa parte que ocurrió. Ni siquiera me importa. Me importa lo que tenemos hoy. No solamente los escritores escriben o se leen. Sólo es un juego que te propongo”. Lo dijo alzando la voz, mirándolo en todo momento y dejando que el calor encendiera su rostro. Bert notó ciertas palabras clave: “pasado”, “juego” y entendió que Milena no se refería a recuperar algo imposible de recuperar. “Yo ya no sé cómo hacer eso”, dijo y se sentó. “Sé que dejaste de publicar, pero no sé si dejaste de escribir”, expuso la mujer. Le tomó la mano. “También dejé de escribir tiempo después. O al menos creo que ocurrió así. Ni siquiera recuerdo el momento en que dejé de hacerlo. Me parece que un día me levanté y simplemente ya no estaba ahí.” Milena se levantó y abrazó a Bert durante un tiempo que creyó prudente para terminar de tranquilizarlo. “No te voy a preguntar si te gustaría volver a escribir”, le susurró al oído, “te estoy proponiendo hacer algo juntos, compartir algo sin volverlo público ni dar calificaciones. Hacerlo y ya”.

Como si fuera un potro recién domado, Milena pensó que sería mejor, en lugar de dejarlo descansar y que al otro día le costara reconocer esa derrota que le borraba lo salvaje y lo empujaba hacia lo doméstico, presionarlo un poco más. “Una mujer pasa todo los días por una tienda. Un día, en el aparador, ve un vestido azul hermoso y que le encanta. Cuesta bastante más de lo que trae en el bolsillo pero, como es una mujer tenaz a la que le gusta ponerse metas, decide ahorrar y regresar la siguiente quincena por él. Así lo hace y el vestido cuesta ya lo doble. Piensa que es un error, entra a la tienda y le pregunta a la dependienta. La vendedora verifica el precio y sostiene que

es ese. La mujer se va pero, ahora encaprichada, decide volver. Y así lo hace. Sin embargo, ya lo debes intuir, el vestido cuesta más. La mujer decide empeñar algo esa misma tarde y volver al siguiente día y, entonces, cuando lleva el dinero, incluso un poco más, el vestido ha subido de precio. ¿Qué sigue, Bert? ¿Qué ocurre en la historia?”, y justo cuando se detuvo, Boonstra le dio un sorbo largo al café, respiró profundo y dijo: “La mujer se llama Cristina y tiene 37 años. Hace dos que no ve a sus hijos porque su esposo no lo permite. Ejecuta dos veces más ese trámite engorroso, irse, ahorrar y volver, sólo para comprobar que algo más allá de sus fuerzas ocurre. No se opone a él, no trata de explicárselo, no culpa a nadie más que a sí misma. La tercera vez, ya con mucho dinero ahorrado, acude a la tienda. Un detalle, ha dejado todo el dinero en casa. Sin saludar a nadie, la dependienta ya la conoce, entra, da una vuelta por las islas de ropa, y sin fijarse si la vendedora la mira o no, va hasta el aparador, alza el vestido de la silla donde está extendido y colocado y se lo lleva. Sin apresurarse sale de la tienda y sólo al llegar a su casa suelta el cuerpo, deja de apretar el vestido contra sí y descansa. Al siguiente día vuelve a su trabajo y no usa el vestido jamás.” Milena se quedó unos minutos sin aliento, como cuando cierras uno de esos libros de los autores admirados y aunque sabes que las situaciones podrían haberse realizado de otra forma e incluso mejor, te sorprendes con una sonrisa y satisfecho porque las cosas ocurrieron así, de esa forma. “Bravo”, dijo Milena y Bert, con toda naturalidad, como si hubiera pensado en la historia semanas y semanas, dijo gracias y sonrió.

Durante los siguientes días, ambos continuaron ese juego. A veces Bert se adelantaba y proponía un arranque, o una anécdota para que Milena la contemplara. Ambos reían cada vez que una resolución ridícula o torpe se cruzaba en sus caminos imaginativos, y brindaban con jugo cuando triunfaban. Sólo lo hacían por las mañanas. Debió ser hermoso ver aquellas mentes creativas jugando una especie de tenis verbal y dramático donde atesoraban distintas tramas y personajes con virajes que, si hubieran sido libro, resultarían admirables. “La literatura sólo cuenta el gran chisme que es la historia de la humanidad”, expresó Milena alguna vez al terminar el juego y antes de bañarse para salir a comer.

“Un día desperté y se había ido todo. Mi escritura siempre se definió por ciclos. Yo sabía cuándo era el tiempo de la escritura y cuándo el tiempo del silencio. Y el silencio podía durar dos o tres años. Sólo pensaba, le daba la vuelta a una historia y a

una obsesión y continuaba mi vida. Entonces, un día, de la nada, me llegaba una imagen. Esa perturbación resultaba curiosa porque, en apariencia, no estaba motivada por nada en especial. Comenzaba a escribir y durante un año no paraba. Así escribí toda mi obra. Publicar los tres primeros libros me recompensó más que todo lo que me dieron *El pastor muerto* y el libro de cuentos. Eran espacios fértiles. Escribía, la novela se publicaba, llegaban lectores a cuentagotas, la gente hablaba de mi libro pero era tan enorme el universo de todo lo que se publicaba que la gracia perdía interés y yo volvía a lo mío. Pero llegó *El pastor...* y con él la intranquilidad. Aparecí hasta en un programa familiar, de esos donde tres conductores se la pasan contando chistes y, cuando llega tu turno hablan de tu libro tratando de llevarlo al tema de actualidad. No recuerdo a qué personaje de la farándula habían matado en ese entonces y lo vincularon con mi libro. ‘A los rusos también los mataban por cualquier cosa’, y yo trataba de hacerles ver que nadie había matado a mi personaje. ¿Me entiendes? Situaciones así. Luego llegó el libro de cuentos y fue como haber parido siameses unidos por el cráneo. Un espectáculo brutal. Pasaron tres años y la gente seguía hablando de esos libros. Yo había notado ciertas lagunas en mí. A veces le cambiaba el nombre a las cosas, olvidaba dónde había puesto las llaves, pequeñas volteretas cotidianas que no alertan a nadie. Pero un día desperté y ya nada estaba. Por inercia, porque venía haciéndolo durante mucho tiempo, seguí dejándome entrevistar, sobre todo por teléfono, y lo que hacía era recordar mis discursos sobre esos libros. Hablaba de la trama, de mis motivaciones, pero asumiendo que recordaba los libros más que el palabrerío que decía sin creerlo y, más aún, sin recordarlo como unido a alguna cosa que yo hubiera escrito. Pensé que era sólo cuestión del mucho tiempo pasado tras haber escrito esos libros. Entonces escribí basándome en correos electrónicos, fotografías, entrevistas con amigos donde les pedía que, desde su punto de vista, me contaran mi historia. Cuando trataba de escribirlo, no recordaba nada de mi vida. Pensé que se trataba de un olvido general. Largos pasajes habían desaparecido de mi cerebro. Luego, haciendo experimentos de memoria, entendí que sí recordaba muchas cosas pero que ya no sabía escribirlas. Había una desconexión entre, digamos, mi imaginación y las palabras escritas. Entonces me asusté y fui al médico. Y eso era todo, la conexión se había perdido y, además, sufría de olvidos selectivos, sobre todo en lo correspondiente a mi escritura y a mi carrera. Ocurrió lo de aquella entrevista donde tuve mi aparición ridícula y eso fue todo. Me retiré. Fue extraño reconocer que aquellos ejemplares con mi nombre, donde la tinta daba fe de que habían sido escritos por mí, no me provocaran nada: ni rechazo ni atracción ni

recuerdo. Eran objetos sin vida, y mientras los acercaba más a mi entendimiento se deshacían como si fueran de cera. Por eso ya no entro a mi estudio. No te puedo decir si sufro por ello o no. Simplemente, no existe en mí el recuerdo cabal de haberlo tenido y haberlo perdido. Sólo sé, por las constantes repeticiones de la realidad, que un día ya no estaba. Eso es todo. Pero recuerdo lo demás, sé que mi exesposa no me quiere ver, que la casa de la playa me da para vivir (aunque lo recordé por ti recientemente) y que tengo una memoria de fotografía para todo lo demás.”

La primera vez que Milena Betancur leyó la explicación de la tragedia de mano de Bert Boonstra se compadeció y encariñó más. No supo si se trataba de una hoja llena de retazos escritos en los momentos de lucidez de Bert o era fruto de un esfuerzo descomunal por conciliar lo imposible. Pero una mañana se encontró este escrito, que reproduzco ahora, en la mesita de noche. ¿Cómo había podido Bert lograr esa coherencia sobre su enfermedad y condiciones? ¿Se trataba de un texto viejo, escrito en una etapa temprana de su condición y puesto al día? ¿Acaso se trataba de la brújula que guardaba para sí Boonstra donde hacía el recuento de su vida? En apariencia, descontando un par de desgracias, lo demás parecía en su lugar y era salvable. La segunda y tercera veces que se encontró con esa carta, escrita en versiones distintas, se aterrorizó. La primera parte era más o menos similar, su escritura, su resumen de su carrera y la pérdida de la memoria. Pero los detalles finales variaban: a veces tenía exesposa, a veces vivía en París y otras en Dinamarca, y constantemente el número de hijas (hijo) cambiaba. Lo más peculiar era la certeza de Boonstra de “tengo una memoria extraordinaria”, cuando en la vida cotidiana Milena asistía a sus olvidos sistemáticos. A veces, y de esto sólo se dio cuenta al cabo de los meses, olvidaba tardes o días enteros. Un día la olvidó a ella durante cinco minutos. Pero Milena no se impacientó. Si Boonstra confundía el pasado, estaba bien. Si olvidaba ciertas cosas de lo cotidiano, ahí estaba ella para rescatarlo. Y, en los casos del presente, Bert siempre se recuperaba y no pasaba de un relámpago que tal como se encendía se apagaba. ¿Indagar más sobre la desmemoria? ¿Atacar cabos? ¿Buscar consuelo en los estudios médicos? Y como la persona que nota que aquel lunar en la espalda cada día crece más y probablemente se volverá cáncer en unos años, pero se consuela pensando que “ahora no” y lo deja pasar, Milena pensaba en la edad de Boonstra y se decía que si ella acaso llegaba a los setenta así de lúcida y con esos olvidos que la mantenían funcional, le daría gracias a la vida, sobre todo, de haber encontrado, como era ella para Boonstra, a una persona que le rectificara o estuviera ahí como red salvavidas.

Milena Betancur decidió que aquella escritura epistolar había logrado su objetivo: Bert Boonstra no había olvidado cómo contar una historia ni cómo encontrar los puntos vitales para realzarla y no dejarla caer. Si al principio había pensado que tendría que volver a enseñarle a Boonstra cómo arrancar una historia, los nudos, etcétera, entendió que, en apariencia, había un camino andado. Como paso natural, otra mañana le propuso comenzar a escribir. Al contrario de lo que había pensado, y abusando de su conocimiento sobre los olvidos de Bert, añadió: “escribamos justo como lo hicimos ayer, sólo transcribiendo lo que el otro va contando, tan rápido como podamos”. Y así, luego de probablemente un par de décadas, Bert Boonstra volvió a poner sobre una página en blanco una palabra junto a otra para lograr esa cadencia sustancial que vuelve al balbuceo un recorrido narrativo que une lo que existe con lo que no.

El día en que ocurrió fue así.

No fue el reloj despertador ni la luz entrando por la ventana; más bien el frío provocó que Milena Betancur abriera los ojos y se sintiera sola, confiesa en sus diarios.

Bert ya no está a su lado aunque son las siete de la mañana. Hace al menos media hora se ha levantado de la cama y ha puesto agua para empezar la jornada con té. No hay magia en los despertares de las parejas que se conocen bien. Y ellos dos, a lo largo de un año, lo han conseguido. Milena se toma unos minutos para recordar si han hecho el amor. Quizá no. Últimamente Bert Boonstra redacta, logra acomodar ideas e incluso ha logrado volcar toda esa marea verbal en un par de ensayos de cinco o seis cuartillas donde sucede algo parecido a “contar una historia”. Pero no avanza. Milena se ha desesperado un poco los últimos días. ¿Y si no ocurre? Pero insiste, e insistir siempre es mejor que darse por vencida.

Enseguida Milena le dedica unas dos páginas a la sexualidad de la pareja que cualquier espectador, dada la enfermedad y edad de Bert, podría considerar, si no inexistente, sí apenas insinuada. Pero no, refiere Milena que el sexo se ha vuelto un asunto consistente y, por momentos, salvajemente sensual. He dudado mucho entre hacerle caso a estas descripciones o dejarlas pasar como meras exageraciones o como la trágica ilusión de una mujer atrapada en una relación romántica pero sin sexo. No lo sé. El problema es que en muchas partes de sus diarios, además de esta exploración profunda en la parte referida, con la observación del sexo con Bert alienta situaciones, o prologa cosas. Así que he optado por aceptar que la vida sexual

entre ellos era buena. Tengo miedo de comenzar a sospechar que ciertos pasajes o información son falsos o borrarán la percepción que hasta el momento tengo de la vida de Milena. Mejor así. Entonces, continúa Milena en sus diarios, junto con la llegada del sexo ha recuperado, también, su propio cuerpo. Si antes aquellas lonjas y senos carnosos no le molestaban, “ningún escritor que se respete es flaco”, ahora, atendida a un hombre, viviendo en la casa de su hombre, enfrascada en una relación que al principio no ofrecía mucho pero que ahora es ya algo constante y satisfactorio, en lugar de lo que ocurre con las esposas recientes, que se olvidan de trabajar todos los días en su aspecto, Milena ha tratado de reducir las calorías, “a mi edad contar calorías es aceptar las burlas de la muerte”, y se aplica, sobre todo cuando están en la cama, en verse bien, en mostrar sus mejores momentos y ángulos. A veces, mientras se baña, se esfuerza en recordar aquel espiral de acciones que la han llevado a recuperar su vida. Sabe que aquellos ejercicios de reconstrucción de un espíritu como el de ella son como la voz que le repite obsesivamente a una modelo: más erguida, más veloz pero elegante, un pie y luego el otro, que tratan de hacer la amalgama de belleza y verosimilitud, de seguridad y equilibrio imposibles que separan a quien triunfa de quien no.

Allá abajo debe estar Bert, ahora, preparando jugo de naranja (el favorito de ambos, la marca registrada de sus desayunos) y quizá ha empezado a leer una de tantas novelas que Milena le ha dejado de tarea. A pesar de todos los ejercicios de lo cotidiano, Milena Betancur se siente débil e insegura. Un remordimiento, un sentido de solidez la convoca todos los días a saber que las hojas blancas se están terminando y que pronto ya no habrá marcha atrás. Milena ha dejado de escribir. Cuesta mucho trabajo dedicarle tanto empeño a un alumno difícil y áspero como Bert. Y, además, ha preferido volcarse hacia fuera que rascar entre sus demonios y seleccionar cuál de todos es digno de volverse un libro. Ha dudado mucho, se ha cuestionado si después de tantos manuscritos en falso, si después de entender la literatura de esa manera cabal y expansiva en que cree entenderla y no haber conseguido más que un manojo de lectores, no debería, mejor, dedicarse a sus memorias, a algún diario a destiempo donde desde atrás del frente de batalla se dedique a experimentar con ella misma, con sus pequeños logros y grandes fracasos. Si antes podía observar aquel mundillo a distancia sin mancharse, criticándolo y menospreciando “ese circo” con juicios fáciles como “es que las editoriales deben vender”, “es el mercado, no la literatura”, “la crítica le da la espalda a los grandes libros”, ahora, al lado del que fue un gran escritor, rey de todo ese aparato superficial, alabado por tantos y tantos lectores, se

siente con el derecho de tomárselo más en serio, de ser partícipe, aunque sea pasivo, del juego. Ella es la compañera de Bert, quien lo está haciendo escribir de nuevo. Entonces, con todo lo que sabe, con todos esos alumnos que van poco a poco publicando en editoriales pequeñas, como ella cree por momentos, fugaces instantes que se desvanecen en el aire, tener el acceso a la fórmula que la llevaría a escribir un libro que podría ser publicado por una editorial importante. Lo sabe. Algo dentro de ella está consciente de que tiene el potencial. Lo más difícil, paradójicamente, es elegir cuál empezar a escribir. Además, se sabe con poca energía, quedan pocos intentos en falso dentro de ella, uno, tres a lo mucho. Debe ser cuidadosa porque podría volver a fracasar, y entonces, ya instalada en el mundo de Bert, y ahora cercana al momento en que Boonstra podría volver a escribir, sería sólo una sombra más. Eso sí. Está segura de que si Boonstra comienza a escribir de nuevo y atrae, como antes, con ese regreso que podría ser espectacular por el mero hecho de publicar luego de tanto tiempo, ella quedaría opacada para siempre. No podría hacer uso de esa cauda de cometa. Ya no. Si fuera más joven, quizá. Pero a sus años, no. Así que tampoco tiene tanto tiempo y eso la impacienta. No pocas veces ha pensado que si termina un libro podría usar los contactos, aunque enmohecidos, de Bert para que un par de editores la leyeran, ahora sí, en serio. Lo sabe. Y eso le pone más presión. ¿Qué clase de libro podría escribir? ¿O, mejor, qué clase de libro podría sobresalir en ese río revuelto que es la literatura y el medio editorial hoy en día? Sabe que debe ser violento, quizá hablar de los problemas actuales de la sociedad, o ser contado desde una voz periférica de uno de los actores secundarios, de todas las películas que en el país se vienen sucediendo. ¿Escribir una historia local que incida en lo universal? ¿Escribir, mejor, una historia neutral, con un lenguaje neutral, que pueda colarse a todos los mercados posibles? ¿Una historia que hable de los grandes problemas de la condición humana? ¿O mejor, encapsular el lenguaje, atraer todos los modismos costumbristas, todos los giros idiomáticos que escucha en la calle y concentrarlos en una historia de ciudad, o de pueblo, o de alguna parte donde la vida esté sucediendo? Su trayectoria, sus grandes ideas, su conocimiento sobre el hombre unidos a los contactos editoriales de Bert. ¿Sería posible que su esfuerzo, dos o tres años de escritura, de batalla, pudieran ser recompensados con una mención entre los mejores libros del año, con una reseña en aquella gran revista de grandes críticos, con el beneplácito de al menos tres mil lectores? Sabe que es capaz. Pero no se decide. No cree, a estas alturas de su vida, que escribir por escribir, sentarse un día a teclear, pudiera llevarla a algún sitio. No. Debe ser, la escritura, producto de una

concentración plena, de una unificación de poderes, de una mixtura bella de todos lo que ella, filtro cósmico de la humanidad, siente y vive día con día, de ese saborcillo o esa intuición cuando observa un acto humano y conoce su desarrollo y final, sin nombrar las causas que lo han provocado. Quizá cuando Bert termine y dejen respirar un tiempo en un cajón esa cosa que, seguro, escribe, Milena pueda tomar prestado un tiempo y acometer su proyecto. Quizá entonces.

Pero ahora tiene un plan. Y todo va avanzando bien. Hasta ese día no ha presionado a Bert Boonstra, lo ha dejado volver a crecer libremente. Durante el día anterior y la noche, Milena planeó el argumento para una novela. Si el hombre ya ha demostrado cierta flexibilidad en escribir a partir de ideas que ella le da, si le pone ante los ojos una historia completa, bien armada, donde casi casi Bert sólo deba unir los puntos, está segura de que la magia iniciará. Además, en cada momento ella estará ahí para corregir el rumbo. Lo que está buscando Milena es observar una mínima bola de nieve, su confección en la mente de Boonstra y, entonces, sólo dejará que ruede por la colina. Ella le habrá quitado los obstáculos (la falta de argumentación, la elección del narrador, los puntos de vista, los clímax), es decir, los habrá resuelto para que Boonstra sólo ponga el toque mágico, la sustancia que lo hizo un escritor de peso. Está segura de que Boonstra es un lobo tímido con hambre, un lobo domesticado viviendo en una cabaña con una familia que lo alimenta con trozos gruesos de carne. Lo que desea Milena es avivar el hambre, volverlo codicioso, entregarle desenfundado el cuchillo para que inicie la masacre. Darle en la punta de la lengua una gota de sangre.

Milena baja y lo saluda como si fuera un día cualquiera. Boonstra la atrae hacia él, dueño ya de su virilidad (aclaro: lo pongo así porque Milena señaló esto pero, repito, dudo de esa vuelta de la virilidad. En fin.) y la hace suya con un beso. La provee con esa seguridad de hombre de la casa, de señor fuerte, que les gusta a ambos. Entonces se lo dice, sin que Boonstra la haya soltado, aprovechando el vaivén de la fortaleza de sus brazos: “Tengo un argumento para una novela y ahora debes desarrollarlo”. Boonstra reconoce la codicia, no en él, sino en ella. La mujer ha escalado un puesto más hacia arriba. “¿De qué va?”, pregunta mientras la suelta con delicadeza luego de sentir por un instante más esa carne suelta y blanda que tanto lo excita cuando la siente sobre su verga. “Un escritor de éxito deja de escribir. Más bien, un día deja de escribir porque ya no recuerda cómo hacerlo ni recuerda haber escrito nunca. El escritor no se esfuerza en volver a escribir. La novela más bien cuenta la imposibilidad de ese escritor día a día y cómo es incapaz de volver a

hacerlo. El quid del asunto es este: mientras el escritor confiesa que no puede escribir, va escribiendo, y al final escribe sin escribir. Es una revisión sobre su propio mundo, sobre su propia vida”, le dice Milena, nerviosa, ahora sentada frente a él en la cocina. “No”, dice Boonstra y aterra a Milena porque no estaba preparada para ello, sí para las dudas, pero no para una respuesta así de rotunda. “Nos podemos esforzar”, le dice la mujer. “No voy a escribir y a ponerme en ridículo sobre esto que es verdad y me está pasando”, le contesta mientras deja de un golpe la taza con el té, que se riega. “Pues entonces no vas a volver a escribir nada serio en tu vida”, ataca Milena. “Pues entonces no, nunca lo voy a hacer y se acabó como se había acabado antes de tu llegada”, responde. “Si no lo intentas me iré. Que ni siquiera lo intentes es para mí mucho más burla hacia mi esfuerzo que una burla hacia ti”. Milena se pone de pie, quiere ser teatral. Avanza hacia el fregadero, tira los restos del jugo, no le hace caso a los huevos que Bert ha cocinado. El hombre comienza a sentir la desolación. “¿Qué tiene que ver que escriba con que te vayas, con nuestra relación?”, pregunta, ahora sin tanto énfasis en las palabras. “Que yo creo algo y tú no, que pensamos distinto. ¿Has visto el avance en tu escritura?”. Durante media hora discuten separando los discursos. Él, esforzándose en volver hacia ellos, hacia su vida juntos. Ella, anteponiendo ese intento, ese “todo lo que he hecho por ti”. La pelea avanza porque ella, al contrario de todo el tiempo en que han estado juntos, se muestra colérica, con los colmillos soltando sangre, quizá de ella misma, que va regándose por el piso de la cocina. Bert Boonstra no se deja provocar. Atisba el chorreadero que su mujer hace, huele la sangre, y su autocontrol es el de un hombre que ya ha estado en peleas y sabe que todas acaban mal. “Nunca voy a aceptar que sólo seas el loco de los cocteles literarios, el tipo que perdió la memoria y ni siquiera se acuerda de los libros maravillosos que ha escrito. Nunca voy a aceptar que seas un cobarde”, le grita mientras mastica los trozos de una presa que ha reventado con la quijada. “Mi enfermedad no...”, trata de decir Bert pero ya ha sentido la sangre en su rostro, cayéndole por las mejillas, goteando milimétricamente en sus labios y lengua. “Si no lo intentas, para mí serás un puto cobarde, un payaso que está esperando morir, y con alguien así no quiero pasar el resto de mis días”. Con eso, Milena ha dejado caer sobre las fauces dormidas pero receptivas de Boonstra una pequeña liebre desmembrada, sin un ojo pero con las vísceras aún calientes. Bert la prueba, ahora la carne lo conecta con otros tiempos y la hiel (no sabe si del animal muerto o de él mismo) le escuece en la boca y le toca los colmillos. Siente la tensión lenta pero impostergable de los filos que comienzan a desgarrar pausadamente la carne

sanguinolenta. No hay nada podrido en ese cuerpecillo con el que hace bocados, que guarda como un buche de agua para engendrar una pasta que será el alimento común de Bert y de Milena. ¿Y si la gran cazadora, la escritora, tuviera razón? ¿Si aquel Otro del que hablan tanto los lectores, los críticos fuera realmente él? ¿Si esos libros, a los que él no les entiende nada y siente tan lejanos, pero que provocan los hurras colectivos, los despellejamientos de emociones que desataron la oleada de premios en el pasado, son realmente de él? ¿Si todo eso fuera cierto? ¿Si nuevamente pudiera sentir ese poder enorme de ser el dios de sus personajes, qué va, el dios del mundo, y pudiera recrear toda esa amargura, de la que sí está consciente y es dueño, a la que lo han orillado el maldito medio literario y su incontrolable enfermedad? Bert Boonstra, él, ha vivido un infierno del que nadie sabe. Del que nadie es capaz de sacarlo, ni siquiera Milena con toda esa generosidad. Sólo él, lo sabe, puede contar todo aquello. Pero no de esa forma, su instinto ha despertado y mientras deglute la liebre muerta que Milena le ha lanzado (y es la amargura, la impotencia, la promesa de que si no lo intenta se quedará solo), su instinto le dice que puede hablar de amargura, de ansiedad, de la muerte en vida de todos esos años pero no desde el argumento que le propone Milena. Debe existir otro camino, uno más, digamos, oculto, no tan superficial y fácil (nunca le han gustado las historias demasiado obvias) y desde ahí, como zurcido invisible, podrá delinear el esqueleto de su dolor. Ahora sí, mientras ve a Milena abriendo en canal a un animal más grande que, oh bendito, chorrea desde la yugular recién profanada, un grueso caldo casi negro de sangre, y él, el autor Bert Boonstra, prepara los colmillos para cortar de una mordida la cabeza (cómo desearía que el animal hubiera estado vivo), cree que todo aquello que Milena propone es posible. “Pero no va a ser a tu modo. Voy a escribir una novela pero no se tratará de lo que dices”. Milena se queda fría, deja de masticar al animal, se siente reducida y pequeña. No ve a Boonstra como el bonachón oso polar de siempre, con su andar de pato gordo. Lo ve enorme, erecto, digno, caprichosamente fuerte. “Pero empieza hoy”, le dice casi sin voz, casi llorando.

Ese día fue de preparación, y Milena se siente contenta porque ella así lo hubiera hecho. Vio a Bert Boonstra sentado en una de las sillas frente a la mesa de la cocina haciendo resúmenes y cree ver lo que puede ser una estructura. No sé mete. A distancia, en la sala, tratando de leer, dándole su espacio, pasando cada quince minutos por la puerta de la cocina para ver de dónde viene tanto silencio. A veces se desconsuela porque el avance de hace un rato es ya una bola de papel en el suelo, dos, diez o veinte estragos de papel, en ocasiones roto, sobre el suelo. Pero Bert tiene esa

expresión que reconoce en ella, cuando está a punto de solucionar una escena o un final. Un gesto como de orgasmo, como de momento último junto a un risco. Cuando ya está anocheciendo y ha terminado la mitad de una botella de vino, ve el cuerpo enorme de Bert traspasar la puerta de la cocina y caminar hacia ella. Trata de saberlo antes de que él se lo diga, pero aquel aspecto de manatí amaestrado no revelaba nada. “Es que no puedo”, dice Bert, se arrodilla frente a Milena y llora, y parece empezar a vomitar toda esa carne sangrienta que ha deglutido, que se le estaba pudriendo ya en el estómago, en los intestinos podridos también. “Es que no puedo”, repite y Milena le soba el lomo, lo consuela con sonidos de madre. “Es que nunca voy a poder porque ahí adentro ya no hay nada”, y el sollozo es tal que Milena se esfuerza en escucharlo, en desentrañar ese palabrerío agonizante. Le frota la espalda, le cura la indigestión de carne salvaje, le encuentra la boca para mamar un poco de sangre y extraérsela, para darle saliva salada y cambiarle el gusto a muerte por el de vida. Mientras el hombre se vuelve un conejito, o la misma liebre que horas antes se ha comido y se cobija en el suelo y en el filo del sillón para ser domesticado de nuevo por la mujer, ésta hace una mueca de triunfo parcial que es una media sonrisa. Su larga experiencia, sus horas frente a alumnos débiles, torpes, que creen tener historias que contar y se dan de topes, como abejorros inútiles, frente a la luz incandescente de una lámpara a mitad de un cuarto oscuro, le dicen que, al contrario de lo que aquel costal de llanto piensa, Bert Boonstra está cerca de conseguirlo. ¿Cuántas veces vio a sus alumnos más luminosos, sobre todo a Jaime Abril, en la misma situación, en llantos que eran un aspaviento soberbio de triunfo anticipado? El problema con los espíritus jóvenes o como éste de Bert, un espíritu viejo rejuvenecido por la enfermedad, es que no tienen los sentidos tan atentos a los signos de la creación y creen que esa crucifixión en la que creen prever la muerte es una entrada abriéndose para dejar pasar el mundo gordo y expansivo que traen dentro de ellos. Si ella, Milena Betancur, no fuera una escritora ni una maestra con tanta experiencia como la que tiene, esa noche habría depuesto las armas y matado a los caballos para darle de comer a las tropas. Pero no, el invierno, había signos por todas partes, estaba terminando. Y sería él, su hombre, el Otro, Bert Boonstra, quien se daría cuenta por sí solo y mañana temprano, o quizá en una semana regresaría a ella con un manojo de luz entre las manos y con esa mueca peligrosa de satisfacción anticipada que han mostrado casi todos los novelistas valiosos que han caminado sobre la faz de la tierra.

Ocurrió a las dos semanas, justo cuando el lloriqueo de Bert se iba haciendo constante en las mañanas y luego de varias peleas más. “Debe suceder o me voy...”, le advirtió Milena Betancur. Ya no había rastros de aquel depredador que había intentado comenzar en la cocina. A la par de esa última advertencia, Milena quiso ser razonable si era cuestión de estar negociando el final de la relación. Y eso no era todo. Durante aquellas dos semanas, Milena se había arrepentido, convencido y vuelto a arrepentir. A lo mejor escribir no era tan importante. ¿Arriesgar su relación por un capricho? ¿Era escribir, la creación, sólo un capricho? ¿Y la vida? ¿Si Bert terminaba destrozado y ella tenía que sostener su dicho, todo acabaría, así de fácil? Entonces se lo propuso: ¿por qué no fijarse un tiempo, seis, ocho meses, para un primer tratamiento del texto? ¿Por qué no trabajar todas las mañanas, tranquilo, en su estudio, ya no apresuradamente en la cocina, cobijado por todo lo que él había sido, aunque lo odiara, por todos esos libros que parecían cadáveres que ya nadie leía? ¿Por qué no intentarlo de esa manera y al final de hacer un balance y, si no había nada, pero nada en serio, abandonar el plan y volver, juntos, a lo ya que tenían, a esa espera serena de la muerte? Habría reglas, claro. Bert se metería a su estudio con un manojo de hojas blancas, con una computadora, con una máquina de escribir, con lo que quisiera, a las nueve de la mañana. Trabajaría ahí y podría salir un par de veces para caminar por el jardín o para comer algo, y a las tres o cuatro de la tarde acabaría. Ya no habría planeación sino escritura. Empezaría por cualquier lado, escribiendo cualquier historia. Y una vez a la semana le entregaría el resultado a Milena, que lo leería a solas y no emitiría juicio alguno. La red de salvación serían el silencio y el trabajo constante. Bert Boonstra escuchó todo eso como si fuera un niño al que le cuentan el recorrido que está por comenzar para visitar un parque zoológico, la distancia segura cuando pasen por la jaula de los tigres, lo que puede o no esperar de la isla de los monos, el rutinario movimiento de los elefantes balanceándose mientras comen. Aceptó. No habría presiones ni reclamos ni nada. Lo peor que podría pasar es que al cabo de unos meses volvieran a su vida habitual y feliz.

Aunque no había presión aparente por parte de Milena, cuando al siguiente día inició la jornada de trabajo y al estar solo en su estudio, el espacio que había olvidado de cuando sucedía ahí la escritura, supo que no podía defraudarla. Estuvo seguro de que si en seis u ocho meses emergía de esa reclusión sin nada en las manos, no podrían, aunque ese fuera el trato, volver a ser felices. Necesitaba escribir, presentarle algo, darle una novela aunque fuera la peor de todas cuantas se han escrito. Y, luego de unos minutos, al caminar frente los libros en ediciones

desconocidas, empastados para que duraran, con todos esos personajes y letras muertas sin lector, pero que sólo esperaban ser abiertos para vivir, supo que no sólo debía entregarle una novela mediocre. No iba a salir de ahí si no escribía algo que valiera la pena. Bert Boonstra debía volver a ser Bert Boonstra para recuperar a su mujer, para no decepcionarla una vez más, o todo terminaría y no conseguirían recomponerse. El hambre de Milena era demasiada, como su ansiedad por demostrar que esa obsesión no era un capricho. Tenía que escribir una buena novela por ambos, contra todo pronóstico, por ellos dos, por todas las novelas que no podría escribir Milena, que quizá no era una buena escritora, y por todas las novelas que ya no volvería a escribir él. Y, entonces, ahí a solas, recuperando su máquina de escribir, poniendo una columna de hojas a su derecha, acomodando su vieja silla de escritor e inventando un viejo ritual, que era nuevo pero él quiso ver como el que hacía allá en el pasado, decidió concentrarse y escribir de una vez por todas.

La primera semana, impaciente, Milena recibió siete cuartillas. Le sorprendió la cantidad. Bert salió devastado de su estudio, entregó el botín y fue a su cuarto a descansar viendo televisión. Ni siquiera dijo una palabra. Siguió de largo y cerró la puerta. En la sala, Milena no supo qué hacer con eso que tenía en las manos. ¿Era el arranque, un avance intermedio, la planeación? Sólo sabía de esas cuartillas que eran resultado del mecanismo pulcro que Bert había seguido, recluírse de lunes a viernes de nueve a tres. Sin falta, sin duda, sin nada más que hacerlo. Temió muchísimo comenzar a leer y hallar el balbuceo de un autor menor con una historia menor. Pero, bueno, era la primera semana. Incluso consideró no leerlas sino hasta la segunda entrega. Pero cuando escuchó a lo lejos los ronquidos de Bert, se puso las cuartillas sobre las piernas y tomó la primera hoja. Leyó. Al cabo de un breve avance entendió que ahí no había nada. Era el arranque primitivo de una historia gris y lenta. Un hombre llega a una ciudad a buscar a sus hijos. No estaba decepcionada porque al menos había una especie de continuidad. Pero las últimas cinco cuartillas la sobresaltaron. Había algo, hacia el final Bert había advertido un detalle en la mirada del personaje y con un par de frases matizaba un asunto interesante. Sólo era un párrafo, pero un párrafo interesante. ¿Sería posible? Aquello era mucho más de lo esperado.

La segunda y tercera semanas transcurrieron igual, hasta un punto sin retorno. Antes de que Bert volviera a meterse al cuarto, Milena supo que aquella historia estaba muerta. En la parte final del manojito de la tercera semana sólo había recovecos en espiral, una vuelta a la llegada del hombre a la ciudad y sus miedos. El narrador,

un poco interesante en la segunda entrega, ahora ya no estaba. Pero continuó con su pacto y no dijo nada. La cuarta semana, el primer mes se había cumplido, Bert Boonstra salió sin nada en las manos. Pero tenía los ojos enrojecidos, rasguños en los brazos y una mano hinchada porque, supuso Milena, la rabia de la impotencia lo había hecho pelearse contra sí. Tampoco dijo nada, lo consoló y le propuso pasar el fin de semana viendo películas. El domingo en la noche Bert logró dormir bien y recuperar el brillo en sus ojos.

El segundo mes Bert Boonstra intentó otra historia. El narrador estaba bien, el tema era muy bueno (una mujer decide abortar con la ayuda de su marido) pero el lenguaje, diametralmente opuesto al de la primera historia, no dejaba libres a los personajes. Parecía un estilo del siglo pasado, desvencijado, sin gracia. Bert era un viejo, pero acá parecía un viejo que se sorprendía al ver un auto en la calle: había ese miedo y escepticismo que hacía imposible el pacto entre lector-autor. Lo sorprendente es que en un corto tiempo varios elementos ya estaban bien: lenguaje en uno, narrador en otro, tema en este. Además, a Bert le costó sólo una semana más entender que tampoco la novela podría crecer más. La abandonó sin llanto, dueño en apariencia de sus facultades. Él mismo le comentó a Milena un jueves que se tomaría el viernes para buscar otro tema y empezar de nuevo. Era claro: ninguno de sus alumnos había hecho esas revelaciones, en dos meses. La sustancia, lo que había escondido en Bert, estaba saliendo por fin a la superficie del pantano. Tras cada semana, Milena iba sintiéndose más embriagada por la posibilidad de que Bert se estaba recuperando. “Un escritor nunca deja de ser un escritor”, se decía.

Pasaron cuatro meses tranquilos, con un estira y afloja normal, que parecía devolverle a Bert la confianza en cada intento. De cualquier forma, aquello era escribir, intentar y fracasar, intentar y fracasar. Bert no corregía, cuando hallaba una traba en la trama destruía todo y empezaba con otra historia. Milena temió enfrentarse al peligro de los mil arranques buenos que muchos alumnos con un talento excepcional presentaban pero nunca pasaban a algo más. Pero entonces llegó, rumbo al final del cuarto mes, un miércoles quizá. Bert salió con diez cuartillas nuevas. Esta vez, en lugar de irse a dormir a su cuarto, fue al jardín y se sentó en un lugar desde donde se veía la sala. Milena comenzó a leer y luego del primer párrafo, se detuvo. Volvió a leerlo. Respiró con calma y entonces no se detuvo sino hasta que concluyó el primer capítulo. Tragó saliva. Se levantó, se sentó, volvió a leer de corrido. No dijo más y salió al jardín a sentarse con Bert. Ya vería el día siguiente. El viernes Bert apareció con tres cuartillas. Milena las leyó y sólo las puso junto a las otras. Durante

el fin de semana no hizo mucho caso, pero esperó con impaciencia la llegada del lunes. El primer día, diez, el segundo ocho, luego dos, y una y al final quince. La novela era la invocación de un tiempo mejor en el que varios personajes se desvivían por quedarse a vivir en el lugar donde habían nacido, librando varios obstáculos y revolucionando sus maneras cotidianas para lograr una convivencia armónica. Pero el lenguaje, el punto de vista, la parsimonia de una estructura que iba abriéndose paso por el drama y sobre todo el narrador, una especie de patriarca bucólico y deslavado que en su interior guardaba celosamente la simpatía de un niño, eran deslumbrantes. Desde las primeras tres cuartillas lo conocías y parecía que lo sabías todo de él y lo comprendías. Había una ternura que despertaba en cada frase y una imposición de su mundo interior que embrujaba la narración. La novela estaba ahí. Milena Betancur sintió un miedo terrible, como si la pata de un elefante estuviera a punto de aplastarla y sus brazos no alcanzaran a protegerla. El terror provenía de la idea de que esas veinte cuartillas podrían destruirse fácilmente si Bert no entendía que debía insistir por ahí. Entonces, para evitar la catástrofe, ese fin de semana, el primero nombrado victoria, le dijo que, hiciera lo que hiciera, no cambiara de historia. Bert la miró casi con compasión, como si le hubiera dicho una verdad sabida. Ahora entre los dos podían más los silencios que las amenazas o gritos de antes. Bert debía seguir escribiendo y ya.

La semana siguiente Milena decidió no leer sino hasta el viernes, luego del proceso. Cuando Bert le dio el último puñado, Milena integró todo y vio que eran unas diez cuartillas. Las leyó como si fueran dos, como si el aire se le acabara proporcionalmente al avance. Eran una maravilla, ya no sólo estaba el narrador posicionado del todo sino que hablaba de esto y de aquello con una desenvoltura total y espantosamente certera. Milena empezó a tratar de entender el milagro. Comparó esa narración con los trabajos anteriores de Bert Boonstra y encontró una evolución deliciosa. Ahí estaba el primer Boonstra pero también el último, sus fracasos y sus virtudes juntas. Era bellísimo ver cómo aquel cruzamiento entre defecto y virtud se volvía una sola pasta que relataba un mundo nuevo y expansivo. Ahora otros personajes comenzaban a sobresalir, pero domeñados por la voz líder. “Putá madre”, se decía Milena en silencio, atormentándose por no poder gritarle a Bert que era un dios, un ángel hermoso escribiendo, acribillada por la necesidad de callarse todo eso que no alcanzaba a entender pero que era. Ahí estaba todo Bert Boonstra resumido, como si tantos años de silencio hubiera macerado su estilo, sus temas, su manejo inusual del tiempo y ahora sintetizaran toda su obra en una novela final. Y así fue día

a día, semana a semana, sin que aquella pareja hablara de los progresos y sólo se arrinconara en esa especie de ternura que ahora había entre los dos y los hacía verse como una pareja de novios tiernos y primerizos. No tuvieron sexo, pero no hacía falta ni le importó a ninguno. Fingían que aquella presencia entre ambos no existía e iban hacia delante con el mismo vigor con el que la novela avanzaba.

Con la serenidad del logro, Milena fue prestando más atención a los defectos de la novela: había repeticiones imposibles, cruces de información que contradecían las acciones y un desarraigo del estilo en ciertas zonas que debía ser trabajado. Pero lo importante, esa voz de mando del narrador, estaba ahí y eso era toda la novela. Ahora, mientras Bert escribía, Milena iba, en secreto, corrigiendo los pasajes flojos entre capítulo y capítulo, y poniendo al día formas que parecían ya viejas y no dejaban lucir la trama, sobre todo en los cierres de capítulo. Pero lo hizo con calma, como un asesino con sangre helada que sabe su profesión y, a pesar del fuego cruzado, logra controlar su pulso para disparar y no fallar. ¿Qué título le pondrían a todo aquello? ¿Aceptaría Bert los cambios en la trama y los sucesos que podrían mejorar la historia? Y algo de lo que nunca habían hablado comenzó a atormentar a Milena: ¿Aceptaría Bert publicar aquello? Desde la cuartilla treinta Milena entendió que esa novela sería un salto olímpico en la obra de Bert, lo pondría en la boca de todo mundo, lo sacaría del abismo. De esa novela iban a hablar muchos lectores, y mucho tiempo. Pero ¿Bert Boonstra aceptaría eso?

Algo interesante de la enfermedad de Bert Boonstra, que Milena descubrió en aquellos meses de escritura, pero no quiso mover porque la novela estaba progresando bien, es que esa condición podía tratarse con medicamento. En un plan general, el fluido intracelular, citoplasma, de las células nerviosas de Boonstra hacía cortocircuito si funcionaba de manera “natural”. La medicación neutralizaba las zonas opacas y luminosas que se mezclaban. Lo curioso es que Bert no tenía ninguna intención de recuperarse. Aquella desmemoria era la puerta de salida a un cáncer que, en los últimos años, lo hacía beber demasiado, exaltarse en poses soberbias todo el tiempo y ser, básicamente, un “pendejo megalómano”. Casi nadie lo sabía, pero Bert había intentado suicidarse. Era demasiada la atención sobre él. No podía escribir con tanta exigencia, y el peso de sus libros publicados lo asfixiaba. Al entender el mecanismo de su enfermedad de sentirse seguro y cómodo cuando se “iba” y volvía con el medicamento (luego de jugar y experimentar de manera controlada) supo que la enfermedad no lo llevaría a una nulidad en cuanto a sus características vitales. Sólo se trataba, si se miraba bien, de un exilio espiritual al que su propio organismo, por

azares genéticos o funcionales que no alcanzaba a entender, lo había orillado de manera alegre. Aquella presión espantosa de ser “un gran escritor” con la que los últimos años se atormentaba y que lo había anulado podía desaparecer. Bert Boonstra era un feliz hombre mentalmente enfermo.

Los días finales de la escritura, Milena lo sabía por el desarrollo de la trama, iban sucediéndose como pequeñas y finas piezas de dominó, y el temor creciente de la mujer fue que alguna de ellas no encajara, sobre todo, con el final. ¿Cómo terminaría todo aquello Bert Boonstra?

Un lunes Bert apareció en la puerta de su estudio y se quedó ahí. A Milena le desconcertó la falta de pisadas que eran habituales y que llegaban hasta la sala. Primero los goznes de la puerta del estudio y luego el silencio. Entonces Milena se levantó, ya tenía la pila de unas ciento cincuenta cuartillas en la mesita junto a su sillón, listas para el final, y se asomó. Vio a Bert ofuscado, como un búfalo de agua majestuoso pero dudando entre atacar o salir huyendo. Un búfalo ante un león. Fue hasta él y se le quedó viendo y lo acompañó en su silencio. El hombre adelantó otro manojito de hojas, Milena lo tomó y sintió el grosor que le permitió calcular veinte o treinta cuartillas. Se quedaron así, Bert sin soltar y Milena sin propiciar la salida de ese final que, quizá, sería maravilloso. El hombre la miró con todo su cuerpo y espíritu y comenzó a llorar. Pero ya no se parecía a ese llanto de niño indefenso de las primeras veces. Ahora Bert lloraba como un hombre que ha terminado su hazaña, siente los músculos destruidos por el esfuerzo y necesita ser recompensado porque sabe que la satisfacción de las extenuantes jornadas que forjaron su triunfo se ha ido. Se abrazaron como una pareja de amantes que se reencuentra y entonces Bert soltó el final. “¿Lo leo ahora?”, le preguntó Milena y Bert le dijo que sí. Entonces ambos caminaron hacia la sala, Milena se sentó y durante quince minutos se quedó en silencio. Era un final convincente pero poco eficaz, incluso estaba trunco. Era bello pero opacaba el resto de la novela, como si el giro final fuera el vistazo de una manada desbarrancándose y no la elevación de cientos de caballos alados como hubiera esperado Milena. Pero nada estaba mal. Tenía arreglo. Como Milena había sido una fiel estudiosa de aquella historia, incluso había presagiado el verdadero final que, trabajando un par de días, podría construirse en medio de la maleza sin podar que eran esas últimas cuartillas. Así, con ese conocimiento, Milena decidió coronar a Bert Boonstra con las palmas completas, se levantó de un brinco y comenzó a gritar

por la sala: “lo hicimos, lo hicimos, se acabó, se acabó, la novela es hermosa, la puta novela es hermosa y potente” y entonces se dirigió a Bert Boonstra, que como si estuviera graduándose y necesitara guardar el decoro, sonrió de una manera pulcra y feliz y le dijo que era la persona a la que más había amado en toda su vida. Las cuartillas completas, enormes, como un animal que ha corrido triunfante hasta la meta y resuella primario y bestial desde la gloria de su jinete, reposaban en la mesita junto a una taza de té y a un plato con cinco galletas de jengibre.

¿Qué hace que un escritor, sobre todo un novelista, persista durante meses o años en su intento de terminar un libro, o bien, si es más ambicioso, de crear una Obra que le sobreviva? Quitando de en medio el asunto de los deseos individuales que vienen desde el corazón o las tripas y fustigan al autor a seguir, aun con el aura de misterio que envuelve su futuro, donde quizá no encuentre ni editor ni lectores ni ninguna recompensa a su esfuerzo, “porque el mero hecho de terminar no es una recompensa duradera, casi siempre”, decía Milena en el primer tomo de sus diarios, es efímera y al siguiente día ya estás de nuevo caminando en círculos dentro de la jaula”, ¿qué más hay? Basándome en esos dos primeros diarios de Milena, donde hay más menciones al asunto de la creación, más bien, del miedo a la creación en solitario, los datos me pueden decir que la recompensa, además del reconocimiento, de la gloria literaria (vivir en la memoria de los lectores) y de otros tantos galardones, la verdadera recompensa es establecerse dentro de esa tribu fatal que es el medio literario. Y establecerse tiene dos vistas: estar adentro o estar afuera, por decisión propia. Porque hay escritores que se afanan por años en estar afuera, marginándose a propósito con comentarios sobre la “mafia literaria”, el “todos los concursos están arreglados”, y “debes ser amigo de los editores para publicar”. Así, se dedican por años a escribir, a llenar libretas o discos duros con historias que sólo les interesan a ellos, que no tienen más que un contacto amateur con el Otro. Al escribir dándole la espalda a la tribu literaria superan el miedo aterrador a nunca haber sido llamados y morir a solas con sus manuscritos en un cajón. El escalón máximo lo obtienen los autores que gozan de un reconocimiento de la tribu y ya cuando están dentro, desertan (como Salinger, Pynchon, etcétera) y se envuelven en el aura de rechazar a la tribu mientras maman de sus ubres a distancia, con un dispositivo de indiferencia que es real y los nutre. A veces dejan de escribir, a veces dejan de publicar y, quizá, en algunos casos, esa indiferencia es real. Son escritores reconocidos que viven a diario con sus demonios

y ya nunca regresan de su exilio. Pero hay otros que viven en los márgenes por decisión y desde ahí, en ese aparente silencio (porque siempre hay voces) escriben. Y lo hacen bien. Pero al cabo de cinco, diez, veinte años, toman el teléfono (o escriben un correo electrónico) y le hablan a sus editores, les envían el manuscrito y resulta extraordinario y son publicados. Se esconden de las entrevistas, de la prensa y de sus lectores y vuelven, en apariencia, a su encierro. Pero ya plantaron su simiente afuera, adentro, y continúan su proceso de creación en soledad mientras en la fiesta son mencionados continuamente. Este es el gran mérito, el gran logro, porque se distinguen con elegancia de los otros miembros de la corte, de la tribu, que conviven todo el tiempo, se esmeran en lo social y los recuerdan porque, secretamente, admiran esa capacidad de no comerse el bocado completo. Pero el no comer pastel dentro de la fiesta, dice Milena, no quiere decir que desprecien esos pedazos. Los van guardando en la alacena de su ego, los van acumulando hasta un día final: donde les revienta toda esa azúcar y se suicidan o mueren en la gloria.

“El problema del medio literario es el mismo de dios con la iglesia: la dirigen los hombres. Así, la mayoría de las veces, la literatura queda supeditada a lo que un puñado de hombres (y mujeres) decidan: este año, presagian, las novelas de cien páginas fructificarán, la novela de la violencia, la novela de Frankenstein, la mezcla de ensayo y cuento, etcétera”, escribió Milena en sus diarios.

Por eso, además del interés que incluso en la última parte de su diario parece salir a flote y negar lo inicial, a Milena Betancur le intrigaba y atraía la tribu literaria y sus procesos. “El chisme literario es lo que mueve la maquinaria, quién se acostó con quién para ganar un premio, quién dejó a quién para comenzar a escribir novela, quién abandonó a su familia o inició una nueva, o quién se peleó en las páginas de una revista con alguien para provocar atención o rumores. Rumores y más rumores, conseguir el escándalo del año y revisar los entresijos era la pasta fundamental que se comentaba desde los cocteles al inicio del ciclo o las fiestas en las ferias del libro a su final. La tribu sobrevivía al aburrimiento contándose reiteradamente las mismas historias y gozando con su renovación. Una nueva pelea, una nueva relación o un nuevo rompimiento eran motivo de celebración en aquellas reuniones y se esperaban más que la siguiente novela de esa autora brillante, a menos que la publicación de la novela incluyera historia secreta a revelarse”, escribió Milena Betancur en el primer tomo de sus diarios. Esta primera parte, sobre todo los tomos uno y dos, porque ya en el tercero se notaba un cambio, hablan de miedos inconfesables cuando poco a poco Milena se iba acostumbrando al olvido en el que vivía. Me interesó mucho esa

evolución pero situaba a Milena en una posición mediocre y lastimera. ¿Esa preocupación constante, al menos confesada así en los diarios, era parte del odio hacia Jaime Abril porque él sí había logrado entrar a la tribu? ¿Que un alumno suyo hubiera entrado dejándola atrás sin llevarla era el verdadero motivo de ese enojo?

Todo esto viene a cuento porque me doy cuenta de que cuando reescribes la vida de alguien te apropias de él. En un principio me había prometido borrar para siempre toda esa parte (la primera que escribió) y desinstalar a Milena Betancur de esas reflexiones, me parece, sin cuerpo ni sentido, que la revelan sólo como alguien frágil, preocupado por la “tribu literaria” y no, como siempre trató de ponderar, por una escritura íntima que el tiempo pondría en su verdadero lugar. Es cierto que El escándalo (al que estoy por entrar en breve) que ella misma propició buscaba eso: reconocimiento en vida, integración con la tribu, pero la Milena de los últimos tomos del diario era alguien que a pesar de sus odios (Jaime Abril) y sus miedos (el no reconocimiento) continuó viviendo de la manera paciente y serena que les pedía a sus alumnos. Cuando decidí reescribir de memoria sus diarios (recuerden que quemé los tres primeros), ante el miedo de que los nuevos descubrimientos a los que me llevó la pista de los colibríes y la llave oculta en el jardín, de un quinto tomo del diario y dos manuscritos de novelas (ese último diario estaba completamente dirigido a Bert Boonstra), pensé que modificar un poco las raíces y matices de los deseos de Milena le haría bien al recuerdo de la mujer que en tantas tardes y noches fue mi compañera en este aislamiento compartido. Ahora siento que aquella imagen de las primeras veces, desarrollada por esa ambigua ternura y solidaridad conmigo, ha cambiado un poco. Milena Betancur es para mí como aquel pariente con el que viviste una temporada y del que al paso del tiempo y cuando se han distanciado descubres innumerables pecados que, después del golpe inicial, comienzas a incorporar a lo que siempre te pareció incompleto pero no lograbas describir cabalmente. ¿Pero es Milena Betancur ese verdugo de su propia vida? ¿Es Milena la mentira perpetua del deseo inconfesable? ¿Es realmente ese terror a ser nadie o esa envidia putrefacta que no la dejó escribir una obra memorable?

Milena siempre hablaba de las “zonas muertas” de las novelas, que en la mayoría de los casos revelaban las obsesiones francas o mostraban al autor frágil y humano, al contrario de ese ser todopoderoso de la narración central. La zona muerta era el error de las buenas novelas, el error a propósito. La asimetría creativa en un mundo en apariencia redondo. ¿De qué forma leerá Bert Boonstra esta zona muerta? ¿De qué forma me leerás, Bert, si no me conoces y no sabes, quizá, el demonio de la

curiosidad y el cariño que me han hecho redactarlas? ¿De qué manera tomarás todas estas revelaciones de tu esposa, del amor de tu última vida, escritas por un desconocido que insiste en que son reducciones o síntesis de esos cuatro diarios de los que en realidad sólo, y aún no estoy seguro, podrás leer uno? ¿Habrá rabia e impotencia cuando leas esto y querrás vengarte de mí por quitarte esa materia espesa de todo lo que hablaba Milena? Milena Betancur sabía que la leerían aunque, supongo, no sabía quién. Había una especie de locura, la que propicia la soledad, donde comentaba que a varios hechos y personajes les había cambiado el orden y el nombre para que nadie la acusara de nada. Tenía miedo de ser vista pero quería ser vista, ya lo he dicho. Estoy seguro de que en ningún lado encontraremos un: “Cuando esté muerta, destruyan esto...”.

Por mi parte, yo sí tengo un destinatario, sé quién me leerá y para quién escribo. Bert, aquí he contado más o menos lo apegado a la realidad porque lo fui cotejando con notas y crónicas periodísticas, además de algunas columnas de varios protectores inútiles del medio literario. No puedo contarle su propia vida a Milena, una vida que no me entregó pero me fue contando en silencios y luego el azar me trajo en forma de diarios. Pero ella ya lo sabe, y está pérdida de la ilusión en la que caí luego de leer sus diarios me hacen dejarte ese legado, Bert. Como si fueras mi pequeño alumno y te quisiera compartir que yo también conocí bien a Milena Betancur. ¿La conociste tú así, Bert?

Para un escritor, decía Milena, lo más difícil, debido a que todo lo crea en silencio, reproduciendo una y otra vez discursos, planteamientos de ideas, narraciones en su cabeza solitaria, es callar ese mundo y darle voz al otro, a las otras voces y percepciones con las que se construye un mundo literario. Intuir el punto medio entre lo profundo pero obtuso de una conciencia y lo plural y expansivo de tres, cinco o más conciencias es el verdadero don que los más jóvenes deberían pedir. “Escribir es tratar de imponer la descripción del mundo propia a los demás”, decía Milena. Y eso, creo, es lo que he tratado de hacer.

No es de mi interés, Bert, pero sí me ha sorprendido lo que a ti: que además de las pasiones que distintos escritores despertaron en Milena, su interés no declarado son los sucesos del medio literario, sus altas y sus bajas, sus protagonistas y sus zonas de asco o perdición. No la literatura. Al principio, en ningún lado aparece Milena construyendo las redes profundísimas de la tradición o definiendo momentos o lo que sea.

Pero sí existe un ejemplo de lo que ella consideraba como modelo de escritor a

seguir y, quizá, al menos parcial o completamente, como se quiera ver, lo consiguió: Macedonio Meneses, ese amigo tuyo del que hiciste tu mejor novela. Ella dice que tú comentabas todo el tiempo estar cansado de las historias fantásticas donde alguien afirma haber leído una obra maestra desconocida que al final se perdió, que otro fue testigo del legendario último apretón de manos entre dos escritores que nunca volvieron a hablar. Abundan en el medio literario historias magníficas que todos saben y son fomentadas por el afán novelesco de tantas piezas literarias frustradas que, ansiosas por no morir, encuentran en los incautos la inocencia para creer que fueron ciertas, que la historia literaria conocida pudo haber sido de otra forma (mejor, quizá) y alienta la esperanza en el joven aprendiz de escritor o en el fracaso de un escritor que no triunfó una posibilidad de que la realidad cambie de una forma milagrosa. Esto alivia el espíritu porque todos podríamos ser los autores desconocidos a los que descubren por su grandeza, aunque hayan muerto. Triste esperanza. Y, lo dice en sus diarios, Milena se sentía tan unida a Macedonio, tan comprometida con ese fracaso, que llegó a odiar esa historia.

Milena confiesa que un día te preguntó sobre esos lectores, esas frases de sus libros citadas en películas o, incluso, hasta en la letra de una canción de un grupo de rock que creía tener su parte “artística”. Todo este mundo era desconocido para Macedonio Meneses y, en consecuencia, para ella. Milena temía que jamás escucharía o vería una obra suya retomada en una película o en medio de una trama, donde el director o guionista, como homenaje, ponía en manos de sus personajes tal o cual libro. A lo que voy es que Milena Betancur jamás llegó a saber qué se sentía que alguien más que lectores cercanos (familia, amigos y, sobre todo y tristemente, alumnos) piensen que tu obra es deslumbrante pero el resto del mundo no haya escuchado ni escuchará jamás ni tu nombre ni tus libros. Esa noción de que una obra tuya sea incluida en un homenaje en la obra de alguien más era una caricia que Milena jamás entendería o visualizaría como propia. Para ella, esas situaciones no eran o idealizaciones comerciales o inventos. “Inventos”, decía. Pero en sus diarios, confiesa, los deseaba para ella.

Tú sabes, Bert, que a Milena le interesó por un tiempo ganarse la reputación de escritora seria. El único problema es que a pesar de sus peleas en columnas (muchas veces con Jaime Abril), de sus respuestas ácidas en entrevistas, “este lugar me debe todo en cuanto a enseñanza de la literatura”, de las promesas a sus amigos editores, “lanza mil ejemplares y prometo que todos los que han sido mis alumnos lo comprarán; lanza más, y si pagamos publicidad entre ambos, podríamos ganar alguna

notoriedad”, o la búsqueda de conocidos con cierto éxito, “estoy buscando alguna beca o un premio nacional, podría compartir el dinero”, no generaba ningún movimiento. La gente, los verdaderos lectores, seguían sin conocerla.

Milena confiaba mucho en el asunto de la edad, decía reiteradamente que había decenas de escritores que habían empezado tarde y habían triunfado. Tenía la esperanza de que al llegar a los sesenta años un brote de genialidad chorreará de su espíritu o cerebro o corazón y la arrebatará de sus maneras convencionales y la hiciera escribir algo que la encumbrara.

Los autores menores: “esa manada gris del fracaso”, los nombraba nombrándose. ¿Sabías todo esto, Bert, y no hiciste nada al respecto? ¿O Milena siempre te lo ocultó?

Con lo que no contaba Milena (pero sí Jaime Abril e, insisto, quizá de ahí el odio) es que tener ambición literaria, fijarse una meta alta (aunque al principio parezca ridícula) y exagerar los fracasos y minimizar los triunfos era parte de la construcción propia de una carrera como escritor que pudiera ser reconocida. Como tarde y tristemente entendió Milena, minimizaba los fracasos y maximizaba los triunfos. Su hambre literaria nunca rozaba el juego: “quiero ser mejor que John Cheever”, “quiero ser recordado”, “quiero que me lean”, esa ambición literaria infantil y casi inocente que, sin embargo, es base de los grandes sueños, de las grandes hazañas. Para Milena todo era muy serio, muy solemne. La literatura no debía mancharse. Los escritores no debían competir. Escribir desde ahí (decía Milena en sus diarios), jamás soñar como un niño en publicar y que te lean miles o millones o ser Julian Barnes o Martin Amis o Ian McEwan: famosos, ricos, brillantes, talentosos. Sólo deseando “escribir bien”, algo tan abstracto y aburrido que le daba la espalda a las pasiones humanas, el pasto seco donde prende la llama. El fracaso se volvió amargura en Milena Betancur. Sobre todo cuando todo ese juego de ser famoso de Jaime Abril se concretó. Milena nunca iba a saber si no lo consiguió por falta de talento o porque no aprovechó las oportunidades, cuando más joven, para colocarse. Pero ese “quiero ser como John Cheever” es vital y le faltó. Ella quería una fama literaria de porcelana y nunca terminó de aceptar que casi todas las famas literarias son de coca cola con chispas de chocolate, en el mejor de los casos. Algunas mañanas, cuando pasaban un par de días de uno de sus escandalitos literarios que ya todos habían olvidado pero iba poco a poco ensuciando su reputación, Milena pensaba que no lo estaba haciendo del todo bien.

Tú, Bert Boonstra, a lo mejor siempre quisiste ser Bert Boonstra y no otro.

Milena Betancur nunca entendió (o quizá sí) que además de predicar por una literatura bien hecha, que rasque el interior de la vida de los hombres y esté bien escrita, hay cientos de matices por considerar para la pertinencia y el juego en grandes ligas. Ella odiaba el concepto de “competencia literaria” confundiéndola con “competencia editorial”. “Por qué necesariamente tu siguiente libro debe ser diez veces mejor que el anterior, por qué someterte a ese tipo de presión”, le gritó un día a Jaime Abril en una presentación. Para Milena era un asunto más misterioso, confiaba en que si uno trabajaba su obra en silencio, como un artesano de la belleza, la obra, con reconocimiento o no, sobresaldría. Y eso era cierto, es cierto pero en ciertos niveles altísimos de creación, casi siempre con los grandes maestros o los genios: que escriben una obra mayor a contracorriente de todas las convenciones. Milena, para bien o para mal, era una intrigante figura menor, no genial. Sus lecciones aplicaban para los genios, no para ella.

¿Le habías oído decir todo esto a Milena Betancur? Y lo pregunto reiteradamente porque en sus diarios nunca consigna que estos temas los platicara contigo o tú le dieras luz. Quizá no te los decía porque respetaba tu enfermedad, porque sabía que eras un sobreviviente a todo eso, que lo habías dejado atrás. Pero, según sus diarios, aún le dolía no entender todo esto, este era el verdadero mundo interior de Milena y quizá por eso te obligó a escribir esa novela maravillosa que le entregaste.

Muchas veces me he puesto a imaginar cómo habría sido la otra vida de Milena Betancur más allá de lo que dicen sus diarios o los chismes que pueden hallarse en internet. Sobre todo me interesa la última semana, desde que abandonó los diarios hasta que murió y la encontraron como un perro muerto atravesado en la carretera, toda inflada, rodeada por una aureola de sus orines y con la quijada abierta y el rostro reventado por la desesperación de su estertor final. ¿Las muertes solitarias son más terribles? ¿Durante aquellos minutos finales, cuál habrá sido su mayor preocupación? ¿La asfixia o lo que sea que la mató, los dolores, o la imagen completa de todo esto que acabo de transcribirte entero invadiendo el espíritu de una anciana precoz que muere sola y abandonada por el mundo y por ti, la persona que supuestamente más la había amado? La reiteración de Milena de todo este mundo, esta tribu, que a mí me parece de lo más amargo y soberbio y me repele era el verdadero monstruo de Milena. Tú pudiste salvarla o, quizá, la salvaste y ella se empeñó en volver.

Sólo tengo una pregunta para ti. ¿Por qué, sabiendo todo esto que acabo de escribir, repito, o no sabiéndolo pero adivinándolo por la insistencia de una mujer en tu regreso a la tribu, le exigiste tan pasivamente y le repetiste tantas veces la

propuesta de que fuera ella quien firmara esa novela, aún en manuscrito, con la que habías salido de tu estudio y prometía ser tu gran obra? ¿Qué te llevó a decirle que a ti todo ese mundillo ya no te interesaba, ni los lectores, ni volver a publicar algo y por eso, a ella que sí (entonces sí sabías que a ella le interesaba tanto) le vendría bien ese salto olímpico, esa entrada triunfal a la historia de la literatura? ¿Por qué le diste ese regalo si te correspondía a ti? ¿Qué te hizo dárselo, o abrir una luz en tu entendimiento, supuestamente cegado por tu enfermedad, para que ella finalmente asumiera la autoría de ese manojito de páginas aun cuando, como dice Milena en sus diarios, se opusiera con tanto tesón? Si entiendo esa parte que no encuentro por ningún lado entenderé completamente la historia.

Una disculpa por, hasta ahora, cambiar la dirección y dirigirme a ti. Pero ahora que reviso mentalmente lo que recuerdo, voy encontrando más pistas y descubro cosas. Según los diarios, Milena te había dicho que no pero seguiste insistiendo. La imagino muchas tardes o noches, ahogada en las dudas, debatiéndose entre lo correcto o las consecuencias de aceptar. Pero no había obstáculo posible. Habitualmente, cuando ocurren esas cosas, el único obstáculo es el autor relegado por otro que le roba la idea o la obra. Pero, en este caso eras tú, el autor, quien le ofrecía ese botín tan jugoso, único, que equivalía, no sé, a un millón de dólares en billetes de cien. ¿Tú sabes por qué al final Milena Betancur aceptó? Pienso que en algún momento los roles cambiaron, que de ser el prisionero obligado a escribir todos los días, como una Sherezada amarga, te volviste el captor y con tu nueva autoridad recompensaste los tormentos a los que te había sometido con el dulce bocado de la autoría. Dejando de lado lo que tú y yo sabemos (quizá nadie más; o ¿lo habrás olvidado, como olvidaste toda tu obra?), el anzuelo traía la carnada indicada. Mi único interés, quizá, es entender si tú lo hiciste de manera consciente o fue el miedo u otra cosa, la negación de lo que habías hecho, lo que te motivó a esa propuesta, casi obligada, que, lo sabías, ella tomaría por ser como un naufrago triste y condenado. Milena cuenta que fue un fin de semana, quince días después de que terminaste la novela y luego de discusiones en las que pusiste un ultimátum: “firmas tú esa novela o la quemo”, cuando aceptó. Puso condiciones: trabajaría el estilo hasta cambiarlo por completo, cambiaría algunas escenas a su gusto, a veces sin respetar tu intención, y le cambiaría el título. Tú le habías puesto algo como *Viento* que a ella le pareció una referencia cursi hacia lo bucólico de la obra. Ella eligió un título que, aunque a duras penas refería la trama central, era más bien un homenaje a ustedes dos: *Mimesis*. Una sola palabra que, dentro de su ambigüedad, revelaba aquel purgatorio dentro de la que fue

escrita y su resolución final. Milena dijo que sí no sin vergüenza, parecía una niña que, aun habiendo hecho una travesura, aceptara la propuesta de su compañero de clase, que la amaba, de echarse la culpa ante la profesora. Y así fue. Dijo sí y a la mañana siguiente se sentó en la cocina, se puso el manuscrito a un lado y capturó la novela en un archivo electrónico. Fue una semana frenética en la que no hablaron. A veces Milena hacía una pausa para que salieran a cenar, pero la mayoría de las ocasiones se sumergía en ese estado hipnótico que tenía el aura de la verdadera creación.

Ese ritual fue necesario para que Milena Betancur se creyera la representación. Prácticamente, según sus diarios, reconstruyó el estilo, confiriéndole ese tono de bisturí abriendo carne que era muy suyo y toda su literatura tenía. A las ciento cincuenta o más cuartillas iniciales, Milena aumentó cincuenta. Aun contraviniendo su naturaleza, que le dictaba siempre quitar más que agregar, decidió que un narrador efectivo debía inmiscuirse a cada momento en la vida de sus personajes. Y así lo hizo. Cuando acabó, lloró en el hombro de Bert como una joven que está por irse de casa. Abrieron una botella de vino que reservaban para el siguiente Año Nuevo y se fueron a dormir sin mirar atrás, como si un largo viaje hubiera terminado y no existiera la necesidad de hacer memoria porque las miles de fotografías de la travesía contaban la historia en silencio resguardadas en la cámara.

Todavía el lunes en que Bert se había propuesto hablarle a su viejo editor, Milena dudó. Pasó la mañana platicando con Bert (¿notas, Bert, cómo has pasado a ser un personaje más y te olvidó por momentos? Es sólo que esto de escribir, me lo decía Milena, te toma por sorpresa y se posesiona de ti) y, ya metida en su personaje, planteando posibles escenarios ante un periodista que lograra rastrear el estilo de Bert, o la comparara y descubriera el engaño. “No hay engaño, no hay crimen porque no estás robando nada. Esa novela es tanto tuya como mía. Jamás la hubiera escrito si no es por ti. Y ahora, en este momento de salir a la superficie, te he cedido los honores que, en mi caso, son horrores y tú, por amor, aceptarás las balas por ambos. Yo ya no tengo fuerza para enfrentarme al mundo. Tú sí”, le decía Bert para calmarla y complacerla. Milena Betancur lograba, entonces, olvidarse de que, aunque las evidencias del crimen estuvieran muy ocultas en el alma de Bert, su amado, aquella novela no era suya. Sin embargo, luego de flagelarse, terminaba pensando en todo eso como un escaño que debería completar para, después, comenzar a mostrar lo suyo. “Tómalo como un escaparate, en un año o dos que esta novela haya pasado, podrás publicar algo nuevo y tuyo”, se convencía a sí misma con mayor o menor éxito. “Es

como los autores que aceptan ganar un premio con una novela mediocre pero temáticamente comercial y usarán ese trampolín para, posteriormente, ya que tienen todos los ojos sobre ellos, darles a los lectores algo que valga la pena”, dice en alguna parte Milena sobre aquel engaño.

El editor, con mucha reticencia, le dijo a Bert que, por la amistad y por los años de gloria pasados, leería el manuscrito de esa autora que tanto lo estaba entusiasmando. “¿Te la estás cogiendo? Pero eres un anciano”, le preguntó. Bert Boonstra quedó en enviarle la novela esa misma semana y prometió darle tiempo y no atosigarlo con una respuesta. “Si pasan seis meses y no te he escrito, llámame. Antes no”, sentenció el editor. Todo este juego, que a Bert le parecía nuevo aunque incómodo, y no recordaba de su vida anterior, el estira y afloja con los editores, la duda, la falta de confianza anterior a ser publicado, no se lo contó a Milena. Sólo resumió la parte del envío y que deberían ser pacientes.

¿Recuerdas el día que el editor los llamó de vuelta? Milena escribe en sus diarios que luego de cinco timbrazos contestó y una voz desconocida preguntó si era ella. Ante un “sí” tímido, durante diez minutos, un hombre que a duras penas lograba controlar su emoción y al que la voz se le quebraba por la falta de aire, comentó todas las virtudes de la novela. Hacía preguntas y desarrollaba los elogios para culminar en tres segundos de silencio al que sucedían más frases y alegrías. “¿Pero usted ha publicado algo antes?”, “¿Desde cuándo escribe usted?”, y más preguntas del editor, que Milena respondía con monosílabos, tímida como nunca y temblando hasta el punto de tirar la bocina un par de veces, “¿sigue usted ahí?”, preguntaba entonces la voz masculina. Cuando aquel discurso terminó, Milena no supo qué decir. Se quedó callada y trató de tapar la bocina para llamar a Bert pero su voz nunca salió.

Milena transcribió en sus diarios la mejor parte: “Estas cosas ya no pasan en la actualidad. Me refiero a encontrar libros así. Es curioso cómo los libros se escriben sólo para que sobrevivan una temporada. Son un éxito si venden en seis meses cinco o diez mil ejemplares. ¡En seis meses! Hay personas que tardan seis meses tan sólo en leer un libro. Esa lentitud no importa. Somos millones, si treinta millones compraran el libro y se tardaran seis meses en leerlo y luego compraran otro, alguien se salvaría. Si publicáramos cincuenta o menos novelas al año, pero unos cien millones las compraran, el problema estaría resuelto. Pero ahora, como se escribe para la temporada, a la larga cansa, se vuelve repetitivo porque, entonces, los autores deben escribir y escribir y publicar y publicar y se gastan y truenan. Si escribiéramos para durar, si publicáramos para durar, como ha hecho usted y como yo voy a hacer con su

libro, el libro rebasaría esos seis meses y seguiría (como el suyo lo hará) vendiéndose por años. Pienso que su novela está hecha para durar. Sé que al principio no volará por los aires, porque los lectores están adormecidos, pero será algo maravilloso en un futuro cercano. Pretendo lanzar su novela con diez mil ejemplares y esperar, lo sé, una reimpresión pronta y podría arriesgarme con veinte mil. ¿Tiene usted un agente literario? ¿Podría interesarle esta propuesta?”.

Y entonces, justo cuando el editor esperaba respuesta, Bert entró a la cocina y Milena pudo al fin gritar, dejó el aparato colgando y abrazó a su amado. El editor creyó que había ocurrido algún accidente, pero luego entendió y apuró a Milena para que recuperara la comunicación. Milena respiró hondo, tomó el auricular y comenzó a hablar. Agradeció los elogios y las observaciones; dijo que estaba interesada y que la emoción se adueñaba de ella. “¿Le parece vernos en mi oficina en unos días y cerrar el asunto? Tendré listo el contrato.” Luego de unas palabras de cordialidad colgaron. Milena estaba exhausta. Tantas emociones en pocos minutos la habían dejado sin una actitud y ni siquiera los miedos de días anteriores aparecieron en el horizonte. Para ella, el asunto había concluido. Sólo temía que el editor los ignorara o, lo peor, que aquella llamada en lugar de traer noticias buenas fuera de reproche por el engaño. Milena temió hasta aquel día que el editor, o alguien, se diera cuenta por un guiño mal remendado o por un giro idiomático de Bert Boonstra y el teatro se revelara por fin. En lo oculto, sin confesárselo a Bert, Milena estaba parcialmente segura de que, a pesar de su miedo, aquello no ocurriría. Después de todo, aunque Bert era un autor conocido, sus libros y sobre todo su mundo literario o su estilo no eran una novedad que los editores tuvieran frescos en la memoria. La literatura de Bert Boonstra era un dinosaurio extinto en una isla perdida en los confines del mundo. La verdad, la nueva verdad, estaba ahí: un editor estaba interesado en su novela, al fin y al cabo ella la había reescrito y le había puesto el toque mágico, quitándole ese tono añejo y medio arcaico de Boonstra, y la historia había quedado al día, renovada y saludablemente actual. Su novela, estaba ahora segura, retumbaría en medio de la tribu y haría que todos sus miembros voltearan a verla. Aún sin firmar el contrato, aún sin esos diez mil (¡diez mil!) ejemplares circulando, aún sin el ejército de lectores que estaban por llegar, sólo de la mano de aquella efusiva llamada de un editor, Milena Betancur saboreó la entrada a la gloria literaria. Era una exageración, lo sabía, la novela podía ser un fracaso o no llenar las altas expectativas de la editorial y de la tribu. Pero esa

escena, la llamada inesperada de un editor importante, la existencia de una novela, la posibilidad del reconocimiento y los clarines anunciando que aquel manuscrito era muy bueno, le dieron a Milena algo que hacía mucho tiempo había visto morir en su corazón: la esperanza, la ilusión de que podría ocurrir ese milagro que todos los escritores en ciernes esperan y por el que día a día meten las piernas en el fango de la incertidumbre creativa.

Muchas personas, según declara Milena en sus diarios, quieren saber los detalles alrededor de la publicación de un libro, de una novela, qué dice el contrato, “¿cedes los derechos por diez años?”, las reuniones con el editor, las juntas previas con los equipos de diseño y marketing de la editorial, “¿escoges tú la portada?”, y, sobre todo, los días del lanzamiento, con todo y entrevistas (hasta diez al día) durante un mes que, para quienes no han estado ahí, representa el nirvana literario.

Para Milena el mecanismo empezó tres meses después de la llamada. ¿Cómo explicar la ansiedad que despierta esa espera en un espíritu ávido de realidades concretas? Cada mañana era un aguijón. Abrir los ojos y pensar que nada era cierto o, lo peor, que en cualquier momento recibiría un mensaje con una explicación neutral para agradecerle por las molestias y para quedar a sus órdenes para una próxima propuesta. La mayor fuente de la desesperación venía de estar participando en una competencia ajena, como si fuera dueña de un caballo en la pista y no pudiera hacer nada para que corra más rápido, sino confiar en la elección de su jockey. Cada día estaba más insegura del libro, a la menor provocación corría a revisar el archivo y siempre detectaba una nueva errata o entendía que había una mejor posibilidad para decir algo o mejorar una escena. El miedo la detenía para escribirle al editor y alertarlo. Se dio cuenta de que su amplia experiencia como escritora y maestra difería de las habilidades necesarias para pasar el tiempo en que el editor trabajaba el libro. Su novela, ya era suya para entonces, era un ser deforme, un bebé que había nacido a destiempo y ante la falta de oxígeno había quedado idiota. Este tormento lo enfrentó a solas. Perdida la rutina de la escritura con Bert, levantado el castigo de “entra a ese estudio y no salgas hasta no tener una novela”, la relación con él se volvió difusa. Ante la expectativa, ya no sabía estar con él. Mientras Bert conservó la rutina de los desayunos con jugo de naranja e insistía en salir al parque a caminar, Milena no lograba recuperar el paso resuelto y trató de recluírse en la lectura o en el repaso monumental de películas en un intento por olvidar su ansiedad. Hablar con Bert, ver a

Bert le recordaba, primero, el pecado y luego, la alta responsabilidad que en cualquier momento podía convertirse en una amarga pesadilla. Ante él fingía una tranquilidad que le producía más tensión y lesionaba sus nervios. Milena se encerraba en su habitación, leía novelas históricas-románticas o cualquier material que la alejara de una lección de literatura que no estaba dispuesta a seguir. Temía encontrar un tipo de narrador, un tipo de estilo, otra estructura que derrumbara los sueños de su literatura. Ahí fue cuando se identificó con Calvin Kentfield, muerto en 1975, cuya biografía literaria parecía el anverso de la vida literaria de John Cheever, uno de los autores que disfrutaba con Bert Boonstra. Primero encontró *The Great Green*, las memorias de Kentfield de su vida como marinero, luego del poco reconocimiento que consiguió con sus dos o tres primeros libros. Este hombre con mujer e hija pequeña mantuvo una relación más o menos cercana y secreta con Cheever, quien vio cómo se iba degradando: de la joven promesa literaria a un avejentado hombre sin dentadura y desgastado por el mar y el fracaso. Milena encontró *The Great Green* con su megalómano subtítulo: *A Loose Memoir of Merchant Marine Life in the Middle of the Twentieth Century with Examples of True Experience Being Turned into Fiction* al lado de la novela *All Men are Mariners* de 1962. Primero llamó su atención que no recordaba haber oído de él o de sus libros nunca; además cada uno de esos libros no sonaba mal, es decir, lo que dictaba la cuarta de forros contrastado con una hojeada a su principio, medio y final daba cuenta de historias interesantes, con una prosa decente y con un par de menciones de Cheever en la solapa que prometían algo más. Calvin Kentfield, revisó luego Milena en internet, había luchado toda la vida contra el alcoholismo y una sexualidad difusa, apartada de una heterosexualidad impuesta por la sociedad. Esos datos no le dijeron mucho pues, lo sabía, Cheever había pasado por lo mismo. ¿Por qué los libros de Kentfield, incluso siendo amigo de Cheever y haber gozado de su impulso, no permanecían más que en la polvosa biblioteca de un viejo desmemoriado como Boonstra? Leyó ambos libros preocupada más por hallar las pistas para ese obvio olvido de la historia que para completar la trama. Los libros la aburrieron. Sí, el estilo, la estructura, la historia estaban bien, mucho mejor que en los libros sobre los que Milena despotricaba todo el tiempo: “las mesas de novedades son mesas de vanidades inútiles”. Enseguida comparó esos dos libros con el suyo. Eran mejores. Al menos su intranquilidad le señalaba eso, aunque exageraba. Ni siquiera el cobijo al pensar que el libro era de Boonstra, es decir, tenía la calidad comprobada de Boonstra, ni los elogios del editor lograron calmarla. ¿Cómo podría ser mejor que un autor que había publicado en *The New Yorker* y había vivido en los

tiempos de las grandes figuras literarias? Recuperar el control fue su tarea diaria, pero tratar de entender por qué fracasan unos y por qué triunfan otros la ponía mal. ¿Estaba mal obsesionarse con eso considerando que muy probablemente la publicación de *Mimesis* era el último intento de ser leída por alguien más que su círculo de amistades y ser reconocida más allá de su espacio local? ¿Estaba mal soñar un poco con la fama literaria? Recordaba que, a la par de otros muchos escritores, John Cheever había pasado buena parte del tiempo pensando en ello. “I dream that my face appears on a postage stamp”, había escrito el autor meses antes de escribir uno de sus cuentos más famosos, “The Swimmer”. Y entonces un aire patético soplaba de frente y se decía sin externarlo: “Es que yo no soy John Cheever” y entonces se daba cuenta de que los cuatro párrafos (quizá más) donde en la biografía de Cheever aparecía Calvin Kentfield eran lo que realmente le correspondía a ella si se ponía al lado de, digamos, Bert Boonstra, incluso ahora en su precario estado de disfunción funcional. Entonces, cuando la locura estaba a dos pasos de invadir la mente de Milena, una llamada, un mensaje o una señal llegaban para aliviarla. “En una semana te mandamos las pruebas de la novela”, “he recibido cuatro propuestas para la portada pero ninguna me gusta”, “me parece un logro mayor lo que hiciste en la segunda parte” y entonces Milena salía de su encierro, abrazaba a Bert y le pedía que salieran a cenar. Ya desde la tranquilidad recuperada, Milena solía acostarse imaginando distintos escenarios de reconocimiento social, fiestas en donde alguien la descubriría y todos empezaban a aplaudir, o entrevistas importantes en donde pudiera destrozar a Jaime Abril. “La literatura que hacen tipos de cuarta como, por ejemplo, ese tipo de la novela cursi.” Ahora sí, en poco tiempo, ya publicada, ya con éxito, podría, si su agenda se lo permitía, retomar la batalla con Abril sólo para divertirse un poco. ¿Qué podría hacer un joven escritor con cierto éxito contra una lumbrera literaria como ella?

“El momento en que tu editor te habla es el detonante para que el mundo se detenga y, luego de un respiro necesario, todo empieza a girar a tu alrededor. Entiendes que eres el centro de ese escenario, la razón de existir de la editorial, de tu editor, de tu familia”, explica Milena en el tercer tomo de sus diarios. Así que al lado de esta emoción, la idea de que el mayor logro literario de Calvin Kentfield fue ganar suficiente dinero con sus relatos para viajar durante un año por Europa y el mayor logro de Milena era haber encontrado a Bert Boonstra (y las derivaciones de esa relación) pasaban a segundo término.

En sus diarios, Milena cuenta con una devoción tortuosa los días siguientes.

Contrasta esta minuciosidad con los resúmenes o saltos temporales para obviar situaciones o como una manera de no sostener la atención en cosas sin mucha importancia. “No puedo negar que grité como una niña cuando recibí las primeras pruebas de la novela”, confiesa. Temiendo, de nueva cuenta, que la sugerencia de muchos cambios trajera consigo un arrepentimiento del editor, fue justa y certera con los que propuso. Cuando finalizó esta lectura rara, “siempre es raro leer pruebas de imprenta; no tiene lo salvaje de tu borrador ni lo estático ni eterno de un libro”, se sintió plena. Lo había conseguido. Sí, en aquella formación con la tipografía de la editorial, una en la que tantos libros había leído, se encontraba amplia y saludablemente su novela. No estaba del todo usurpando un trabajo. La corrección y edición en la que tanto se había empeñado habían logrado colar grandes bloques de sus ideas sobre la condición humana. Los cambios, “notorios” escribió Milena, correspondían a una puesta al día a las partes más entrañables de sus propios libros.

En la casa de Milena no logré atisbar ningún ejemplar ni manuscritos de *Mimesis*. En internet había un par de fragmentos y dos capítulos sueltos. Pero lo que yo quería era tener en las manos el ejemplar, saborearlo, ver si en la portada o en sus materiales había algo de Milena que me sirviera para integrar a la mujer que yo había conocido con esa figura literaria en que parecía haberse convertido. Me hice de un ejemplar también buscando en internet. El precio fue alto, bastante. La página, además de la trama y un par de datos extra, ofrecía un compilado de las raíces de la fama literaria de aquella novela. La ofrecían, más que como un libro, como un souvenir para recordar la visita a un lugar paradisiacamente morboso. Me sentí raro al comprarlo, en algún momento temí que el vendedor cuestionara mi interés y traté de matizar mi emoción cuando establecí contacto con él. Tenía otros dos ejemplares, me dijo. Había adquirido cinco a la semana del lanzamiento editorial debido a la campaña publicitaria tan estruendosa y a su olfato, “sabía que ocurriría algo con ese libro, no sé por qué”. Esperé tres días para tenerlo y cuando llegó experimenté una emoción casi sexual. El ejemplar estaba un poco descuidado, no habían elegido el mejor papel aunque los forros llevaban solapa. El objeto como tal me alejó de aquella idea que aparecía en los diarios de Milena cuando el editor le había dicho que ese libro sería para el futuro. Los materiales negaban esa promesa. El tomo, un poco más grande que una media cuartilla, con una planicie blanca en la portada y un sol o una luna flotando a la derecha del título, daban la idea de relatos de la mitología nórdica. Ahí estaba el

nombre real de Milena, amplio, certero, con una tipografía elegante. La cuarta de forros resumía de manera solemne la historia, que yo ya conocía por los diarios de Milena, y grande y en blanco y negro presentaba una fotografía de ella. Sonreía mientras una mano sostenía el mentón. Sus rizos negros y brillantes hacían juego con los labios (pintados de rojo intenso, supongo). Sus ojos miraban fijamente a la cámara y eran los de una niña nueva y feliz. Ese fue un shock. No recordaba otra imagen de Milena sino la que yo había conocido en vivo: una estampa arrugada y sombría de esa fotografía. Hice cuentas y me atreví a suponer que tres o cuatro años (¿tal vez más?) habían bastado para romper el sueño y adelantarle la edad a Milena y ennegrecerla con la decrepitud en la que estaba cuando yo la conocí. ¡Milena, cuántas fantasías disueltas dejaban ver tus dos imágenes sobrepuestas en mi mente! Acaricié el ejemplar como si fuera un cachorro recién nacido, aun cuando al olor a papel nuevo lo hubiera suplantado un leve tufo a humedad. El libro estaba ahí, el origen de todo: de la estancia de Milena en aquel exilio, de mis pláticas con ella, de todos los azares que desencadenó después y quizá, sobre todo, de la inminencia de su muerte. Milena, como yo, tuvo un ejemplar como éste en la mano. ¿Cómo lo habrá abrazado cuando lo recibió? Repasé con los dedos aquella textura ahora rancia que debió sentirse fresca cuando nuevo. “La fama cuando se busca es asesina”, escribió Milena en alguna parte. En los diarios Milena no cuenta sobre la recepción de los ejemplares (¿cuántos le mandaron? ¿Diez? ¿Sólo cinco?), pero sí, antes, de la impresión que esa portada le había causado. “Jamás pensé que mi novela sólo tuviera derecho a ese manto de nieve invernal que parece matar su esencia”, escribió con enfado. De ahí en adelante hay pocas menciones a Bert Boonstra. Ni siquiera refiere Milena cómo celebraron la llegada de ese nuevo miembro del clan. Del nerviosismo y el miedo de las primeras páginas en las que abordó el tema, en cada horizonte no hubo más que un crecimiento de la seguridad de la mujer. De la recepción de su novela, a la cita para celebrar con su editor, a cenar con él y con otros miembros de la editorial, “era curioso cómo de pronto todos querían conocerme”, al que fue sin Bert, hasta el inicio de la promoción, “repetir veinte veces al día qué me hizo escribir la novela y de qué trata me parece una tortura mayor”, hay sólo alegría y del discurso que antes era maratónico y parecía no necesitar respiro, Milena pasó a una narración fragmentaria y menos densa. Los diarios parecían contener las anotaciones, no sé si mentales o en papelitos, del día a día de su arribo a los círculos de la tribu. “La mayoría de los periodistas me alabó. Sus preguntas, al menos de quienes leyeron la novela, se encaminaban a reforzar la idea de que yo había salido de pronto de la nada. Como el salvaje que llega a la

ciudad y sorprende a los comensales porque sabe usar los cubiertos. Esas maneras me incomodaron pero las consideré como parte del paquete completo”, escribió. “Mi editor es un ser tan bondadoso y parco que ahora sé que estuvo realmente emocionado cuando me habló. En vivo no dice mucho de mi libro y se la pasa haciéndome preguntas sobre mi ciudad natal”, parecía quejarse. “Para la promoción he decidido salir de casa y quedarme en un hotel. Bert me habló ayer. Se notaba angustiado y enfadado al mismo tiempo. Como si estuviera a punto de quejarse por mi ausencia pero se esforzara por contenerse. Estoy segura de que si en ese momento me hubiera pedido ir a verlo, me habría negado. Era mi momento, ese que él muchas veces había tenido y al final había rechazado. Me preocupó su insistencia por saber si yo estaba bien que, todo el tiempo, contesté con buenos modales. Colgamos cuando yo me cercioré de que aguantaría un día o dos más sin suicidarse.” No creo que el desinterés o cinismo con el que trata a Boonstra las pocas veces en las que habla de él fuera, necesariamente, una consecuencia o una prueba de que Milena quería quemar las naves para tronar los nexos con el engaño. Se trataba, conociendo a Milena, de una desesperada toma de poder o de lugar en lo que, ya lo había dicho ella, creía ser su última oportunidad. La imagino planificando cada detalle, cada entrevista, cada acción para, de acuerdo a su conocimiento de varias biografías de escritores o de historias de la tribu, era lo indicado para sacar el mayor provecho y, como caballo que va perdiendo, adelantar a todos sus competidores, aquellos que habían tenido mucho más tiempo en el juego y, al menos en ese primer vistazo, se veían más allá del horizonte, diminutos en tanto su buen posicionamiento. Cada palabra que Milena decía debía ser un imán perfecto para decenas de miles de potenciales lectores. Debía convencerlos, debía establecer, desde lejos, un vínculo con ellos para hacerles ver que ahí, en su novela, estaba algo que le agregaría algo a sus vidas y, si había suerte, se las cambiaría. A la semana Milena Betancur ya se sentía dueña de sus capacidades. Saludaba con la misma cortesía del principio a la recepcionista de la editorial, bromeaba con los editores y llevó de manera natural ese nuevo manto de autora famosa con el que algunos la recibían. “Pocas veces un libro causa tanto revuelo acá y entre los periodistas como el tuyo”, le dijo la directora de prensa. “Estamos contentos con tenerte.” Milena sabía que el punto de quiebre, lo había leído tantas y tantas veces en recopilaciones biográficas de Balzac, de Fitzgerald, de otros, estaba en el manejo de aquella atención excepcional. Si la aceptaba de manera, digamos, humilde, y la sacaba a pasear como a un perro al parque estaría bien. El terremoto empezaría cuando se colocara sobre los hombros aquello y lo paseara como si se tratara de una

estola de zorro. Un periodista, después, tituló su nota: “La fama, una estola de zorro muerto”, refiere Milena.

La primera solapa del libro refería una biografía parca y casi convencional. Un par de datos de nacimiento, dos menciones a su bibliografía, ahí estaba, por supuesto el nombre portentoso de su primer libro de cuentos, pero lo que más la llenaba de orgullo era la mención de: “Esta es su primera novela publicada”, como si aquella referencia en un libro de una editorial tan importante le otorgara un título de grandeza humilde. Estoy seguro de que para Milena sostener aquel ejemplar, o una pila de ellos, fue como el descubrimiento de otro planeta. Incluso yo, ahora, puedo levantarme y sacar el libro de uno de los cinco librerías que ya tengo (gracias precisamente a que Milena sembró en mí esta pasión) y sentir lo mismo. Cuenta Milena que el regreso a casa fue necesario y armonioso. Agradeció ver a Bert Boonstra y volver a dormir con él. Lo curioso, cuenta Milena en sus diarios, es que Bert no hizo ninguna referencia a lo que estaba ocurriendo, como si no existiera. “¿Te parece poca cosa lo que sucede?”, le preguntó al quinto día una Milena enfurecida, quizá, por la revolución de volver al tedio, y haciendo referencia a múltiples cosas. A esa apatía de ambos, a la publicación, al silencio del propio Boonstra. “Pero luego de entender que de eso, también, se trataba el juego, de que Bert no quería participar, dejé de preguntarle tonterías”, se disculpa en algún momento Milena.

La autora publicada en una editorial de prestigio Milena Betancur regresó de la batalla como un titán. La confianza en ella misma y en su literatura fue tal que desenterró un par de manuscritos, los revisó y los pasó por la trilladora. En sus diarios cuenta que a las dos semanas ya estaba sentada, ahora en el estudio de Bert, y había comenzado la planeación de una nueva novela. “Aunque tengo cinco en mente, creo que sólo sirven tres”, confesó. Además de la energía que le sembró todo esto, el avance de una sorpresa que le dio su editor (“Hay noticias de Frankfurt y son totales”, le había dicho), Milena se convirtió en el pilar de la casa, de nuevo, pero ahora con pleno derecho, hablando de posibilidades de traducción, de venta de derechos, de que si el mercado europeo se mueve más lento que éste pero tiene figuras más importantes, de si en Alemania se leería bien *Mimesis* o de que salvo un par de menciones en internet nadie había reseñado aún, cabalmente, la novela. “Siempre hay un silencio antes de la llamada del editor o, en este caso, de la llegada de las reseñas buenas y malas. No te desesperes. Cuando llegue la primera continuarán todas”, le dijo una mañana Bert Boonstra a Milena. Fue el único consejo literario que su esposo, autor consagrado y olvidado, le daría.

Lo más escandaloso para mí fue que en esos meses (seis) desde la publicación de *Mimesis* hasta la reseña de Jaime Abril, Milena asumió el papel de una condenada a muerte y escribió reseñas, artículos, comentarios, a veces de desprecio, contra miembros selectos de la tribu literaria. Quizá deseaba ganar notoriedad, pero también fue una especie de venganza desde dentro. Podía hacerlo y la gente la escuchaba. Primero, repasó a los autores de su generación. Fue tratando de hacer una cartografía donde descartó a la mayoría y salvó a cinco. Después, habló de la generación siguiente, donde estaba Jaime Abril, y a él lo trató con una indiferencia total y hablando de “esas novelas menores y comerciales” y, quizá en un arrebato de madre dolida, respaldando a otro autor que, temáticamente, era competencia de Abril. La gente contestaba, nunca Jaime Abril, y eso servía para llenar los espacios en blanco de los días posteriores a la campaña de prensa del libro, cuando el autor percibe cómo el león que ha cazado empieza a apestar. Nadie unió los puntos para entender que la mayoría de los textos, directa o indirectamente, trataban sobre Jaime Abril.

Por fin, luego de décadas de anonimato, por fin era alguien y pensaba capitalizar cada minuto de fama, involucrándose en cualquier actividad, acción o idea que hiciera que su nombre alcanzara, aunque viajaba a velocidad luz, a su novela. Autora y libro.

Uno va al baño y cuando sale, su vida ha cambiado. Así le pasó a Milena una mañana. Habían pasado unos seis meses desde la publicación de la novela de Milena Betancur y la siguiente etapa, se lo había dicho su editor (luego del presagio de Boonstra), eran las reseñas. Llegaron quince o veinte bastante buenas, y otras más, cumplidoras, fruto de una lectura rápida y sumergidas en tantos elogios que las volvían banales. Reivindicaciones fútiles, etiquetas sin estilo pero con ganas de agrandar. Un par más eran en contra, pero básicamente señalaban problemas menores magnificados, “¿cómo es posible que la autora renuncie a hablar de la crisis social actual para sumergirnos en un mundo ajeno, fuera de este país y con problemas de clases sociales altas?”, que no pasaban a mayores. La sorpresa que le cambió la vida a Milena la acribilló por teléfono, en voz de su editor, fue la reseña que le dedicó Jaime Abril en una de las principales revistas y guarida de la tribu principal del medio literario. Para Milena fue como un vistazo al salto de un delfín en medio del mar, cuando después de unos meses, por su relación con Bert, por la salvación que le había llegado publicando, no se había esmerado ya en seguirle la pista a Jaime Abril. Había preferido irse por la negación y arrancarlo de su vida a pesar de que de vez en

cuando pensaba en él. “Sólo ve a tu correo y léela. Te la acabo de mandar”, le dijo su editor y le colgó. Fue un golpe directo a la nariz. Debía ser una reseña catastrófica si ameritaba una reacción así (violenta, helada) de su editor. Pensó en Abril, en que esa sería una perfecta venganza. Enfrentarlo ante el gran público. Pero controló esa impresión inicial porque, más allá de señalamientos casi sociológicos, no había fisuras en el armado de ese aparato literario bien construido que había tenido muchas revisiones. ¿Diría algo sobre su relación con Boonstra, sobre el secreto con Boonstra? Quizá el anciano en su demencia había abierto la boca de más, había querido reafirmar su autoría en un café o en algún coctel, aunque Milena estaba segura de que ya no asistía, mientras ella estaba de viaje. Bert estaba en la casa. Lo fue a buscar y ni siquiera pasaron cinco minutos cuando Milena entendió que por Bert no se había sabido del engaño. ¿O quién sabe? Sólo podía cerciorarse leyéndola. Pero, también pensaba Milena, ¿qué sería lo más grave que pudiera ocurrir? Al final, con una declaración mediática de que la habían escrito a cuatro manos y por humildad (o algún motivo de esos que les gusta a la prensa) al minuto final Boonstra había retirado su nombre. Algo así, pensaba Milena, podría salvar la situación. “Nadie había robado nada”, escribió.

Ahora me gustaría entrar en la última zona muerta de esta historia, recuento de acciones y situaciones, debería decir. Referiré otro cabo suelto. El asunto de los colibríes, el último tomo (resultaron cinco) de los diarios de Milena y mi encuentro con sus tres últimos manuscritos de novelas.

Uno no husmea detrás de los envases de cartón del jugo de naranja de los muertos. En el refrigerador, al morir, Milena dejó dos (que yo mismo tiré a la basura; qué cosa reveladora habrán tenido escrito) y dos más en el garage con el resto de la despensa. Era una simple nota dirigida a su hombre la que estaba en uno de los envases: “Bert, la memoria está en los colibríes”. Dos semanas después, cuando vencí el miedo de volver a entrar a la casa y mientras trataba de encontrar “algo más” que los diarios que había encontrado el mismo día de la muerte de Milena en la caja, hasta abajo, donde estaban los ejemplares de su libro de cuentos, vi esos dos envases gemelos colocados y simétricamente alineados juntos a latas y frascos de mermelada y recordé la insistencia sobre el jugo que había encontrado en ciertos puntos de los diarios. Tomé los envases, les di la vuelta y ahí estaba. No había más pistas. Reflexioné respecto a ese mensaje durante una semana. Quizá hubiera descubierto a qué se refería si otra imagen y noticia no lo hubiera camuflado en mi atención: en la nota Milena se refería a Bert y esta era la única mención directa, refiriéndose a él, que yo había

encontrado. Casi lo convocaba, como si estuviera segura de que Bert iría a la casa. Eso me alarmó por muchos motivos. Ante la muerte de Milena (que yo consideraba una mujer sola y, luego de leer los diarios, exiliada) no había pensado en avisarle a nadie. Luego, tras la lectura del diario, había pensado en buscar a Bert pero tampoco quería ser parte de todas esas revelaciones y secretos y me quedé tranquilo pensando que la noticia moriría pronto (como si una muerte no moviera hilos finos en el universo). Ahora, ante esa pretendida certeza de Milena al colocar la nota, empecé a temer que el hombre llegara en cualquier momento (avisado por un último correo electrónico de ella, una llamada final). Mis miedos eran dos: como saben, yo había encontrado, leído y quemado los diarios de la mujer. Y no tenía idea de a qué se refería con eso de “los colibríes”. Quizá era un escondite donde Milena había guardado otros diarios (estaba claro que el descuido para esconder los cuatro primeros parecía arrinconarlos a que fueran descubiertos por mí) u otros textos donde, horror, hablara de mí y de sus últimos días.

¿Cuánto tiempo debe pasar para que una expareja se entere de tu muerte y vaya a cerciorarse o a reclamar cosas?

Cada tarde y noche volví a tratar de desentrañar ese nuevo misterio. Entonces, ante la desesperación, recordé que una vez Milena me había dicho que en la terraza (donde nos habíamos conocido) cuando llegó había visto y odiado uno de esos mecanismos para alimentar colibríes, que van soltando agua roja y azucarada. Me contó que al otro día lo había arrancado. Ahí debía estar la pista. Fui corriendo y hallé parcialmente lo buscado: una llave envuelta en papel y plástico adherente. El papel de la envoltura era una nota que me llevó al descubrimiento de una caja de seguridad en un banco. Aquel enigma me pareció exagerado y contradictorio por la desfachatez de haber dejado los cuatro tomos de los diarios de manera tan, supuestamente, descuidada. Luego pensé que aquel aparente descuido era para ponerme una trampa. Hallar los primeros cuatro tomos y esperar alguna reacción en mí.

La caja de seguridad contenía un diario dirigido completamente a Bert Boonstra y tres manuscritos de novelas.

Hasta ese momento había decidido que si alguna justicia había que hacerle a Milena Betancur era extraer unos párrafos del inicio de su primer tomo (que había conservado) y juntarlo con el último tomo, el que me parecía más fuerte y profundo, donde había logrado una voz que, aunque reconocía su fracaso, lograba rescatar de entre las cenizas lo suficiente para mandar un mensaje de aliento a los lectores que,

como yo, estamos siempre ansiosos de libros que nos cambien la vida o contribuyan a soportar esta existencia que poco a poco nos va desmoronando. Pensaba, como un sueño, publicar (no tenía ni idea de cómo) ese último tomo con ese inicio falso y quizá cambiar la imagen podrida que allá afuera tenían de Milena Betancur.

¿Pero, en serio, pretendía equilibrar todas las imágenes de Milena en una o reivindicarla? ¿Quién era yo para reivindicar a una persona así de famosa?

Yo sabía que Milena no era nada más que su odio-amor por la tribu. Sus sueños, temores, ilusiones, amarguras y todo de una u otra forma tenían que ver con la tribu o con sus integrantes: como si su personalidad y su vida fueran una rémora y su individualidad un vago sueño concluido allá en Canadá, en su primera juventud, una temporada rancia y triste.

El poco tiempo que conocí a Milena, seis o siete meses en encuentros tres veces por semana, esa charla amena sobre el mar, la vida citadina, libros, películas y sobre que la existencia era efímera y bella me dieron la impresión de una mujer recompensada por la vida. Me extrañó su soledad, sí, la ausencia de conexiones con el mundo. Pero la acaramelada y segura articulación de sus movimientos me permitía ver que había ganado y perdido suficientes batallas para no sentirse nostálgica ni eufórica por los climas efímeros.

Pero el tormento de su diario, la confesión sobre el desparpajo ante la muerte y su alienación con la tribu daban cuenta de otra Milena ajena a la que cada tarde se sentaba en el patio trasero de su casa prestada a ver el atardecer. Qué bien tenía oculta la ansiedad. O no, porque estoy seguro de que eso la había matado.

Depende del nivel que tengas es el nivel de tus fantasías. Si eres un escritor de medio pelo con libros publicados por editoriales universitarias es raro que sueñes con compra de derechos para cine, traducciones, regalías importantes o premios renombrados, lo confesaba en el quinto tomo Milena. En lo que sueñas es en la noche de tu presentación y en que beberás mucho y hablarás mal de los otros escritores, algunos tus alumnos, que se han vendido y les va mejor que a ti. Sueñas con, quizá, ganar por sorpresa un concurso que, además de dinero, te dé la publicación en alguna editorial comercial. Sueñas con ver tu libro en una librería de la Ciudad de México con que una revista independiente te pida un texto aunque no pueda pagarte ni nada. Tus aspiraciones son menores y por un tiempo te va bien con ellas porque, quién sabe, todo podría cambiar un buen día, hasta que de pronto ya estás muy viejo y sabes que no ocurrirá. Este párrafo casi es la síntesis del último tomo de los diarios de Milena, que es aterrador. Es el relato pormenorizado de sus sueños destrozados.

Hay dos cosas más en el último diario de Milena.

Una es el relato patético de su fiesta de lanzamiento. Milena pidió que la fiesta se realizara en el mismo edificio donde había conocido a Bert Boonstra. De pronto ya estaban las invitaciones y el mar parecía abrirse para que el evento sucediera. Decidió invitar a varios de sus conocidos de su ciudad local y a varios más con los cuales había tenido un acercamiento en los últimos meses. También pensó que sería buena idea reclutar al ejército de alumnos que había tenido durante años. Encontró a varios, llamó por teléfono a los más cercanos y al resto les envió la invitación por correo electrónico. Habló por teléfono con sus hijos y les explicó que serían invitados especiales para la presentación que en un mes se realizaría en su ciudad. Desde hacía varios meses la relación con ellos prácticamente no existía. Fue una mezcla de indiferencia, “un escritor con hijos es un escritor muerto”, escribió en algún momento, y de un sistemático convencimiento de parte de Lucas. “Su madre nos abandonó”, se enteró Milena que les había dicho. No era importante. De últimas, Milena sentía un desapego fruto de sus éxitos presentes y ni siquiera la nostalgia materna, “esa ballena que se traga todo”, que la acometía de vez en cuando, fue suficiente para que se esforzara en retomar la relación. Mientras estuviera en la casa de Bert Boonstra, con él, mientras ambos estuvieran escribiendo y con mucha mayor razón después, había un orden y una presunción de vivir dentro de una fortaleza eterna. Le daba tristeza, sí, pero por fin tenía el camino libre para representar lo que siempre quiso. No era una mala madre, pensaba. “En unos años, cuando estén más grandes, lo entenderán”, escribió. Su editor estaba feliz con la fiesta y mandó poner a la entrada del salón (en el penúltimo piso de un edificio alto) dos columnas de libros para que como elefantes de mármol recibieran a los invitados. El ritual, el acto protocolario, se pensaba corto. Unas palabras del director editorial, una mención del editor y un discurso breve de parte de la autora. “Con breve me refiero a cinco minutos”, le dijo el editor. El resto sería deambular por el salón, chocar las copas con cuanto invitado le saliera al paso y asentir de cien maneras distintas para agradecer, de cien maneras distintas, las felicitaciones y elogios. Para ese momento, se presumía, ya muchos habían leído el libro. Así que, le dijo el editor, debía esperar comentarios más extensos sobre la obra, sobre todo, de decenas de admiradores (entre ellos un par de reseñistas y un puñado de escritores) que ya los habían adelantado en pláticas previas y casuales pero que, sin duda, encontrarían en aquel escenario el marco ideal para celebrar a la autora. “Vendrán dos autores fuertes de nuestra casa y quizá uno más que anda de visita”, le dijo el editor, y cuando oyó los nombres, aun cuando había despoticado

contra uno en una reseña, se sintió complacida y magnífica. “Te quieren conocer.” La mañana y tarde del día de la fiesta fueron como una ola que la asfixió. Preparó un vestido desde temprano, comió poco para eliminar esa sensación tosca que los días tensos siempre le daba y eligió con calma la vestimenta de Bert. Comieron en silencio, él, concentrado en la sopa casera y en una noticia menor que había ocurrido en un país extranjero, y ella viéndose la desazón en la punta de los dedos cuando temblaban. “Te irá bien”, dijo en algún momento Bert y eso pareció distender un poco el ambiente, como si con ese comentario el hombre le diera permiso para disfrutar un evento que pudo haber sido de él. Cuando faltaba una hora, se subieron a un taxi y Milena no pudo alejar de su mente la idea de que había olvidado algo en la casa.

El recibimiento no pudo ser mejor. Alguien del área de prensa la esperaba abajo, los acompañó y al llegar les fue mostrando la disposición de las islas de comida, la inmejorable vista que ofrecía un ventanal gigante y de nuevo un repaso a los posibles asistentes. “Han llegado un poco temprano, pero el director avisó que viene para acá.” Entonces la joven los abandonó en una esquina disculpándose para ir a verificar que todo siguiera en orden. Milena se sentó en un sillón al fondo del lugar y vio a Bert deambular como un colibrí gordo sin decidir fijar su atención en un lugar en especial. Ahí estaba ella, con un vestido negro y entallado que la obligaba a sumir el abdomen más que de costumbre. Cruzó los brazos y admiró la carne bajar y atrincherarse como una bolsa de agua estrellándose contra el suelo. “Un abrigo hubiera tapado mis brazos”, pensó y se cobijó en la estola ligera que le caía por los hombros (“La fama, como estola de zorro muerto”). Bajó la vista de nuevo y vio dos conejos gordos y sin pelo sobresalir de sus zapatillas. A veces cruzaba una pierna y movía de lugar la bolsa de color oscuro. Parecía que cualquier superficie era resbalosa o desigual y sus movimientos rápidos, como de pavo campestre, no ayudaban. Se sintió mal consigo misma y se regañó por caer en esos pensamientos de mujer común. Ahora era una autora en portentoso ascenso. Bert regresaba a la base con un bocadillo en las manos, lanzando migajas, y Milena se sobrecogió con esa exageración de su vejez. Bert parecía actuar, y ocurría cada vez que salían, y llevar a un extremo casi ridículo sus movimientos torpes o sus olvidos, como si de esa forma se rebelara. Milena prefirió dejarlo estar y le perdonó su afición a desequilibrar su presencia de esa forma. Vio el reloj en medio del salón y respiró asustada porque faltaba poco para el espectáculo. Llegó uno y luego llegaron todos. De pronto el lugar estaba medio lleno y Milena, que había permanecido sentada en el rincón, camuflada, decidió levantarse y circular antes de que alguien la reconociera enfrentada a esa timidez abismal. “Beatriz Mella”

(su nombre real), le dijo un periodista que recién la había entrevistado. La abrazó y le preguntó si esa noche regresaría a su ciudad. “Ya vivo acá desde hace varios meses”, contestó. Enseguida llegó otra persona desconocida y otra más que la rodearon. Estaban expectantes. Ella comenzó a sonreír nerviosa y dejó que el periodista condujera la plática. Respondía y trataba de calentar motores. “Ahí está mi autora”, escuchó a su espalda y al volverse encontró al director editorial. Se saludaron con un abrazo y entonces la rescató. “Quiero decirte que tu novela me gusta mucho”, le dijo mientras la conducía del brazo por el salón. A su paso, entonces, fueron apareciendo escritores, editores y periodistas. Fue saludando como la reina de un concurso de belleza y trató de evitar pensarse a sí misma en medio de todo. Respiraba y metía la imagen de su libro en su mente para que la protegiera. De entre un grupo salió su editor, quien celebró el encuentro y la felicitó una vez más. “Héctor Carral te quiere conocer”, le dijo y, como el director había ido a saludar a alguien más, la llevó ante él. Milena lo saludó y quedó sorprendida de que no la reconociera. Carral había sido amigo de aquel autor de quien ella había sido su protegida y le había ayudado a escribir esa novela que le había dado tantos premios. El hombre, de setenta años y con un aura de campeón, sin bigote y con la piel tersa como la de un bebé, la felicitó y le dijo que había recibido ya su libro. Primero Milena no quiso hablar, aturdida por ese desaire o por esa desmemoria, pero luego, al saber que aquel pasado estaba demasiado lejos y Carral la había olvidado por completo empezó a celebrar la noche y agradeció su presencia. “Podríamos desayunar la semana que viene”, le dijo Carral, pero Milena no supo si era en serio. Cuando se fue, el editor le explicó que Héctor Carral ya había leído la novela y había platicado durante quince minutos de ella con él, pero que también había pedido discreción y silencio respecto a eso porque, antes de emitir cualquier comentario público, quería conocer a la autora. “Me parece que alguien que escribe así debe ser muy mala persona”, le había dicho al editor. “Pero ahora estoy seguro de que cambiará de opinión”, le dijo. Milena Betancur se sintió incómoda, sobre todo porque había perdido de vista a Boonstra y temía que de pronto apareciera masticando pan o con el saco manchado de vino.

Algo curioso que Milena confiesa y aparece como un fragmento tachoneado en el diario es el momento cuando, del brazo del director editorial y de una amiga editora de éste, un escritor de calibre se acercó a felicitarla, le dio la mano, le dijo que su novela “prácticamente era una obra maestra” y la invitó a un viaje que “todos” realizarían a Londres. El único inconveniente es que durante toda la conversación el autor de calibre se había dirigido a la amiga gorda del director editorial, creyendo

que era Milena.

Abajo de esa anécdota y tachado casi por completo, Milena escribió: “soy una vulgar desconocida”.

“A mis enemigos les deseo su envidia, que la cultiven, pero no que sepan cómo trabajarla artísticamente”, escribe Milena Betancur que le dijo un día Jaime Abril en una presentación de libro donde coincidieron. Cada cierto tiempo, por amigos en común, se veían en alguna cena o en eventos locales. Milena odiaba encontrar a Abril en esas circunstancias porque el otro, cínico, sin un dejo de carga de sus rencillas, la saludaba efusivamente y, a veces, hasta la abrazaba y le deseaba buen año. Ella era más dura y trataba de distanciarse. Pretendía mantener un tipo de código moral que no se extinguía ni siquiera en los actos sociales. Milena daba vueltas saludando a quien la reconocía y entonces lo vio. Caminaba, alto y como si estuviera vestido para ir al cine después, sin someterse al mismo protocolo que ella. Al fin y al cabo, pensó Milena, él estaba en su medio y justo así parecía comportarse, aceptó. Se saludaron. Ella se impuso sonriendo e irguió toda la vanidad justa del momento. Era su fiesta y él, acaso, uno más de los invitados. “Felicidades”, dijo Abril y la abrazó. Milena no agrega más. No contó si en un momento deseaba que Bert Boonstra se acercara. Lo curioso es su interés en narrar meticulosamente el resto de la noche. Reprodujo las palabras de todos y metió un añadido, quizá lo había escrito lejos de sus diarios y al final sintió pereza en transcribirlo, de su propio discurso. En él, repasa en minutos la historia de la literatura nacional, desde sus orígenes, el gran Moby Dick de la revolución mexicana, el rompimiento, luego la vuelta de tuerca de Rulfo hasta terminar en la generación de medio siglo. Ahí estaban todos, con sus obsesiones y vericuetos, con los tratamientos en torno de lo mismo. Milena trató, en el mayor acto megalómano de su vida, incluso más que poner su nombre en la novela de Boonstra, de hacer una cartografía para dejar los espacios en blanco al final que el público conocedor llenaría. En sus más oscuras imaginaciones traía a cuenta que alguien diría su nombre y alguien más gritaría “¡viva *Mimesis!*!”. Pero no ocurrió. Hubo un silencio breve, como de desconcierto, y luego alguien aplaudió y entonces todos estaban ya aplaudiendo. Milena abrazó a sus editores y al bajar, al contrario de lo que pudiera pensarse, se sintió purificada. Bert se acercó con una copa de vino, tratando de ofrecerle un buen semblante. Milena lo vio completo, a ese armatoste de pellejos y carne huesuda. Sintió vergüenza. Hizo el recuento desde aquella vez en que se habían conocido hasta ahora y le pareció que en medio estaba lleno de bruma espesa. “Disfruté esa noche como ninguna otra en mi vida. Fui feliz durante cinco meses hasta

que me llamó el editor con la noticia de la reseña. Fingí a medias que me sorprendía. Me sorprendió, sí, pero aunque sabía el fondo del texto no supe ni imaginé su forma. Pasó así. Y esa es la historia del resto de mis días.” Y de esa forma, escueta, sin himnos de ángeles ni vueltas heroicas ni melodramas ni fantasías irresueltas, Milena Betancur terminó el quinto tomo de sus diarios. Lo final ahora sí. No hay forma de abundar en ciertas partes de las historias de la humanidad ni de confrontar sus zonas muertas. Ahí acaba todo.

Pero dije que había dos cosas más en el último tomo y sólo referí, aunque fue lo más espectacular, una. Milena terminó su vida con tres manuscritos de novela. Aunque había tirado dos (¿o uno?) e intentado iniciar otro más, la realidad es que entre su vida anterior, entre su largo periplo para rescatar del rincón más oscuro del espíritu de Bert su última novela, Milena Betancur se había puesto a escribir. Al terminar los diarios, cuando conocí la historia completa, una vez que el quinto diario confirmó lo que los cuatro primeros sólo insinúan, que había quemado y luego reescrito las ideas principales y mientras esperaba en la casa de la playa, a unos metros de donde Milena murió, a Bert Boonstra (yo estaba seguro, como ella, de que aparecería un día) leí en un mes las novelas. Para ese momento yo era un lector consumado. Como nadie se había hecho responsable de las cosas de Milena y los administradores pensaban que debían vaciarla (por alguna cláusula de control en el contrato y ante el desconocimiento de que la muerta era esposa del dueño), yo me había quedado con unos mil libros que conformaban su biblioteca. ¿Ya revelé eso o lo estaba guardando para después? La casa donde Milena Betancur estaba exiliada era de Bert Boonstra esa misma que con sus rentas lo mantuvo tanto tiempo y se convirtió en la última exigencia de Milena al abandonarlo. “Me das esa casa o me suicido”, fue su amenaza. Pero esa historia va después.

Cuando tuve aquellos engargolados, con una pasta verde y fea como cubierta, medio doblados y gordos como ratas apretadas en la alcantarilla, sentí por primera vez el gran peso de la encomienda. Si mi primer impulso era el remordimiento, el miedo de recrear el perfil aproximado de lo que había dicho Milena, y luego fue la prolongación de la curiosidad, el morbo, y después, probablemente, la familiaridad con la que todos los días iba a la computadora a pasar mis apuntes de la jornada (mi memoria funciona a chispazos inesperados) en los que recordaba de a poco y que me hizo sentirme como alguien útil por primera vez en la vida, ahora, extenuado por la

hazaña, supe que mi ser no podría contener tres grandes textos que eran como una extensión, un último aliento de la vida contrariada de Milena. Y, por lo mismo, por ser su voz extinta la que me hablaría, por seguir en guardia para resolver un poco esa vida desintegrada (que, debo confesar, en algún momento se volvió mi vida), seguí. Traté de acometer esa lectura como si fuera algo primigenio y yo no tuviera antecedentes, fingiendo que todas estas palabras de ahora no existían. Es difícil dar un dictamen sobre un libro que nunca será leído. Es imposible. La misma pretensión de declarar el gusto personal es, casi, una infamia. Debo establecer que empecé a leerlos (en mi mente se conformaban como un solo manuscrito) con la intención de conservarlos y luchar, en algún momento, por su publicación. Con ellos, mi proyecto crecía. Si mi intención inicial era mostrarle al mundo o a ti, Bert, (¿pero cuánto mundo era capaz de abarcar alguien tan nimio como yo?) el cuarto diario remendado, ahora, pensé eso como un prólogo a aquellos tres libros que podrían dar cuenta de la verdadera Milena. Inocentemente pensé que encontraría una prolongación de aquella primera lectura inicial (debido a la cual estaba ahora escribiendo esto), la de su primer libro de cuentos. ¿Cómo me había cambiado la vida aquel libro de Milena? ¿Cuántos de los que lo leímos habremos experimentado algo similar? Pero realmente ¿qué experimenté? Recuerdo la epifanía, leer y darme cuenta de que toda esa orfandad de la que hablaban los cuentos, un sentirse irradiado por la premura de conseguirse un nombre, ser alguien, ser nombrado por el mundo, nos hermanaba. Hubo un silencio, no saber dónde acomodar todo aquello, ¿qué hacer, cómo usarlo? ¿Ese sentimiento y revelación eran suficientes para participar de alguna acción que cambiara mi situación para sentirme incorporado a algo, a alguna tribu, como decía Milena? ¿De cierta forma, aquellas pláticas con ella, lo habían conseguido sin que yo me diera cuenta? Lo más espectacular que provocó esa epifanía fue volcarme en la búsqueda de respuestas para cobijar la vida extinta de Milena, primero, al quemar sus diarios y luego, como un hijo arrepentido por desafiar a sus padres, reescribir todo aquello. Era un círculo vicioso.

En serio, ¿qué había pasado conmigo a raíz de la lectura de ese libro revelador? Descubrí que la pregunta es inútil. Es cierto que veía mi estado anterior (sólo habían pasado unos meses, ¿tres?) como la revoltura ósea de un dinosaurio que la eternidad encalla en un mar que ahora es desierto. Era yo sin ser yo. Lo curioso es que la lectura del libro de Milena me había hecho desear leer más, y al no encontrar más, había recurrido a otros libros. Pero la lectura de sus diarios, quizá su verdadera obra, me había hecho, sí, por necesidad al principio, querer escribir. Me desató la sed. Veo a

Milena y me veo a mí. Nos observo a la distancia conversando e imagino que ahí mismo, entre la mesa horrible de mimbre, los vasos de tequila y el rumor del mar, ocurrió todo, se planeó. Veo el libro de Milena como si fuera su mano recién cortada, paralizada sobre la tierra. ¿Eso me cambió la vida? Parecería que mi afán por encontrarle respuesta a esto tiene que ver más con asumir la identidad escritural de Milena y renunciar, como he hecho estos días, a mí. Me siento huérfano y solitario en un páramo y siento que Milena Betancur le puso nombre a ello. Siento que esta marea de palabras que surge sin cesar de mí, que no soy yo pero surge de mí, es la verdadera revelación. El libro de Milena destapó las arterias y ahora un corazón profundo revive en mí mientras mantiene a Milena con vida, atada a una cama, con decenas de tubos insertos en las zonas de dolor más agudo y con un suero goteándole para que la esperanza siga. No paro, creo, ni pararé porque eso significará desconectar esta sensación, esta manía de preservar lo que intuyo pero no conozco. O quizá sí. Digo esto porque luego de leer los tres manuscritos de Milena Betancur, de establecer un diálogo con ese estilo tan conocido por mí, por ese fraseo en apariencia convencional que va volcando algo dentro mientras sucede y reconocer claves en todas partes, un dato en la escena de allá, un Bert Boonstra acá, una ansiedad por lo que venía en la acción de otro personaje o verdades a medias que yo reconocía inútiles en la ficción y tan reales en sus diarios, y obligándome día a día a continuar esa lectura tan tormentosa porque cada página iba cayendo ante mí como soldado fusilado, supe que Milena no revelaba literariamente nada. Si algo tenía aquel primer libro de cuentos era que, contrario a las fragilidades externadas en los diarios (¡oh, pobre de mí!, ¡oh, maldita abuela y malditos perros atropellados que me dieron para comer!), las resoluciones literarias daban cuenta de una realidad expansiva y desconocida para el resto de nosotros. Ocurría un fenómeno de descubrimiento en el libro mientras, en el diario, sucedía la ficción. Luego de leer parrafadas infinitas de los miedos más profundos de Milena, las novelas me parecieron acercamientos tímidos a una realidad que la había superado. Ahí estaba, en cada cuartilla, Milena peleándose con su talento, con sus límites, con una dimensión que la había catalogado, no sé en qué momento como una autora que pasaría de largo. En las novelas aparece ese afán de viejo tahúr de adivinar al contrario, de ganarle, de saberse perdido con cartas distintas y jugar al engaño y elevar la apuesta. Milena pelea todo el tiempo con ella misma. Y con Bert. Una de las partes más duras del quinto tomo de sus diarios es una larga diatriba contra Bert Boonstra. Hay reclamos, un rencor triste y maternal que se extiende demasiado (“¿Por qué me hiciste eso, hijo de puta?”). Como si le hablara a

un sordo o a un idiota. Y eso, dramatizado si se quiere, está en sus novelas. Un hombre que pierde un hijo y se mata. Una mujer que se mete a internet a fingir que es alguien más e inventa historias para atraer incautos. Un grupo de mujeres raptadas por una mafia de trata de blancas que las vende a Europa. Si las tramas dan para más, el tratamiento, superficial, forzado, como largas pisadas de un gerente gordo, rompen el balance. Si bien no sé mucho de literatura, mi canon personal se conformaba con ese primer libro de cuentos y con los diarios. Y en esos tres cuadernos escolares (ya ni siquiera los nombraba como manuscritos) no había nada. Parecían ejercicios parcos de sus alumnos cuando empezaban a escribir. Pero hay rencor sin sustancia. “Y entonces es el sabor de tu sangre en mis labios, el cuchillo que sale de un lugar inesperado. La cortada final.” Cerré el último engargolado y sin interés les busqué un lugar en mi librero por si el viejo Bert Boonstra estuviera interesado en conservarlos. Me odio cuando recuerdo que mi primer pensamiento fue: “Pobre Milena, tan mala escritora”.

Cuando acabé de leerlos y pasé un día o dos en silencio, entendí que cuanto había escrito para contribuir en algo y evitar el olvido de Milena (¡qué megalómano de mi parte!), o para enfrentarla contigo, era una larga zona muerta. O, peor, un inacabable chisme de esos que los escritores pasados de copas cuentan al final de los cocteles. Entendí el significado de la zona muerta como lo explicaba Milena: un largo monólogo en que el autor sale a la superficie para respirar, porque si no se asfixia. Entre mayor sea la bocanada que da, entre más largo sea el tiempo de exposición al aire, mayor será el daño provocado a su propia historia. Por eso, lo entendí por fin sin preguntármelo antes, los mejores novelistas dan sorbos breves durante toda la historia y cuando se sienten débiles saltan con la espectacularidad de una ballena que se exhibe. Salto. Inmersión. Una zona muerta camuflada con un gran baile para tomar oxígeno, que los peores críticos literarios aplauden como focas amaestradas pero los lectores experimentados advierten como el padre que perdona el eructo de su hijo. Nadie me había preparado para la destrucción que la escritura conlleva. Me olvidé de los libros, de los diarios, de mi propio desesperado relato y me fui a esperar, como el pistolero maduro, el último duelo con el enemigo que, aunque aún no iniciaba la búsqueda, estaba listo para encontrarme.

La mimesis del viento

Por Jaime Abril

Pocas veces el mercado literario (concentrado en modas de consumo fácil) arroja novelas tan notablemente universales como la ópera prima *Mímesis*, endilgada quizá por obra del azar a la mexicana Beatriz Mella.

Este deslumbramiento acostumbrado cuando hallamos las obras maduras de los grandes maestros, sobre todo de la tradición eslava y germánica del siglo XIX, se presenta ahora en voz de una novata de 53 años. Eso, las particularidades que envuelven a la figura de su autora, no es lo extraordinario (como también el mercado luego nos quiere hacer ver), sino la obra como tal que nos hace olvidarnos del crédito y que expande hacia lo humano esta novela necesaria en estos tiempos.

La literatura influye sobre el contexto histórico y viceversa. A finales del siglo XX los problemas políticos, de clase y de género son fundamentales para que se dé esta reciprocidad. El origen de *Mímesis* parte de la concepción de la Historia como una experiencia colectiva, resultado de los cambios culturales y socioeconómicos de Europa antes del siglo XXI, cumbre de las promesas fracasadas y caracterizado por su inhumana humanidad. Las nuevas propuestas de nación implicaban volver a la carnicería de las revoluciones, las guerras; para los nuevos habitantes de los países emergentes y con una identidad descompuesta, lo único tangible era, quizás, experiencia, la propia y la asumida. La pluma de Beatriz Mella logra alejarse y distanciarse de todo eso al tiempo que lo cuenta de mano maestra.

Mímesis, en una especie de cuadro de costumbres moderno, apunta las nuevas realidades sociológicas y culturales derivadas de una desintegración abrupta, las compilaciones prácticas pasadas por alto —o ignoradas— por los creadores de estos nuevos engendros frankensteinianos.

Con una conciencia histórica desplegada a través de los años, la manera de narrar individual, real e imaginaria de Beatriz Mella dio como resultado esta magnífica obra. La autora, perteneciente a una estirpe que aún desconozco, con enorme precisión y una prosa angular y cuidada, parece no poder deslindarse de sí misma, como ello la envolviera para esculpir su proceso de creación individual.

El lector de *Mímesis* no fracasa. Sin entrar en el campo de la verosimilitud, se ve envuelto en dos características que en este caso no resultan antagónicas: la realidad y la imaginación, que juntas recrean de manera especial los hechos y le dan lugar a la obra. En esta novela la locación resulta indeterminada, el escenario recuerda, quizá, a *Papá Goriot*, de Balzac, y a *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano, ambas insertas en los ambientes realistas, románticos, rurales y urbanos. El texto de Mella, por su parte, es crudo, franco y conmovedor al mismo tiempo que es complejo, sin

llegar a plantear una trama complicada.

Aquí hay solamente tres personajes, el viejo, la madre y el hijo, triada de cómplices y enemigos a la vez. El anciano representa el antiguo nacionalismo, los ideales derrumbados, pero que aún siguen vivos. El niño, por el contrario, simboliza la renovación nacional, el pensamiento moderno con miras a un nuevo mundo, tal vez la América de las oportunidades y promesas paradisiacas. La madre, que es hija a la vez, podría ser el puente entre ambas cosmovisiones. Éstos, con un particular punto de vista aunado a la voz del narrador, representan las notorias diferencias generacionales, que bien no llegan a ser excluyentes en sus dogmas ni enemigas entre sí. Ahí radica la imitación artística conforme al *dictum* aristotélico.

A través del torrente de las más de doscientas treinta páginas de una lectura que no se puede abandonar, las imágenes se vuelcan al final de forma elocuente.

La crítica de la época supo que esta novela tenía un enfoque distinto: el reto de establecer un imaginario que involucrara el pensamiento moderno con el tradicional.

Quiero agregar algo importante.

La presente reseña habría sido un elogio justo si correspondiera a *Mímesis*, de Beatriz Mella. En realidad, se refiere a *Viento*, novela escrita en finés y publicada en 1935 por Diiert, escritor de la centuria pasada, medio rumano, medio finlandés. La academia situó a Diiert y a su obra entre la “pobreza rural” de Ilmaro Kianto, el tema de la “decepción” de la novela *Putkinotko* de Joel Lehtonen y la alegoría memorística de Volter Kilpi.

He atendido con justicia ambas ediciones, la verdadera (de Diiert) y la apócrifa (de Mella) y aunque en la nueva edición hay ocultamiento (que artesanalmente se agradece porque muestra destreza) del estilo, de pasajes, de ciertos matices de la verdadera, no logra aniquilar a su enemiga mortal. La obra de Diiert surge, casi inmaculada, en esa “suplantación postmoderna” como quizá llamen de ahora en adelante a ese delito (ya los tribunales elegirán si mayor o menor) que, muy probablemente, los nuevos editores del libro alaben como “juego literario”. Pero la calca, incluso de algunos errores de la traducción, sobresale y desmiente cualquier juego. Es, digámoslo ya con todas las letras, uno de los mayores y más cínicos plagios de la historia de la literatura. Si la autora pretendía grandeza, la ha alcanzado encumbrándose en la cima inmensa del robo autoral, a lo que, quizá, o extrañamente, se ha sumado la editorial con una campaña mercadotécnica mayor. Es tan burdo que se me ocurre que, además de los lectores, las otras víctimas de este engaño son los editores.

Viento fue traducida al español en 1965 por la editorial Seix Barral en una hermosa edición cuyos ejemplares se encuentran desatendidos, si no es que perdidos, en las librerías de viejo de la rivera izquierda del Sena, o incluso en algún armario de un oscuro bibliotecario en América Latina, donde cualquier autor puede, o no, quedar en el olvido entre polillas, arañas y el polvo en que todo se convierte.

Del tercer diario de Milena

Abril

Tu puta capacidad para sostenerme la mirada en aquella fiesta de escritores aun cuando ya habías escrito mi epitafio, cabrón. Tu cinismo para abrazarme, decirme algo amable, y largarte sin demostrar la mínima alegría o satisfacción ante tu venganza. Porque eso fue, cobarde, una venganza. Eres como los demás: no soportar que otro triunfe, piensan que el triunfo de los demás les resta brillo al propio. No imagino el momento en que viste las coincidencias, en que levantaste un libro muerto, algo que tenía años estancado, alejado de los lectores, y fuiste cruzando puntos hasta tener tu veredicto: mi libro era una vil copia de otro. Ahora lo acepto, luego del maremoto que me consumió los mejores meses, o años, de mi vida, en que supuraba sangre directo de los pulmones, de los ojos, en los que declaré muerto al inútil de Bert, ahora ya sé que ocurrió. Y si él fue el primer culpable, o el jurado, o como quieras verlo, tú fuiste el verdugo. ¿Cuánto tiempo llevaste dentro de ti ese germen de la venganza? ¿Qué sentiste cuando lo descubriste y cuando estuviste seguro, quizá después de decenas de noches de revisión? Estuve dentro de ti tanto tiempo al final porque yo soy quien te hizo al principio. Y eso nunca lo pudiste olvidar. Gracias a mí conociste la buena literatura, gracias a mí y no a tus pendejos amigos ni a tus pendejos maestros siguientes fue que supiste de qué iba la literatura. Yo te hice. Y tengo una imagen clara de tus dedos (esos dedos que estuvieron tantas veces dentro de mí) sobre las teclas de tu computadora, o sobre lo que chingadamadre escribas ahora, describiendo mi muerte, mi ejecución. ¿Te diste cuenta de lo que hacías? ¿Sabías qué conseguirías con eso? Claro, culero de mierda. Lo sabías. Supongo que como si fuera tu primera publicación esperaste la salida de la reseña, fuiste a comprarla, la releíste y fuiste imaginado los grados de terror que adquiriría mi rostro al leerla. E imagino que te fuiste enterando de la evolución del castigo, de los vítores por mi desgracia, de cómo todos pidieron mi cabeza. Sé que los medios son muy considerados con

curiosos morbosos como tú. Viste mi caída completa. Quizá la única satisfacción que me quedó es que me guardé toda la mierda y ni a ti ni a nadie se la dije. Sólo a Bert que traté de asesinar con mis palabras de odio. Pero a ti no, a ti te dejé vivir, te dejé imaginar todos los escenarios posibles de mis reacciones para que no vieras cómo la guillotina segaba mi vida. Me imaginas como un cadáver gris, sin expresión, sin dolor. Sólo soy para ti una estampa del desconcierto. Ahora ya puedo pensarlo sin enloquecer. Mucho tiempo enmudecí. Mi silencio fue mi pequeña venganza. Esperabas, quizá, una contestación (¿aunque qué se puede contestar ante una bomba atómica?) o que yo me volcara contra ti para contar nuestra historia juntos, o que yo me decidiera a terminar esa novela sobre nosotros y a publicarla para que todas tus noviecitas se dieran cuenta del misógino aprovechado que eres, para que el ruedo literario dejara de considerarte tan buena persona y se limpiara el culo con tus horrores de juventud. ¿Qué sentirás ahora, o más adelante, cuando seas viejo, y te des cuenta de que nunca hubo una competencia real, que nunca nuestros libros estuvieron lomo a lomo en una librería al alcance de los lectores o los críticos para saber si eras mejor que yo? ¡Claro que siempre has querido ser mejor que yo! ¡Esa es la razón de los hijos, de los alumnos! Ese es su motivo para vivir. Nunca fuiste mejor porque me mataste antes de averiguarlo. ¿Por qué no te callaste? ¿Porque alguien, algún otro crítico pendejo, lo habría descubierto? Estoy segura de que nadie lo habría hecho porque sólo tú leías mis letras, mis comentarios en internet, le preguntabas a la gente por los rumores, por lo que yo seguía o no diciendo sobre ti. Tú has sido mi más grande lector y esa es tu maldición, culero cobarde. ¿Me escuchas? ¿Me lees? Esa es tu maldición. Y sé que la ganancia, las risas con tus amigos escritores, la caricatura que de seguro hiciste de mí, no te bastará para el resto de tu perra vida. Un día te enterarás de que he muerto. Y sentirás una melancolía dolorosa y lenta. Porque habrás dejado de perseguir la gloria literaria, tan fácil y temporal, y serás por fin un hombre y sabrás que los hombres no combaten así, con reseñas en las páginas de una revista cualquiera. Sabrás que los hombres a veces aprenden a callarse. No tenías por qué robarme lo único que he tenido en mi vida, mis únicos aplausos. Te juro que yo trabajé esa novela como ningún otro texto, y revelé la potencia inicial de la tibia transcripción de Bert y de la forma de ese pendejo novelista que ya habían olvidado. ¡Ya lo habían olvidado! ¿Por qué no tenía reediciones? ¿Por qué estaba oculto para el mundo? Porque su forma no era la mejor. Yo fui capaz de leer un miserable manuscrito sin pulir, lleno de errores, yo fui capaz de corregir a dos escritores y hacer una novela perfecta. Nadie me da ese crédito ni me lo dará. Sólo seré la plagiadora

eficaz. Pero yo leí cada avance, yo guardé una ansiedad porque nadie sabe que no fue un simple hecho de entrar y copiar las páginas de una novela. No, fue levantar a un muerto, fue resucitar a un puto premio Cervantes inválido y darle esperanza, y luego, levantar de entre los cadáveres aplastados una historia y a un autor olvidados. Yo hice esa novela tal como te hice a ti. Y fue tu fijación hacia mí, tu odio hacia mí, tu necesidad de imponer tu voz sobre tu maestra que te hizo hallar el hilo de oro en una de tus putas lecturas de universitario hambriento y encontrar tu gran venganza. Eres tan cobarde que debiste estar temblando cuando escribías la reseña. Nunca vas a escribir páginas tan verdaderas como esa. Porque estaba tu vida, toda, resumida en esos teclazos, porque estaba todo lo que sientes, y que nunca expresas en tus putas novelas, arañando el papel, las palabras que elegiste. Tanta elegancia en tu reseña y tanta podredumbre debajo. Así es la literatura que les gusta a ustedes: una apariencia llena de mierda.

Un escritor siempre escribe dos novelas: la que termina con el punto final y la que empieza el lector (cuyo borrador fue trabajando durante toda la lectura) cuando la primera novela (o historia) acaba.

Lo sé luego de leer todos los libros que (obligadamente ante su muerte) Milena me heredó; y por los muchos que he comprado en este tiempo, entre ellos los de Jaime Abril, Bert Boonstra y hasta *Viento* de Diiert. Generalmente el aficionado cree que una historia termina cuando ya no hay nada más que decir, cuando ya no se puede avanzar hacia ningún lado. Y esto no es preciso. Una historia termina cuando comienza a revelarse el mundo que ha propuesto el escritor, cuando, si se me permite, pone la mesa con mantel y cubiertos (abre el vino, corta el pan) y, entonces, cuando todo está por empezar: acaba. Al menos así terminan las grandes historias.

Sé que esta no es una gran historia porque está terminando justo cuando ya no hay mucho por agregar.

El problema es que sólo conozco a Milena por Milena. No tengo otra referencia y eso ha resultado en un conocimiento parcial.

Hay una enfermedad que produce la soledad extrema. Y, creo, reconsiderando toda esta narración, que Milena y yo la padecíamos. Hay síntomas, como la imposibilidad de ver más allá de tus narices, que desencadenan soliloquios tristes y heroicos contra todo lo de afuera. No estaría mal si no es porque perdemos la capacidad del detalle del Otro. Si alguien vino ayer a pedirnos un favor pero no

contribuyó activamente a rescatarnos de esta soledad, no entra en el discurso principal. Si ese alguien sólo es un personaje incidental y, sobre todo, no está conectado por iniciativa propia con nosotros ni nos admira ni nos observa como nosotros a nosotros mismos, lo olvidamos. Por eso Milena Betancur se equivocó y convirtió a Bert en su personaje incidental. Se olvidó de lo más importante, algo en lo que no reparan ni los enamorados ni los avariciosos ni los soberbios que creen merecer más de lo que tienen y están hambrientos de reconocimiento, en este caso. Bert Boonstra estaba enfermo y ni el amor ni la creación lograron salvarlo. Milena lo intentó, pero cuando estaba fracasando orilló a Bert al límite, lo obligó a cruzar y presencié, ciega, cómo ya no volvía. Imaginen la situación: un viejo medio demente obligado a entregar una obra maestra. Lo que hizo Bert Boonstra en esos meses fue recurrir a los orígenes. Supongo, porque Milena nunca es clara en esto, que luego de intentarlo una y otra vez, y quizá primero inocentemente en busca de inspiración, Bert repasó sus viejos libros, polvosos, olvidados y sin traducciones, con los que había llegado hacía mucho a México. Supongo que fue de lo más fácil tomar una de aquellas novelas que nadie leyó, o sí, unos cuantos, pero no “la gente”, ese bloque sin rostro que encumbra u olvida a los autores. *Viento* de Diiert es una extraordinaria novela que no funcionó, no fue bien leída en su tiempo latinoamericano. Cuando fue publicada acá por primera vez no pasó absolutamente nada. Ahora, a raíz del plagio y del escándalo, ha sido reimpresa y vuelta a leer, y “todo mundo” la conoce y la aprecia. Es considerada como la lápida de Milena, la ladrona. Un par de reseñas, c menos; una tirada que no vendió ni cien ejemplares y el anonimato de los grandes que no son entendidos. Supongo que Bert atrajo hacia sí esa novela, bálsamo de sus mejores tiempos, y quizá comenzó a teclear, de nuevo: de manera inocente, la historia para tomar confianza, calentar el brazo. Y, supongo, Bert vio que aquello funcionaba: el asesinato de la página en blanco era más fácil así que escribir de verdad. Y lo que Milena Betancur le estaba pidiendo era algo que él ya no podía dar. El único detalle que olvidó Milena Betancur es que hay una frontera que cruzas y de la cual ya no hay regreso. Y eso está bien. Así son las cosas. Y la soberbia nos hace pensar que el esfuerzo, los milagros del amor o el empeño lograrán el cambio. Y no ocurre. Nunca. Llega un momento en que el escritor truena (o un simple ser humano como yo), porque ha escrito mucho o porque ha escrito poco; porque se vació o porque tiene tanto dentro que se embota. Da igual, no importa el número, pero es aquel virus que jala los gatillos de las escopetas, o empuja al autor a beber cada noche, o a ir al límite, a creer que puede cuando no. Es cierto: es alto el índice de suicidio y alcoholismo entre

los novelistas, y es por eso. Si otro artista puede ir de paseo y, a veces, con suerte, volver, el novelista no. La ballena va hacia la playa y no hay regreso. Bert Boonstra, pensando que se salvaba y también a su mujer, transcribió la mayor parte de una novela que no era la suya. “¿No sientes culpa, hijo de puta?”, escribe Milena que le gritó a Boonstra cuando le pedía explicaciones. No, debió ser la respuesta. Bert no se había dado cuenta. O al menos, no como nosotros nos damos cuenta de lo que no debemos hacer. No hay misterio en el cierre de la historia: era un presagio transparente: un loco hizo lo que tenía que hacer. Y, creo, este detalle, el no creerlo, llevó a Milena Betancur a la locura, a la enfermedad los dos últimos años de su vida. Estoy seguro de que repasaba una y otra vez la historia, atando cabos, observando las vueltas de tuerca, midiendo a sus personajes. Conocía perfectamente a Boonstra, entonces ¿por qué había ocurrido aquello? Era el arrebató de un loco, pero Milena nunca pudo aceptarlo así. Por eso, cuando estaba conmigo, Milena Betancur era tan serena y tan cordial, porque un infierno la recorría por dentro y necesitaba equilibrio o se hubiera matado. Quizá reconoció en Bert esa mirada perversa de la que hablaban algunos y en un gesto atisbó el mal. Algo que no descubriré nunca.

Es atemorizante el espectáculo de la destrucción en el que se vio envuelta Milena y puede reconstruirse en internet. Milena no habla mucho de eso en sus diarios, un par de menciones, pero hay una laguna importante en esos cinco o seis meses durante los cuales no tuvo paz y su vida acabó.

Si quieren los detalles no tienen más que teclear en Google: “Beatriz Mella Plagic Diiert Novela Escándalo”. Blogs, redes sociales, artículos en tono de burla y ensayos en serio. Todo un mundo discursivo y de ideas para tratar de describir, explicar y resolver una encrucijada que puso ante los ojos del mundo, al menos del mundo interesado en los libros, a Milena como una cínica, como una mercachifle que señaló todos y cada uno de los errores de su vida, sus decisiones mediocres y, también, puso en tela de juicio todas sus obras anteriores. Me hubiera gustado defender su primer libro. Fui su lector, conocí la historia y estoy seguro de que es verdadero y lo mejor que escribió. No encontré compasión en ningún texto, sólo críticas y el regocijo en el cochineró. Porque hay algo que le gusta más al ambiente literario que los buenos libros: los buenos escándalos. Un buen libro puede producir envidia, pero un buen escándalo une, incluso, a los enemigos. Quizá esto que escribo salve a la autora primera, y sobre todo a la persona candorosa que conocí, y elimine a la plagiaria. Porque sí, para la historia del mundo, ella es la plagiaria y no Bert Boonstra.

En poco tiempo la carrera de Milena Betancur acabó. El editor la demandó y

canceló el contrato, la editorial dueña de los derechos de *Viento* de Diiert demandó a la editorial y a Milena; y la opinión pública, los demás escritores y los lectores no iban a dejar que la mujer volviera a publicar nada sin arriesgarse a ser lapidada con burlas o violentos ataques verbales. Se retiraron los ejemplares que quedaban de las librerías, pocos, y eso sumió a la editorial en otro problema, porque por la demanda fue obligada a destruir la totalidad de la tirada de diez mil ejemplares. No lo consiguió, a pesar de que ofreció reembolso, más descuentos, más bibliotecas de autor enteras a cambio del ejemplar bochornoso. Más de la mitad de los libros no volvieron. El morbo puede más que lo real. ¿Cómo se puede sentir un lector ante una novela que luego resulta fue plagiada? Yo no podría conservarla. Habría quemado el libro y enviado a la editorial las fotografías que lo probaran. Pero mucha gente no lo hizo y se quedó con el ejemplar del escándalo. También, sabían, en unos años esos ejemplares valdrían buen dinero.

Antes de irse de la casa urbana de Bert, con la promesa de la casa de la playa, Milena golpeó a su estafador en diversas partes del cuerpo mientras el otro, al fin maniqué, aguantaba soltando de vez en cuando pujidos de cerdo.

Y entonces se fue, sin tomar sus cosas, sin alguna frase reveladora, sin amenazas... Sólo en silencio y en medio de un océano de ira que nunca se agotó. Nunca volvieron a hablar, aunque Milena esperó cada día que Bert la buscara, la llamara por teléfono o se plantara alguna vez en la casa de la playa para remediar, imposible, la situación. Nunca pasó. Los finales de novela sólo viven en las novelas, lo escribió Milena hacia el final de su diario, cuando era una avejentada señora inflada de carnes y de amargura. Yo no la conocí así. Para mí siempre fue la persona generosa con su tiempo y su sabiduría que me regaló la pasión por leer. Bert Boonstra nunca volvió y el mundo de Milena fue cerrándose. Y aunque yo conocí a una persona bondadosa y serena, el infierno de sus diarios, supongo, que vivía de noche o de madrugada, o en las mañanas cuando yo trabajaba, la consumió y la mató. Dos años condenada a ese exilio. Dos años destruida sin posibilidades de hacer nada, sin literatura (porque confesarse no es literatura). A pesar de eso, Milena guardaba la noción de que, quizá cuando muriera, sería recordada y valorada, de que aquello, aun con la gravedad de muerte, dejaría paso a su obra y sería leída por lectores de todos lados y de todos los tiempos. Así lo dice al final de su diario. Seguía creyendo que las cosas serían diferentes. También dudaba, mucho, pero menos que al principio. Esto que ustedes leen serviría de inmólación a la figura que todos conocen, a todos decepcionó, como a mí y, espero, rescatará a la verdadera Beatriz Mella, o Milena

Betancur.

“¿Pero qué pasó?” (se preguntó Milena en su diario). “¿Qué faltó? ¿Tiempo para leer? ¿Pulir mi estilo? ¿Ideas más originales? ¿Tiempo para llevarlas a cabo? ¿Juntarme con más gente brillante? ¿Usar alguna de esas ideas que se me ocurrían y fui desechando porque me parecían ridículas, muy frágiles, estúpidas y demasiado arriesgadas o codiciosas y que dejé ir? Quizá debía cambiar mi forma de trabajo, ir más allá. ¿Pero habrá sido una cuestión de no tomar la oportunidad o de no generarla? ¿La tuve y la perdí? ¿Nunca la tuve? ¿Nunca la tendría, hiciera lo que hiciera? Ahora sé, acá en este escondite, bajo mi gordura última, mi fealdad exagerada por mis descuidos para vestirme y mi dejadez para el cuidado personal, que tuve algo, no sé si una oportunidad, más bien un trampolín y resultó engañoso, y ahora puedo estar segura de que ya no lo tendré nunca más. Se fue. Ahora puedo empezar a buscar, a concentrar todo mi pensamiento en descubrir qué falló para que mi talento, inteligencia, mundo interior generaran algo más, eso que tienen ciertos escritores, los que seguimos leyendo o irán apareciendo sin pudor, sin pedir permiso, y tras leerlos nos sentiremos a gusto por ellos pero, también, más seguros de nuestro lugar, pequeño, en el mundo”.

¡Ay, Milena Betancur, Beatriz Mella, pobre diablo de la literatura!

Luego de terminar la recreación de los diarios de Milena Betancur, que quizá se acaban con la reseña de Jaime Abril, dejé de pensar en ellos. ¿Para qué? ¿Por qué seguir haciéndolo? Me dediqué a leer y a vivir. Pensé que todo estaría resuelto con esta reescritura y que me ampararía ante cualquier embate de Bert Boonstra. Por un tiempo los olvidé.

Milena Betancur fue pasando de mi vida, medio olvidada, medio recordada en alguna noche de hastío. Revivió cuando un hombre enorme, como un oso polar erguido, atravesó el amplio jardín con dirección a mi casa. Lo vi salir por la puerta trasera y poner un pie sobre el pasto, como si tuviera miedo de hundirse y luego caminar con una soltura fingida. Mi sorpresa no fue reconocerlo, más bien que a medio camino se detuvo y durante unos minutos miró la ventana de la cocina desde donde yo lo espiaba. Supuse que el reflejo me ocultaba y su pausa tenía que ver con la decisión de abrirle, una vez más, la puerta a su pasado. Intuí, pero qué voy a saber, que estaba midiendo la posibilidad de saltarse esa parte de su historia, volver a la casa y contentarse con lo poco que había quedado de Milena. Pero de algún lado sacó fuerzas y justo cuando yo sospechaba que iba a irse siguió caminando.

Debo decir que es todo lo alto que los diarios de Milena consignan, pero su rostro no es el de un anciano demente: se presume una enfermedad, pero es algo más agudo e histérico. La impresión que da es la de un cuervo albino hambriento y que luego de volar se decide por un páramo. Bert tocó a mi puerta. Abrí y se presentó. Me extendió su mano.

Le han dicho que soy el único habitante regular de este complejo de casas y que, además, guardé algunas cosas de Milena. Me cuenta, sin mediar más presentación, que se ha enojado con los administradores porque removieron todos los objetos de la difunta. Empiezo a decirle que pase, que pensábamos que se presentaría cualquier día y que si tiene sed.

Es curioso cómo las actitudes de Bert me parecen tan familiares. Deambula con calma por los libreros y no atino a saber si ese gesto es una risa apagada. Sus movimientos son lentos, como si le guardara lealtad a ese pacto que se establece entre dos desconocidos que en la cortesía creen fundar un terreno habitable.

Entonces entiendo que por mucho que busque el inicio de un diálogo mediocre, de esos que convocan los vecinos para tolerarse, lleno de menciones al calor o al frío o a todo ese mar de indiferencia doméstica, no tenemos nada que decirnos. Sé que ese persistente rondín por mi casa es para ocultar que no se siente bien con su decisión de venir. Bert Boonstra está perdido, como en la última parte de su vida. Siento una liberación y no le veo sentido a mantener el suspenso. Si vamos a vivir uno al lado del otro, es el momento de ser honesto y hacerle ver que lo conozco.

“Tengo esto”, le digo, sacando un grueso volumen de los diarios de Milena Betancur reescritos por mí, mientras soplo un poco para quitarles el polvo marino. Lo extiende, lo toma sorprendido y voy a sentarme frente a él en un sillón. “No hay prisa. Al fin y al cabo que el mundo nos ha olvidado por completo”, le digo mientras lo invito con ligeros y repetitivos movimientos de las manos a que se siente, comience a leer y bajo el manto eterno de los muertos reviva lo que de cierto es suyo.

Nota del editor

A lo largo de los años nos damos cuenta de que ciertas inconsistencias en obras importantes son el garfio con el que la vida, mucho más poderosa que la literatura, hiere lo que el escritor intentó. Decidimos conservar varias imprecisiones que presentaba el manuscrito de *La mujer inexistente* por respeto a la memoria del supuesto autor, un hombre joven y tímido, que falleció dos meses después de darle a leer el libro a Jaime Mesa, autor de esta casa editorial. El joven nunca señaló su autoría pero tampoco la negó y no encontramos rastros de un posible registro en derechos de autor. Si lo halló en un sótano o se lo dio otra persona es cosa que, quizá, nunca sabremos. Sin embargo, el manuscrito existe.

Desde el principio consideramos que nos enfrentábamos a una apuesta a lo *non fiction* debido a que describía algunos hechos reales relacionados con el premio Cervantes, Bert Boonstra y el plagio del que su esposa, Beatriz Mella-Milena Betancur, fue acusada. La inclusión de una reseña publicada hace unos años por Jaime Abril daba cuenta, también, de un afán de realidad. Lo que vuelve a este ejercicio de la memoria y la investigación una novela es la destreza del autor para rellenar los espacios en blanco de una verdad que, aunque pública, no se había cerrado completamente. Sin pistas para encontrar a la familia del autor y sin más señas que una dirección postal, Jaime Mesa decidió firmar el libro usando la forma jurídica de “albacea literario” y esta casa editorial decidió apostar por una lectura más literaria que, aunque apresurada, describe muchas de las razones de por qué escriben los escritores.

Queremos reiterar que aunque se hizo un cuidadoso trabajo editorial, respetamos en el texto imprecisiones mínimas que tienen que ver, más que con acciones dramáticas, con “información” sobre el narrador: a veces dice haber estudiado derecho, y en otras ingeniería y ser “masajista”; también dejamos intactas otras imprecisiones quizá más importantes, como la nula concordancia entre las edades de los personajes. Seguramente el atento lector encontró éstas y otras; reiteramos que fueron parte de la decisión de mantener el texto, casi, como fue concebido por un autor poco experimentado (como se nota en ciertos rasgos inocentes o melodramáticos) que, sin embargo, instintivamente apostó por un cruce estético con los procesos enigmáticos de la novela.

¿Quién escribe a quién? La pregunta surge recurrentemente en estas páginas.

Y, creemos, es tarea del lector averiguarlo.

«Hay algo que le gusta al ambiente literario más que los buenos libros: los buenos escándalos.»



Beatriz Mella, escritora de prestigio casi confidencial y maestra de talleres literarios, establece a veces relaciones que le convienen con miras al gran reconocimiento crítico y del público. Mientras tanto, en sus escasísimas publicaciones, suele firmar como Milena Betancur. Ya llegarán la fama, el poder, la gloria, piensa. La cosa es que no, no llegan; de hecho, parecen eludirla. De hecho, parecen huirle. ¿Por qué?, se pregunta. Con su talento, su gran prosa, sus virtudes escriturales, su dedicación total a la literatura... Así las cosas, va conociendo diversos otros fracasos: como mentora, como amante, como esposa, hasta que la vida se porta realmente perra con ella y la hace replantearse sus metas. Porque es traicionada. Porque es ignorada. Porque es acusada de plagio.

Novela de y sobre la escritura y los escritores, y sobre todo, compendio de los males (concretos y metafísicos) que aquejan a quien se propone escribir, esta obra acusa recibo de intensas lecciones de naturaleza humana, en particular respecto a la de quienes quieren ver su nombre impreso en la portada de un libro, y tener por ello fama perdurable, dinero abundante, prensa elogiosa, groupies...



Jaime Mesa (Puebla, 1977) es novelista. Ha publicado en Alfaguara: *Rabia* (2008), *Los predilectos* (2013) y *Las bestias negras* (2015), merecedoras de un lugar dentro de la lista de los mejores libros del año en varios medios, entre ellos “El Ángel” del diario *Reforma*. A través de sus personajes, que buscan en internet la fama y el poder sanar su incertidumbre existencial, explora las consecuencias de la soledad y angustia contemporáneas. Es profesor de narrativa en la Escuela de Artes Plásticas y Audiovisuales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

La mujer inexistente

Primera edición: julio, 2017

D. R. © 2017, Jaime Mesa

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, Ciudad de México.

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Istock, por fotografía de portada
D. R. © Fer Chinos, por fotografía del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta
obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro
(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>)

ISBN: 978-607-315-567-0

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

ÍNDICE

La mujer inexistente

Nota del editor

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos